# Español lecturas

Quinto grado

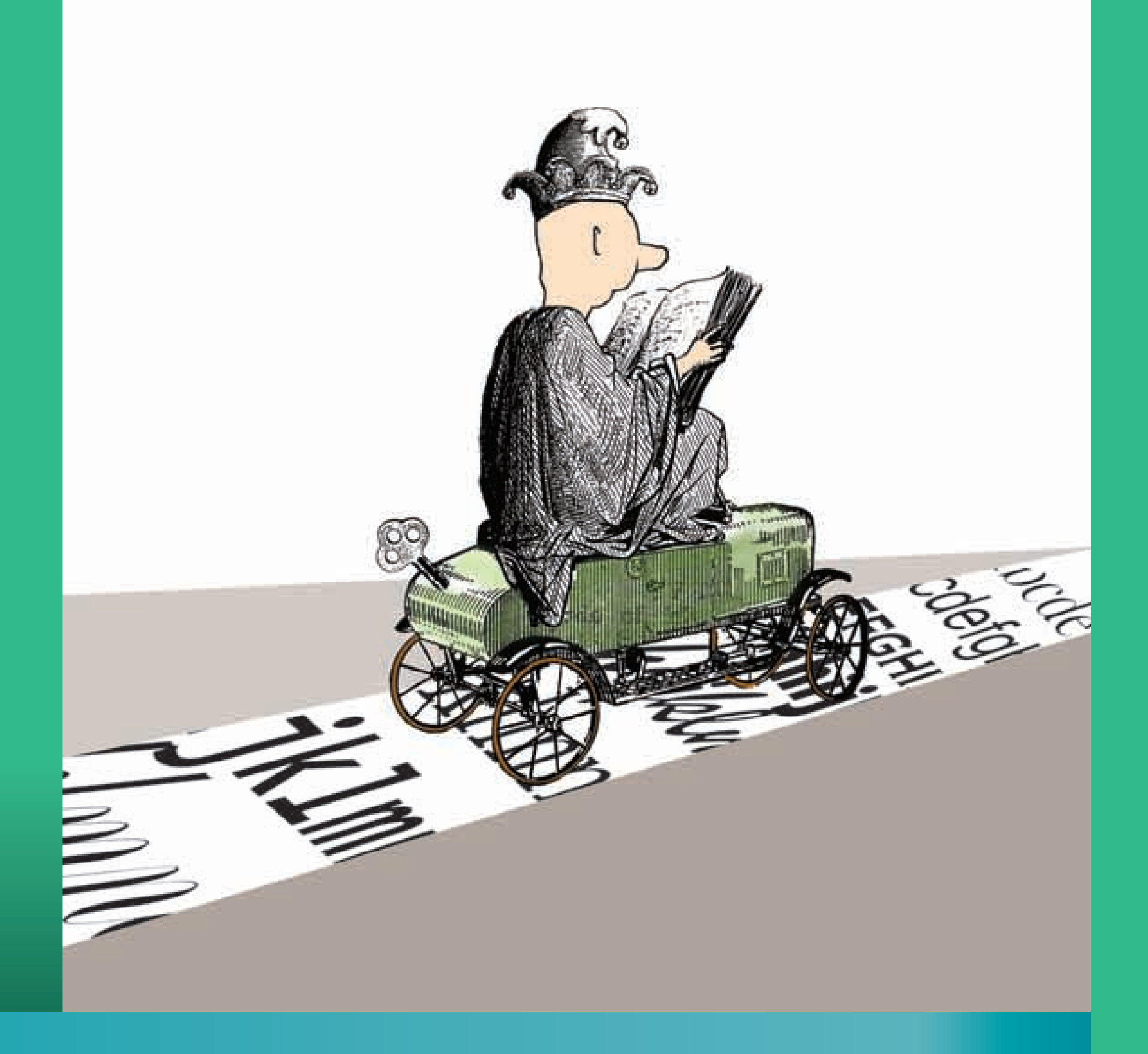
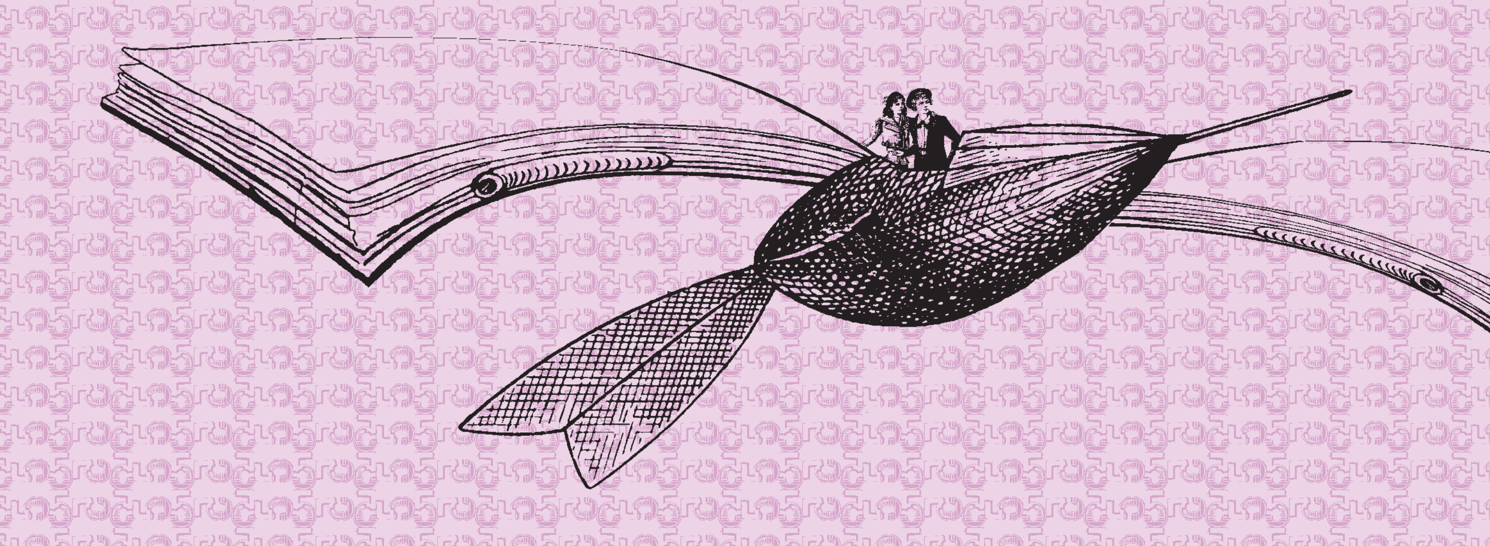



Fig. 35
El cantar del Mio Cid

# 5



# LIBRO DE LECTURAS

## Quinto grado

Esta edición del *Libro de lecturas. Quinto grado* fue desarrollada por la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) de la Subsecretaría de Educación Básica, Secretaría de Educación Pública.

**Coordinación técnico-pedagógica**
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos, DGME/SEP
María Cristina Martínez Mercado

**Autores**
Amaranta Leyva, Ana Hilda Sánchez Díaz, Antonio Domínguez Hidalgo, Aurora Consuelo Hernández Hernández, Beatriz Espejo, Carmen Boullosa, Carmina Narro, Cristina Rivera-Garza, Elena Poniatowska, Elizabeth Rojas Samperio, Elsa Cross, Enrique Lepe García, Estela Maldonado Chávez, Francisco Hernández, Gutierre de Zetina, Ignacio Padilla, Jaime Alfonso Sandoval, José Agustín Escamilla Viveros, Karolina Grissel Lara Ramírez, Laura Martínez Belli, Luis Mario Moncada, María Emilia Beyer, Martha Judith Oros Luengo, Mónica Genis Chimal, Montserrat Sifuentes Mar, Óscar Osorio Beristain, Pedro Ángel Palou García, Rosa Beltrán, Sergio M. Tenorio Sil, Susana Biro, Víctor Manuel Banda Monroy

**Coordinación editorial**
Dirección Editorial, DGME/SEP
Alejandro Portilla de Buen

*Cuidado editorial*
Modesta García Roa

*Coordinación iconográfica*
Fabiola Buenrostro Nava

*Producción editorial*
Martín Aguilar Gallegos

**Servicios editoriales (2011)**
Galera Diseño

*Dirección de arte*
José Luis Lugo

*Diseño y diagramación*
Bredna Lago, José Luis Lugo

*Formación*
Santiago Fernández, Paloma Ibarra

*Edición gráfica e ilustración*
Andrea Aguilar Álvarez, José Alberto Alonso Rodríguez, Gustavo Amézaga Heiras, Julia Díaz, Bredna Lago, Carla Fernández, Santiago Fernández, Roberto Gutiérrez, Paloma Ibarra, Artemio Rodríguez, Jazmín Velasco

Primera edición, 2012



ISBN: 978-607-469-729-2

Impreso en México
DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

# Presentación

La Subsecretaría de Educación Básica, a través de la Dirección General de Materiales Educativos, ha preparado este *Libro de lecturas* como material de apoyo para la formación de nuevos lectores y el fomento a la lectura. En este contexto, la selección de textos que integran la presente publicación responde a tres propósitos: leer para tomar decisiones, leer para disfrutar la experiencia literaria y leer para aprender.

Con el objetivo de acercar a los niños y niñas a la literatura contemporánea, aquella que se está produciendo día a día en México, hemos reunido en los libros lecturas de cuarto, quinto y sexto grados de primaria a escritores cuya trayectoria ya es parte del patrimonio cultural de México. Consideramos que su aportación, realizada ex profeso para estos libros, promueve y estimula la formación de nuevos lectores.

Asimismo, el apoyo de las familias es esencial para el desarrollo del hábito de la lectura en los niños y jóvenes, por ello las convocamos a participar con nosotros en el propósito de hacer de la práctica lectora una actividad placentera. Cabe recordar a los padres la importancia de que sus hijos sean capaces de leer correctamente desde pequeños, ya que la eficacia en la comprensión lectora está directamente relacionada con el éxito en la escuela y en el futuro profesional.

Por las razones antes mencionadas, mejorar los niveles de lectura en nuestro país debe ser una labor y un compromiso compartidos. Para alcanzar este objetivo, el libro que hoy tienen en sus manos ha sido concebido como un instrumento para impulsar la práctica de la lectura en la familia y cerrar la brecha entre el libro y el alumno.

Este *Libro de lecturas* contribuirá a que, por una parte, los alumnos lean por placer, amplíen sus conocimientos generales y fortalezcan los valores para la convivencia familiar; por la otra, a estimular la participación de los padres de familia la tarea de fomentar la competencia lectora y el progreso educativo de sus hijos.

Secretaría de Educación Pública

# A los alumnos y maestros:

A lo largo de nuestra vida, la lectura es una habilidad indispensable para el aprendizaje. Con los libros saciamos nuestra curiosidad sobre los temas que nos interesan y se nos abren las puertas a mundos llenos de imaginación y aventura.

Este libro ofrece una serie de textos que han sido seleccionados para despertar el gusto por la lectura. Conviene adelantar que la lectura, como muchas otras actividades, requiere entrenamiento y práctica, así, lo que en un principio parece complicado y de poco interés, con la práctica será diferente: se convertirán en lectores expertos, se divertirán y podrán compartir su experiencia con los demás.

La lectura es una empresa importante en la que alumnos, familia y maestros debemos trabajar. La adquisición de la fluidez lectora permitirá, por medio de la práctica y la retroalimentación constantes, desarrollar la habilidad de leer un texto de manera rápida, precisa y con la dicción adecuada, para mejorar el rendimiento académico y conseguir el éxito escolar.

Por lo anterior, es recomendable abrir un espacio de intercambio de experiencias sobre la práctica de la lectura en la escuela y en el hogar, que funcione de manera periódica (mensual, quincenal o semanal), en el que se comenten las lecturas, las dificultades que se enfrentaron y las sugerencias, generales y particulares acerca de los temas planteados en la sección “Para comentar la lectura”.






# A la familia:

Leer en familia les dará la oportunidad de practicar diversas formas de leer, propiciará un espacio de convivencia que fortalecerá significativamente el aprendizaje escolar de los alumnos. Compartir la lectura con quienes nos rodean cumple varios propósitos: buscar información, dar solución a situaciones problemáticas y conocer escenarios, ambientes y entornos, que les permitan analizar, comparar y tomar decisiones.

A continuación presentamos algunas sugerencias que pueden apoyar la práctica de la lectura en casa:

- Acordar en familia el momento del día que dedicarán a la lectura.
- Elegir un lugar tranquilo, agradable y con buena iluminación.
- Seleccionar juntos la lectura.
- En el caso de los más pequeños conviene que la lectura se realice siguiendo el texto con el dedo. Esto les ayudará a relacionar la oralidad con la escritura de las palabras, es decir, reconocer que "lo que está escrito, se puede leer".
- Comentar acerca del título a fin de anticipar el contenido del texto y platicar de lo que se sabe del tema.
- Comentar sobre las imágenes de manera que los niños puedan recrear lo que están leyendo.
- Que los niños identifiquen y nombren personajes y lugares de la historia.
- Permitirles que interrumpan la lectura y preguntarles lo que creen que sucederá a continuación.
- Propiciar que sus hijos hagan comentarios sobre la historia, que cambien algún pasaje a fin de promover la comprensión del texto y favorecer su creatividad.
- Alternar el lugar de lector, pues un buen lector se hace con la práctica.
- Al concluir la lectura, conversar acerca de lo que leyeron. En este momento es recomendable revisar con los niños o jóvenes las palabras que hayan omitido o leído de manera incorrecta.
- Recurrir a la sección "Para comentar la lectura", pues en ella se ofrece una serie de temas y preguntas relacionadas con cada texto. Es un complemento a las sugerencias, ideas y actividades que cada acompañante de lectura proponga.

Recuerden que el maestro siempre esta dispuesto a apoyarlos.

**¡Disfruten en familia la experiencia de la lectura!**



# Índice



## Niño de hoy y joven del mañana

*Estela Maldonado Chávez*

Niño de hoy y joven del mañana
este día te canto,
admiro tus valores y hazañas
tu vivir cotidiano.

¿Qué guardas en tu mente cristalina?
Los muros de tu alcoba
ansiosos de tus sueños de rutina
conocen tus secretos.









Camina entre la gente con sonrisas
y cuéntales tu anhelo
que la vida se vive, no con prisas
se vive con esmero.

Niño de hoy y hombre de mañana
lábrate un gran futuro
que el éxito es la prueba cotidiana
del que avanza primero.

## ¡Nutrias mexicanas!

*Óscar Osorio Beristain*

Las nutrias son depredadores carnívoros que habitan en los ambientes húmedos y tropicales, y están vinculadas con los zorrillos, los hurones y las comadrejas, pues pertenecen a la familia Mustelidae. Tienen un pelaje espeso que les permite mantener su cuerpo aislado mientras nadan, ya que éste actúa como impermeable. Al cazar a su presa, utilizan su hocico para orientarse y atraparla entre las corrientes de agua cristalina. Esto hace que presenten numerosas adaptaciones, por lo tanto, se convierten en animales dependientes del agua.

Estas especies pueden tolerar ligeras modificaciones en su ambiente y ocupar áreas cercanas a los asentamientos humanos. Su presencia está ligada a la calidad del agua libre de contaminantes y a una buena cobertura vegetal; su ausencia, asimismo, se debe a la contaminación derivada de la actividad humana, por lo que es considerada una especie que mide la calidad de los ambientes húmedos donde habita.





Su presencia puede llegar a pasar inadvertida, debido a que sus principales actividades las realiza durante la noche o primeras horas de la mañana. Los ecosistemas donde habitan cumplen con características ambientales particulares entre las que se destacan: calidad de los cuerpos de agua, una abundante vegetación, debido a la humedad que producen los drenajes naturales y las áreas de inundación que alimentan las zonas aledañas a ríos; arroyos y zonas costeras; alimento durante todo el año, pues éstos ambientes les proporcionan, por ejemplo, anfibios, aves, crustáceos, mamíferos, moluscos, peces, reptiles e incluso, insectos.

Las especies que habitan en México pertenecen a los géneros *Enhydra y Lontra*. *Enhydra lutris*, es de ambientes marinos. La *Lontra canadensis* habita en los cuerpos de agua del norte de México, Estados Unidos y Canadá, y por último, la *Lontra longicaulis* se distribuye en las costas y zonas de humedad en el Golfo de México. Actualmente, su hábitat enfrenta un riesgo importante, en razón de la transformación de los cuerpos de agua donde habitan, lo que ha afectado la fragilidad de los ecosistemas, a la cacería ilegal, debido al valor que tienen sus pieles, la ausencia de sus fuentes de alimento, que al escasear limitan el desarrollo y reproducción de estos animales.

Por lo anterior, si vives o visitas algún cuerpo de agua deberás de ser cuidadoso de no contaminar el ambiente.

¡Rescatemos los cuerpos de agua donde habitan las nutrias mexicanas!

## Todos los que quieres ser

*Cristina Rivera-Garza*

La primera transformación ocurrió hacia inicios de diciembre. Fue durante aquella noche en que la luna brilló mucho. Brilló demasiado. Había discutido una vez más con mi mamá sobre lo mismo: quién lavaría los trastos, quién tendería la cama, quién iría a comprar las cosas al mercado. Cuando sacó los billetes arrugados de su monedero y me pidió que fuera a comprar cebollas y tomates, le dije con toda calma que no iría.

—Estoy leyendo —le dije, como si ella no pudiera darse cuenta por sí misma. El libro era un tomo más de una serie que seguía de cerca las aventuras de una de mis heroínas favoritas: La Condesa Azul. Así llamaban a una pequeña criatura que aprovechaba su tamaño para entrar en lugares prohibidos y viajar sobre los hombros de la gente. En ese momento, La Pequeñísima entraba en la joyería donde unos ladrones mantenían secuestrados a una veintena de hombres y mujeres. Yo estaba segura de que los salvaría, pero todavía no sabía cómo. La curiosidad se sentía como una cosquilla extraña dentro del estómago.



—Ya sé que lees, pero necesito que vayas al mercado para tener la comida lista a tiempo —insistió.

La vi entonces sin moverme siquiera.

—No voy a ir, ya te dije —en lugar de gritar, que era mi costumbre, pronuncié las palabras poco a poco, como si fuesen piedras—. Si yo fuera mi hermano no me pedirías que hiciera estas cosas.

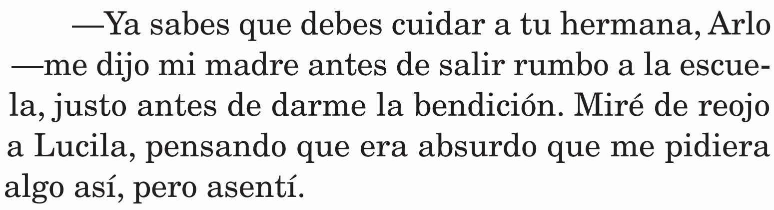
Ella tomó el billete de mi mano y, sin decir nada más, me dio la espalda. Aunque pretendía seguir con mi lectura, en realidad la observaba. Sentí miedo. Estaba segura de que, en su camino hacia la puerta de la casa, se volvería a verme de un momento a otro para lanzarme una piedra o un hechizo o para despedirse de mí para siempre.

Ahora que ha pasado el tiempo comprendo que eso fue precisamente lo que hizo.

Fue durante la noche que pasó todo. Me fui a la cama sin cenar y sin darle las buenas noches ni a ella ni a papá, a quien ni siquiera había visto llegar de su trabajo. Mi hermano ya estaba dormido cuando encendí la lámpara para seguir leyendo. Su mundo era mucho más simple que el mío. Aunque tuviera un año más que yo, su mundo era el de un niño más pequeño. Sin responsabilidades. Sin deberes. No sé cómo explicarlo ahora. No podría. Lo diré como ocurrió: simplemente, mientras allá afuera brillaba una luna redonda y enorme, yo me convertí en mi hermano. Supe que estaba dentro de su piel cuando me di la vuelta y medio abrí los ojos sólo para verme leyendo en la cama de junto bajo la tenue luz de la lámpara.

—Ya duérmete, Lucila —dije con voz adormilada—. Apaga la luz.

Nadie pareció notar nada extraño en la mañana y yo, no sé si por temor o por asombro, no dije nada. Hacía tiempo, en otro libro, había leído la historia de un hombre que se despertaba convertido en escarabajo, así que al comprobar que tenía piernas y manos, y que mi cara en el espejo era todavía una cara humana, no pude sino agradecerlo. Cuando fui al baño y descubrí que podía orinar de pie me llené de un gusto que casi parecía vértigo. Toqué mi pelo y, cuando comprobé que era muy corto, pensé en lo fácil que sería peinarlo. Incluso me dio alegría descubrir que la pelusa que me brotaba sobre el labio superior por fin se veía adecuada sobre mi rostro. Hubo un momento en que juré que caería desmayado de un momento a otro.



—Ya sabes que debes cuidar a tu hermana, Arlo —me dijo mi madre antes de salir rumbo a la escuela, justo antes de darme la bendición. Miré de reojo a Lucila, pensando que era absurdo que me pidiera algo así, pero asentí.

¡La de cosas extrañas que no pasaron! Arlo levantaba la mano para responder a preguntas de historia o de ciencias naturales. Arlo movía el pie izquierdo cuando se aburría, de eso me di cuenta de inmediato. Arlo volteaba a ver con mucha discreción a una niña que se sentaba dos lugares atrás de él, en la fila de junto. Arlo le sonreía como al descuido, fingiendo que el encuentro de los ojos había sido una mera casualidad y no el resultado de un plan meticulosamente fraguado. Fue por mí a la salida y me llevó, sana y salva, hasta la puerta de la casa, donde mi madre le recibió los libros y, sin preguntarle mucho, le indicó la serie de lugares a los que tendría que ir para recoger esto o lo otro.

Yo me iba a quejar, por supuesto, pero acordándome una vez más que yo era él, no lo hice. Tomé sin chistar la lista de establecimientos que visitaría y repasé los nombres de las personas a las que tendría que entregarles un pantalón, un traje, dos camisas. Así fue como supe que mi hermano, que sólo era un año más grande que yo, le ayudaba a mi papá con la sastrería. Cuando llegué a casa, me dispuse a hacer la tarea. Observé cómo mi mamá se alegraba de vernos y cómo se apresuraba a servir los platos sobre la mesa. Su sonrisa era como un abrazo dentro del cual no existía el frío o el calor. También me di cuenta de que ese bulto amorfo que se desparramaba sobre el sillón era mi hermana Lucila quien, como siempre, se entretenía en mundo de letras habitado por seres imaginarios con los que hablaba a solas. Sólo tenía un año menos que yo y, sin embargo, no era más que una niña fantasiosa y crédula que sólo a regañadientes se nos unía a la hora de la cena.

Mi hermana y yo compartíamos el mismo cuarto desde siempre y por eso habíamos tenido tiempo de sobra para vigilarnos. Yo estaba al tanto incluso de que su mejor compañía era esa criatura azul que, en su imaginación, seguía salvando a las víctimas de naufragios y asaltos y sequías y otras muchas desgracias: La Condesa Azul. A ella, por cierto, fue a la que extrañé primero en mi nueva vida como Arlo. Cuando veía el pizarrón vacío o cuando hilvanaba telas, me preguntaba dónde andaría, a quién andaría ayudando en esos momentos, sobre qué hombros se pasearía. También me preguntaba si me extrañaría a mí.

La inicial alegría provocada por mi metamorfosis pronto dio lugar a la nostalgia. A medida que pasaron los días, tuve que reconocer que me faltaban otras cosas. La vida de Arlo era interesante, pero estaba llena de silencios. Papá hablaba poco con él; sus amigos contaban chistes o gritaban, pero conversaban menos; mi mamá lo trataba con un precavido silencio lleno de admiración o de miedo. Era cierto que Arlo tenía muchas aventuras durante el día, andando de un lado a otro con los encargos de la sastrería, pero también pasaba mucho tiempo solo. Las calles con frecuencia parecían enormes bajo mis pasos. Las puertas sobre las que empuñaba los nudillos eran altas como muros. Arlo tenía responsabilidades, que cumplía con gusto o a la distraída, pero desconocía los distintos aromas de la cocina. Él nunca había pelado mandarinas en el regazo de mamá, ni había escuchado, como yo, tantas veces, las historias de la abuela Eugenia mientras esperábamos a que estuviera lista la sopa de fideos. Hubo un día en que hasta eso extrañé: el tiempo que desperdiciaba esperando a que estuviera lista la sopa de fideos mientras la abuela Eugenia contaba cómo, en sus tiempos, tenía que partir leña para poder hervir agua. El colmo fue cuando mi mamá, haciendo lo que acostumbraba, llamó a mi hermana para que la ayudara a lavar los trastos. Las vi de reojo



desde el cuarto de la tele con un anhelo muy raro: sus dos cuerpos juntos, los hombros que se movían a la par. Eran madre e hija, en efecto, y algo recóndito y fuerte pasaba entre ellas dos en ese momento. El aroma del jabón. La consistencia del agua que fluye. La limpieza de los platos. Era algo que iba más allá de la tarea a la mano. Algo más allá de los objetos. Tenía que ver con lo que miraba ahora desde lejos: su cercanía, la coordinación casi natural de sus movimientos. La sombra que se extendía, delgada y fugaz, de una a la otra y viceversa.

Estaba a punto de llorar con el lápiz entre los dientes cuando se apareció La Pequeña Azul cerca de mi libreta. La había olvidado, es cierto. Entre una cosa y otra había perdido mi fe en sus poderes o, incluso, en su existencia.

—Te sientes sola, ¿verdad? —me preguntó mientras ensayaba unos extraños pasos de baile frente a mis ojos. Yo, tratando de frenar el escozor que se me subía por la garganta, asentí.

—Y ahora, después de todos estos días, ¿ya quieres volver a ser tú? —preguntó por preguntar, sabiendo de hecho la respuesta—. ¿Y si no pudieras? —susurró, maliciosa, al tiempo que hacía una marometa.

Lo pensé por un rato. La vi con cautela.

—¿Pero podría seguir leyendo tus historias? —la interrogué al final, con el ceño fruncido.

Ella, por toda respuesta, se rió. Luego, de un salto, se colocó, como la había hecho hacer en tantas ocasiones, sobre mi hombro derecho.

—Es más fácil de lo que te imaginas —susurró. Su aliento olía a frambuesas y a chicle. Se notaba que regresaba de alguna fiesta. Y luego, por si me quedaba alguna duda, añadió:

—Ser todos los que quieras ser, Lucila.



## Calavera computarizada

*Francisco Hernández*

Ya es muy moderna la Muerte,
en todo anda de metiche.
Su osamenta sigue fuerte,
se alimenta de ceviche.

Muy filosa es su guadaña,
su manto es impresionante.
Su "áipod" proviene de España,
te saca siempre adelante.

Se le ha visto de chismosa,
no abandona el celular.
Y aunque no se ve, es hermosa
cuando se pone a "chatear".

"Gugul" se llama su perro,
su memoria es "USB".
Búscala en cualquier entierro,
también escribe de pie.

Su "meil" lo puedes copiar
de la barda del panteón:
"ausencia@llorar"
y termina en "punto com".



## La máquina del tiempo

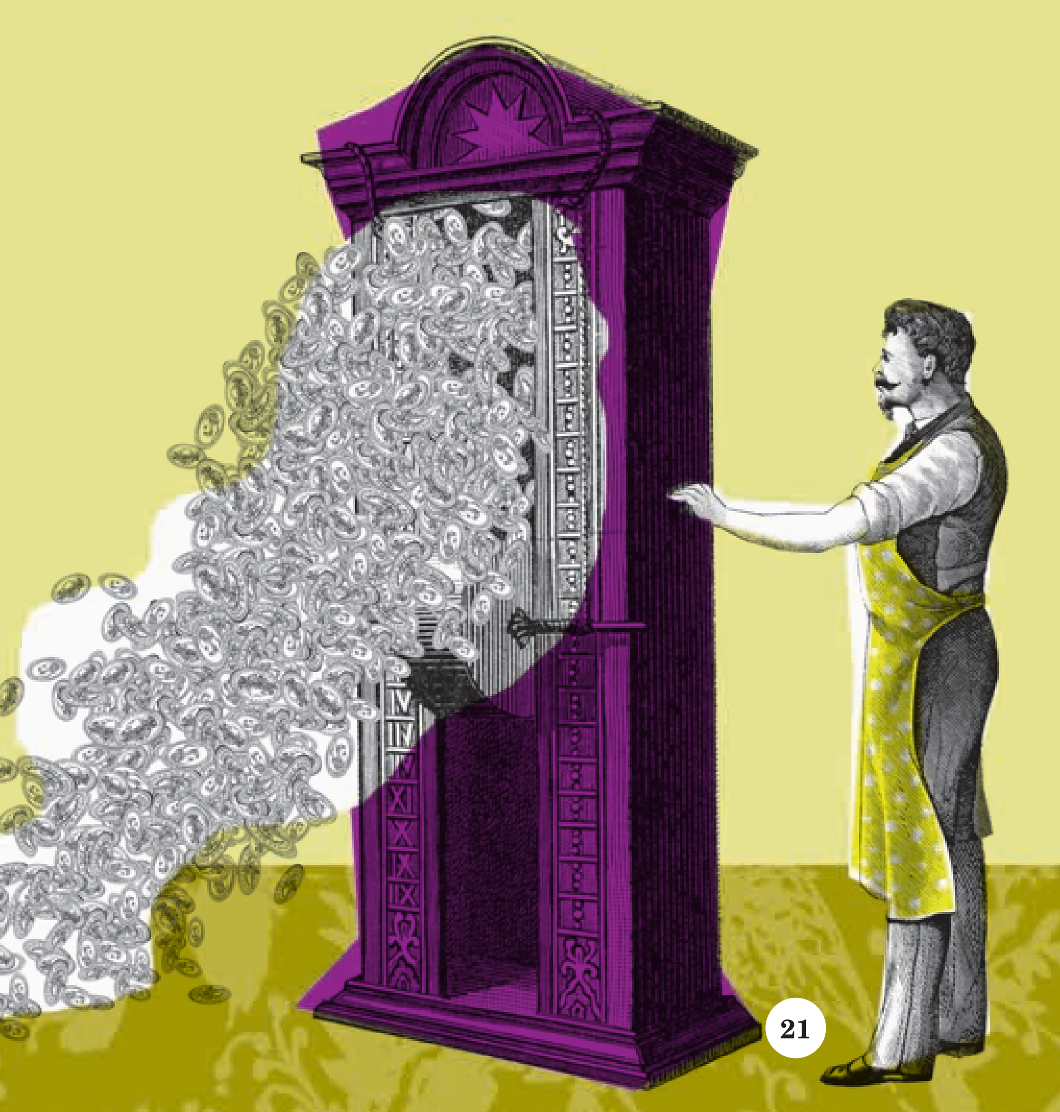
*Rosa Beltrán*

El profesor Sigma, científico eminente, logró por fin construir la máquina que devolvía las cosas perdidas. En cuanto se dio la noticia, todos en el pueblo acudieron. No había quien no quisiera usarla, pues cada uno había perdido algo en su vida que estaba ansioso por recuperar. El señor Gastón, el hombre más rico del lugar, acudió en medio del acto. Estaba desesperado por saber cuánto tenía en el banco. Había perdido la cuenta de los ceros en su libreta de ahorros. La máquina se accionó y enseguida apareció la cantidad de 100000000000000000000000000000000000000000000000000000000000000 pesos, que dejó boquiabierto a todo el mundo, más aún cuando se supo que la cifra era precisa. Ante el asombro de la multitud, el señor Gastón decidió comprar la máquina, invirtiendo peso sobre peso lo que tenía. Su idea era cobrar por cada objeto que la gente quisiera recuperar. El profesor Sigma, científico humanista, no tuvo objeción; pensó que de esa forma, todos podrían tener algo de lo perdido y que con la suma adquirida, la ciencia se beneficiaría al recibir un gran estímulo para sus investigaciones. Así pues, vendió la máquina, previa firma del contrato, y donó la cantidad completa a la Sociedad Científica de Inventores de Máquinas y Artilugios Relacionados con el Tiempo.



Pero los precios del señor Gastón resultaron altísimos. Quería recobrar su inversión y, de ser posible, centuplicarla cuando menos. Mas, como la gente no tenía el dinero necesario, el dueño acordó recibir lo que cada uno tuviera e irle devolviendo lo perdido en abonos. Para ello, accionaría la máquina en forma parcial, sin bajar la palanca del todo.

La primera en llegar fue la cocinera del pueblo, que algo de dinero tenía dada su abundante clientela, pues para comer y gastar todo es cosa de empezar. Asentó una gran bolsa con billetes, se paró frente al artefacto aquél y pidió que volviera su amor. Por un orificio salió un gordo majadero que enseguida le pegó porque se le había salado la sopa. Luego, se acercó un viejo que junto con los años había perdido la alegría. Pagó la suma reunida, accionó la palanca hasta la mitad y esperó. Volvieron los años, pero no la alegría. Un par de nietas acudió a buscar a su abuelo. Lo único que regresó fue el bastón y el sombrero. La gente se empezó a decepcionar. Comenzó a preguntarse sobre la utilidad del invento. Pero la esperanza muere al último, así que llegó por fin un niño que había perdido a su perro. Agitó su alcancía y se la dio al señor Gastón, quien no



tuvo más remedio que recibirla y jalar un centímetro la palanca, torciendo la boca. Sólo regresaron el olor y las pulgas. Junto con el chasco, el niño se ganó el mal humor de su madre, pues por más que se bañara y tallara con bastante jabón, no dejó de seguirlo un olor a perro y un comité de pulgas que lo hacía rascarse todo el tiempo.

Decepcionado, el profesor Sigma, científico honorable, se presentó frente al comprador. Su invento no había sido destinado para ese uso, explicó. Lo perdido debía regresar completo. De no ser así, se haría mala fama a la ciencia, la máquina se descompondría, su nombre de científico sería pisoteado… En fin, que si no se daba el uso correcto al aparato, estaba decidido a devolver la inversión. El señor Gastón acordó buscar a personas pudientes, de preferencia extranjeros, y bajar la palanca hasta el tope.



La señora Pírrica (una mujer muy, muy rica) pidió que le fuera devuelto un collar de esmeraldas que le habían robado, ya no se acordaba en cuál revolución. Pagó una barbaridad, el señor Gastón hizo una caravana y jaló la palanca hasta el piso. El collar volvió íntegro, pero la Señora no se conformó. Dijo, con gran decepción, que en su recuerdo el collar era mucho más bello. El Duque de No Sé Cuántos —pues no sabía cuántos reinos tuvo y perdió— exigió que se los devolvieran uno a uno. La máquina funcionó, pero los reinos regresaron poblados con gente que ni siquiera sabía hablar su lengua y entre la que había muchos pobres que el Duque antes no vio.

Ante tal desastre, el pueblo se amotinó, incluido el señor Gastón, frente a la Sociedad Científica de Inventores, para que le devolvieran su dinero. Como ésta lo había gastado ya en otro invento donde era posible pensar el día menos pensado, no pudo devolver la suma, con lo cual la gente fue a armarse con picos y palos para destruir la máquina. Y fue destruida, a la vista de todos, en la plaza. El profesor Sigma, científico intachable, dio la media vuelta y volvió a su labor. Según declaró, el experimento había sido un éxito. El problema estaba en la gente, que había perdido el sentido de lo que podría hacerse con tan prodigioso invento.





## La pluma del tecolote

*Sergio M. Tenorio Sil*

Lenta y cuidadosamente escogió la pluma de su ala izquierda, arrancándola con una leve sensación de placer y dolor; una pluma bella y digna de la tarea por cumplir. Colocando la hoja de palma sobre la orilla del hueco del árbol en que vivía, el viejo tecolote se aprestó a realizar su sueño, el cual lo pondría en la cima del prestigio. Toda su vida había esperado el momento en que se sintiera con el conocimiento y la experiencia necesaria para comenzar a escribir su gran libro y no habría crítico que lo pudiera acusar de inexperiencia o falta de cultura. Por primera vez, los habitantes de los bosques dejarían de ser personajes de fábula como acostumbraron Esopo y La Fontaine, para convertirse en los autores, e iba a dar razón de la verdad existente en la imagen de su especie como símbolo de sabiduría y conocimiento.

Mientras afuera, en la oscuridad de la noche, la luna brillaba, la brisa soplaba llevando un suave perfume, y en la lejanía se escuchaba un canto de hombres, temblando hasta la última pluma de su cuerpo, el tecolote mojó la que había elegido en la tinta y comenzó a escribir, sintiendo cómo la emoción hacia latir su corazón cada vez más rápida y violentamente.

Al día siguiente, cuando doña Lechuza llegó a hacer la limpieza encontró al viejo Tecolote muerto sobre una hoja en que aparecía escrito: “Había una vez un hombre que…”.



## ¡Yo voy a ganar!

*Martha Judith Oros Luengo*

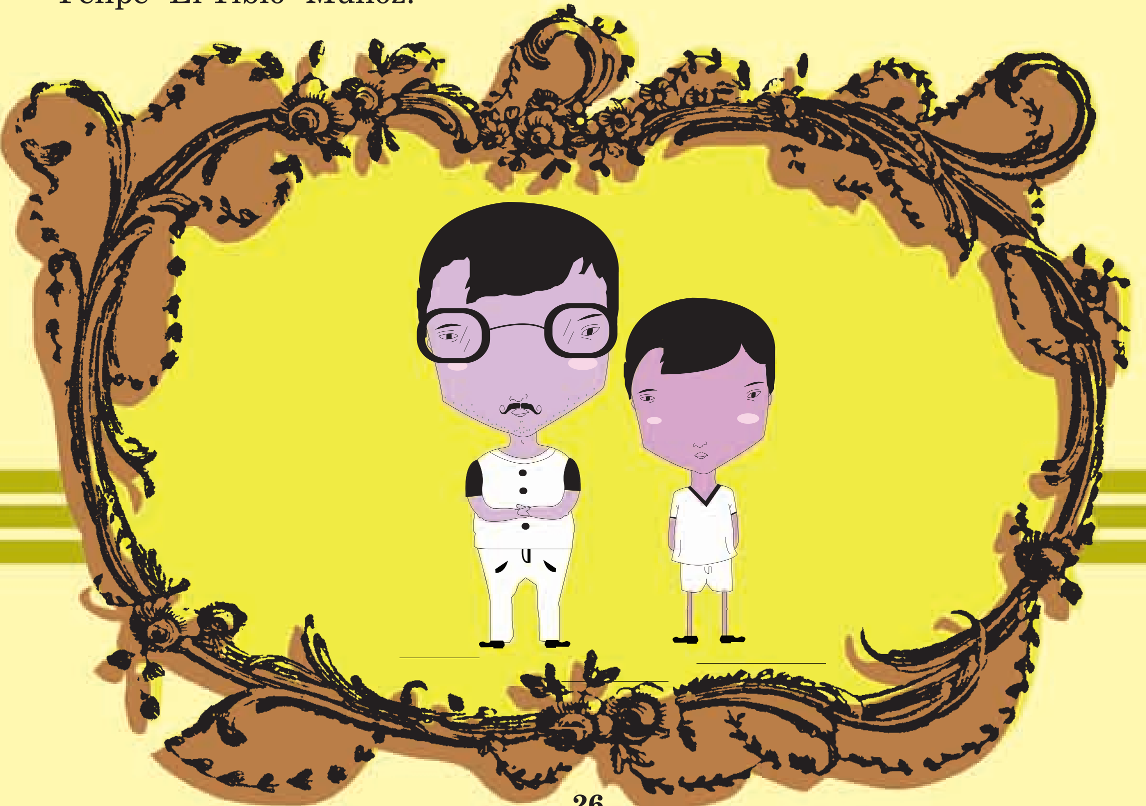
Para ganar hay que tener la mentalidad de un campeón y actuar como tal. Esta máxima es repetida por muchos deportistas triunfadores.

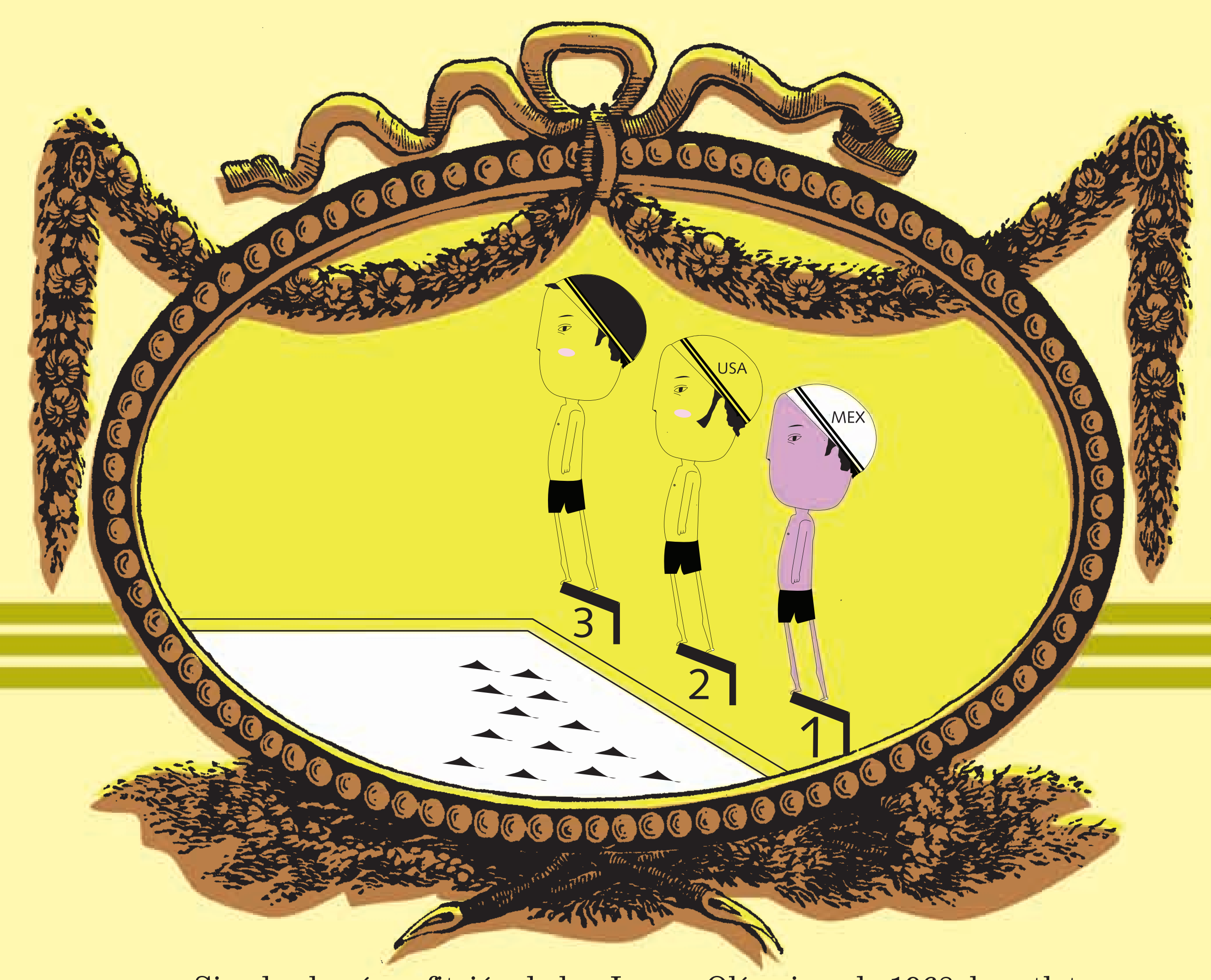
—No, papá... ¡Yo voy a ganar!

Fueron las palabras de Felipe en los vestidores antes de comenzar la prueba. Su padre le ofreció unas palabras de aliento para que no se preocupara por el resultado, recordándole al "Tibio" que el esfuerzo por clasificarse en primer lugar aún sin ser el favorito, era ya un triunfo.

Seguro de sí mismo, de la esmerada preparación que traía como producto de tantas horas de trabajo dentro y fuera de la alberca, brazada tras brazada, nadie como él mismo estaba convencido de que sería campeón olímpico.

Algunos años antes, Felipe se había ganado el mote del "Tibio", porque lo primero que hacia al llegar a la alberca para entrenar, era tocar el agua con su mano para comprobar que estuvieran tibia y nadar complacido. En ocasiones, cuando la caldera no funcionaba correctamente, el agua de la alberca se encontraba fría, otras tantas muy caliente y esto, no le gustaba, tenía que manifestar su queja a este respecto. Gracias a su constante preocupación de sentir tibia el agua, todos le empezaron a llamar Felipe "El Tibio" Muñoz.

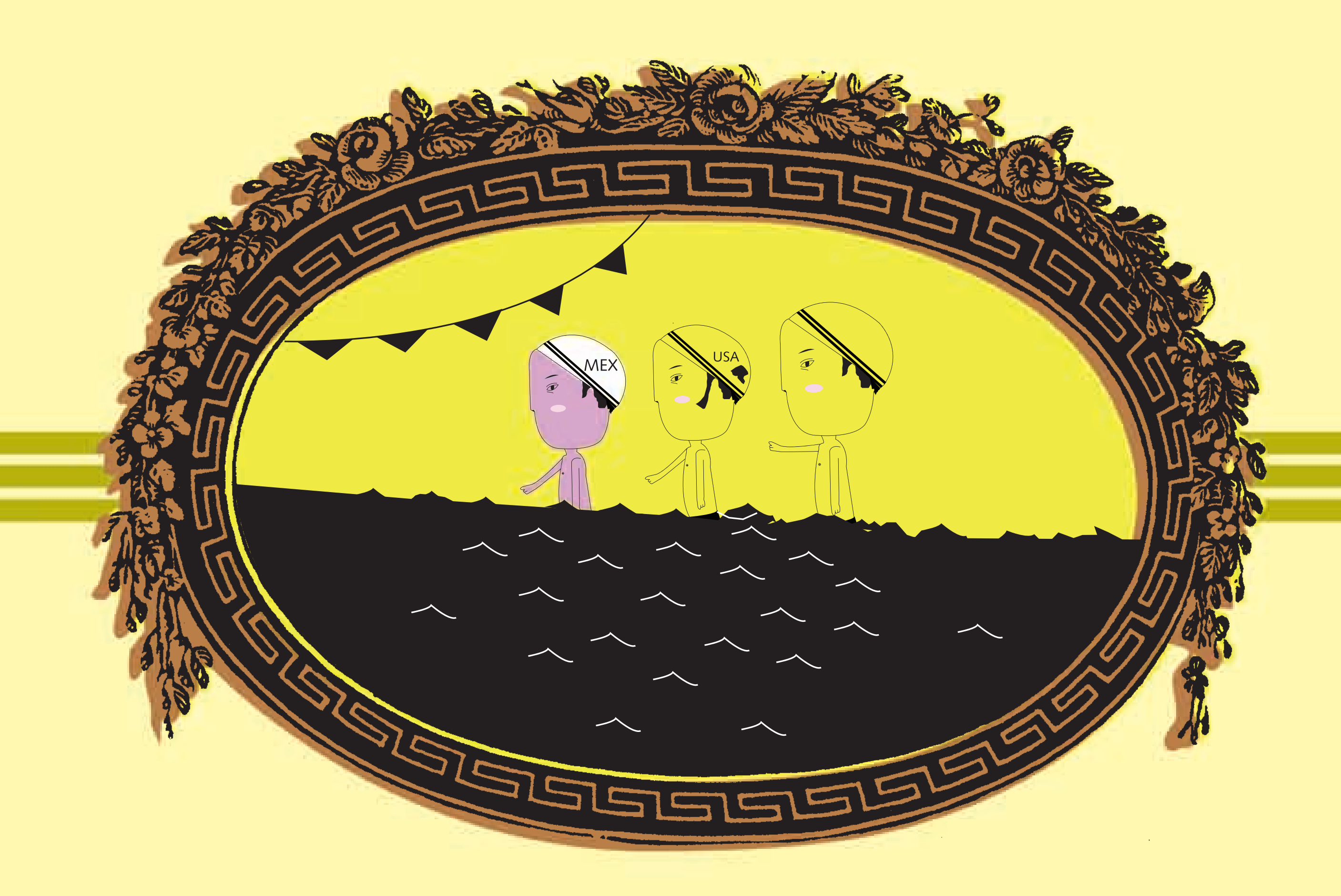





Siendo el país anfitrión de los Juegos Olímpicos de 1968, los atletas mexicanos tenían el gran reto de enfrentarse con sus similares de países con amplia trayectoria en triunfos deportivos. Este era el caso de la natación, deporte dominado por los norteamericanos, soviéticos y alemanes, entre otros. No obstante, la noche del 22 de octubre cambió la historia deportiva para México, cuando Felipe Muñoz Kapamas, con apenas 17 años de edad, sorprendió al mundo entero ganando la medalla de oro en la prueba de 200 metros de pecho.

Esa noche la alberca olímpica estaba abarrotada con más de diez mil espectadores en las tribunas y hasta en los pasillos, Felipe Muñoz, el "Tibio" había encendido la luz de la esperanza de una medalla para los mexicanos, la expectación estaba candente porque esa mañana, inesperadamente, Felipe pasó a la final con el mejor tiempo en los heats eliminatorios. Junto con los más rápidos nadadores soviéticos, estadounidenses, un alemán y un japonés, el mexicano integraba el grupo de 8 finalistas.

—¡Competidores… en sus marcas!… —unos segundos después, estalló el disparo de salida y el rugido envió al vuelo a los nadadores que al zambullirse en el agua, hicieron gala de toda su capacidad para avanzar velozmente en el recorrido de la alberca.




Fue en esos momentos, cuando Felipe Muñoz moldeó sus sueños brazada a brazada y patada con patada, para abrirse el paso dentro del agua, en una dura contienda que debatía contra los soviéticos Pankin y Kosinsky, el alemán Henninger y el estadounidense Job, quienes disputaban los primeros sitios al cabo de los 100 metros iniciales.

Más adelante, las cosas cambiaron. Una de las cualidades del Tibio aparte de la disciplina era la perseverancia, por lo que después de avanzar a los 175 metros en la pelea, arremetió con tal vehemencia que cruzó a la cabeza del grupo la línea imaginaria a diez metros de la meta y con casi medio cuerpo de ventaja, entonces, sacó su último esfuerzo desde el fondo de su corazón, hasta hacer el toque final al borde de la alberca donde ya se encontraban los jueces listos para atestiguar la llegada.

La verdad estaba ante los ojos de miles de espectadores, que miraban jubilosos y exaltados el tablero electrónico con los resultados de la prueba final de 200 metros de nado de pecho. México figuraba en primer lugar, seguido de la Unión Soviética y luego de Estados Unidos. La alberca olímpica se llenó del estruendoso vitoreo de los mexicanos que aclamaban la victoria del “Tibio”. Lo cargaron en hombros mientras se escuchaba el aplauso ensordecedor, lanzaban porras, algunos más gritaban y otros lloraban de alegría.

Después de presenciar la contienda en la piscina, todos sabían que la hazaña del nadador mexicano sería inolvidable. Una medalla de oro había sido conquistada. Aquella noche, Felipe Muñoz vió hecho realidad un triunfo con el que tantas veces había soñado.

En la ceremonia de premiación, subió a lo más alto del podio el joven mexicano y alzó victorioso sus brazos después de recibir la medalla de primer lugar. La multitud se volcó en aplausos y el ¡México, México…! se escuchaba al unísono. De pronto, invadió un silencio total cuando fue izada la bandera nacional en el mástil central del recinto, entonces, más de diez mil voces comenzaron a entonar: "Mexicanos al grito de guerra…"

Durante esta escena, Felipe Muñoz emocionado, enjugó con su mano derecha las lágrimas impacientes que asomaron en sus ojos, mientras el corazón se agolpaba fuertemente dentro de su pecho al contemplar su bandera.

En la mente de sus padres, amigos y entrenadores resonaba el eco de las palabras que dijera Felipe con plena confianza: "¡Yo voy a ganar!"

La gloria que ofreció Felipe Muñoz a México, en aquellos Juegos Olímpicos del 68, actualmente lo mantiene renovando sus esfuerzos para apoyar a los atletas mexicanos, con la intención de que puedan convertir en realidad su sueño —que alguna vez también fue el suyo— de representar a nuestro país y ser campeones.

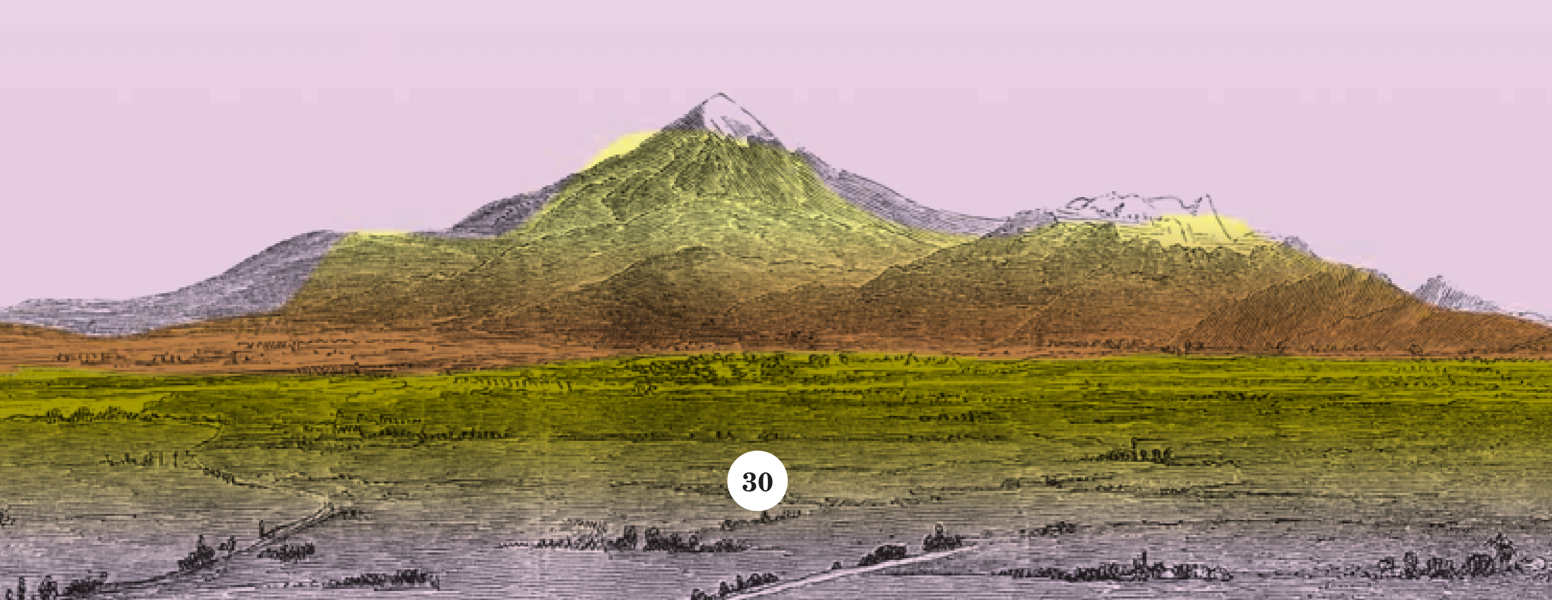


## Consuelo y la muñeca de cera

*Beatriz Espejo*

*Para Martha Bárcenas Coqui*

Cada vez que su mamá anunciaba el viaje a Puebla, Consuelo sentía que le daba un vuelco el corazón de puro gusto. Apenas subía al autobús con su mochila roja en los hombros, y antes de colocarla bajo su asiento, pedía la ventanilla para mirar el panorama que cambiaba en el camino. Aunque encendían el televisor y pasaban películas, prefería observar el recorrido. Dejaba atrás las huertas de mangos y naranjas, los platanales, y de esa vegetación tropical llegaba a otras menos generosas, pero hasta en pasajes áridos todas las casas pobladas tenían flores dentro de latas, macetas o desde el trecho de la entrada bugambilias esponjosas como árboles con sus colores deslumbrantes. ¡Son tan diversos los paisajes de México que van de la costa al altiplano! ¡Y los climas! Así que cerca del Pico de Orizaba rodeado de nubes, rozando el cielo con la punta blanca, Consuelo abrió su mochila buscando un suéter que evitara cualquier resfrío. Quería mantenerse en buenas condiciones y aprovechar la oportunidad. Sólo un mes al año se le presentaba cuando las tías llamaban invitándolas a huir del sudoroso agosto para disfrutar su mansión colonial de grandes patios y recámaras con vigas en el techo, donde en la sala había un cuadro de la



bisabuela sobre la que nadie debía averiguar cómo fue el tiempo de su vida rodeado de susurros.

—¿Verdad que es una obra maestra? Los encargados de Museo Bello han querido comprárnoslo, pero les hemos contestado que no se vende —decían y se miraban nostálgicas las manos en que brillaban menos anillos.

Por esa ruta, los pasajeros a la capital encontrarían, además del Pico, otros dos volcanes, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl lanzando enfurecido hacia el espacio abierto fumarolas que asustan al más valiente. En realidad se trataba de dos guardianes cargando una leyenda amorosa a cuestas. ¿Quién habrá inventado que ella con su silueta ondulante era una mujer dormida y él tan altivo y enojón se encargaba de cuidar su sueño? La realidad se confunde con la poesía. Permanece alrededor de nosotros si sabemos escucharla; pero únicamente los grandes poetas llegan al corazón de los hombres; sin embargo Consuelo todavía no acababa de entender tales cuestiones. En cambio, su mirada oscura traspasaba el aire como si todo lo que veía pudiera enriquecerla.

En la estación, las tías movían los brazos para ser descubiertas entre la gente. Habían envejecido desde el último encuentro, una arruga por acá, una cana por allá. Estaban más gordas, cosa que no cambiaba su ánimo ni sus deseos de atenderlas. Se proponían divertirlas y conversar con su hermana menor paseando por calles llenas de hoteles, conventos, capillas e iglesias donde había santos milagrosos. Y claro



irían a la catedral. Contemplarían nuevamente la reja de ángeles y el magnífico órgano, con sus fuelles, su teclado de varios registros ordenados para que durante las misas solemnes los coros y la música treparan hasta las bóvedas, franquearan los portones y retumbaran contra aquellos muros centenarios. Irían también al mercado y al Parián donde la niña encontraría toda clase de baratijas y tableros de ajedrez que trajeron a cuento recordando que participaba en torneos de su escuela y a lo mejor representaría al país en un campeonato internacional. Las propuestas no resultaban novedosas pero a Consuelo le encantaba volver.

Ni su mamá ni sus tías trabajaban de adivinas y jamás mencionaron una dulcería que la embelesaba por su espejo de marco dorado, hecho para un palacio, abarcando la pared entera. Un par de viejitas guardaban polvos de mole rojo y verde sazonados por ellas mismas. Los vendían a clientas favoritas capaces de apreciarlos. La mamá de la niña se contaba entre las agraciadas y siempre llegaban allí antes de regresar al puerto; pero Consuelo propuso que fueran enseguida. Así se encontró ante el mostrador. Sólo el fleco y una parte de su frente alcanzaban a reflejarse sobre la enorme luna. Sus ojos recorrían cajas con camotes de varios sabores envueltos en papel encerado, galletas de nuez, almendras y manteca con sabor a limón acomodadas en montecitos, diminutos muebles de palo, jarros miniatura que ya nadie compraba convertidos en reliquias y ¡claro, las muñecas con cabeza de cera y cuerpo de trapo! Por algún motivo, Consuelo dejaba a un lado su nintendo tan de moda planeando vestir una de esas muñecas que se empolvaban bajo el vidrio y escogía la del peinado con rizos en la coronilla.

Las tías guardaban en su caserón cosas viejas. Les costaba desprenderse de los triques. Tenían costales de ropa. Y Consuelo escogía terciopelos, brocados, rasos plateados para coser un vestido dándose vuelo,

después de la comida y mientras sus parientes descansaban por tanto caminar. Reproduciría lo mejor posible aquel atuendo de la señora retratada entre cojines apoyando su cabeza en una mano y sosteniendo con la otra un libro a medio leer. Su expresión aburrida decía que mataban las horas; esas horas que a su mamá no le alcanzaban pues el ocio se había fugado sin remedio y las mujeres actuales andaban corriendo de un lado a otro.

Los días volaron y llegaron las despedidas. Luego de besos, abrazos y planes para la próxima reunión. Consuelo guardó en su mochila roja la muñeca vestida como duquesa. El trajecito fue muy celebrado y hasta oyó decir en voz baja que había sacado el buen gusto familiar y parecía niña de otra época. Nunca supieron que cuando pensaba en el futuro imaginaba pasarelas con desfiles de modelos presentando sus diseños. Acababa de terminar una primera creación. Pero el destino suele ser cruel y sangriento. Tan pronto



llegaron a Veracruz la muñeca sudaba, había perdido la nariz y el cabello se derretía en hilos negros escurriéndole sobre la cara con el calor indomable. Sobrevino la tragedia. Ningún poder en el mundo era suficiente para consolar a Consuelo que subía y bajaba las escaleras, recorría pasillos y cuartos en medio de lágrimas y gritos destemplados. Su madre asustada prometía comprarle otra muñeca, mandarla buscar. Nada. Seguía llorando convencida de que la sustituta sufriría la misma desgracia y como si una ilusión se le escapara rumbo al mar abierto. Pero de pronto, sin causa aparente, su llanto fue iluminado por una idea. Inventaría un antifaz igual a los que usan en los carnavales, se fundiría con la cera y nunca lograrían despegarlo. Le pondría una plumita que se trajo de un sombrero y a la bisabuela le agregaría otro misterio.



## Fernando aprende a medir

*Amaranta Leyva*

Fernando aún no va a la escuela. Cada mañana se despide de su hermana, que va en cuarto de primaria. A Fernando le gustaría ir a la escuela para no estar toda la mañana solo. Lo bueno es que tiene a su perro Lucas, con el que juega mientras su hermana regresa. Pero ese día Fernando está aburrido.

**Fernando:** Te toca a ti.

**Lucas:** (¿A mí?)

**Fernando:** Sí, a ti. Yo siempre invento todos los juegos. Piensa algo.

**Lucas:** (¿Algo?)

**Fernando:** Sí, algo divertido. Estoy aburrido. El juego de la espada ya me aburrió, además no se puede agarrar bien. ¿Por qué la habrán hecho apachurrada? Así no se puede jugar bien con ella.

**Sofía:** ¡Ya llegué! Hermano, ven a ayudarme, que traigo muchas cosas.

**Fernando:** ¿Para qué son todas estas telas? ¡Y de todos colores! ¿Me puedo hacer una capa?

**Sofía:** No, no podemos perder el tiempo. Hoy vamos a ir a una fiesta de disfraces.

**Fernando:** ¿Fiesta? ¿Cuál fiesta? A mí nadie me ha invitado a una fiesta. Yo quiero ir a una fiesta.



**Sofía:** No creo que puedas ir... A menos que tengas un disfraz. ¿Tienes disfraz?

**Fernando:** ¿Disfraz? Claro. El de súper grillo: ya tengo mi máscara, tengo una espada... me falta mi capa.

**Sofía:** Yo digo un disfraz de verdad.

**Fernando:** Entonces... ¿no puedo ir a la fiesta?

**Sofía:** Pues no. A menos que...

**Fernando:** ¿Que qué?

**Sofía:** Que yo te haga un disfraz.

**Fernando:** ¡¿Tú?!

**Sofía:** Te quedaría padrísimo. Mira los colores. Están perfectos para un disfraz de mariposa.

**Fernando:** ¡Yo no quiero ser mariposa!

**Sofía:** Entonces te puedo hacer un disfraz de flor. Tienes cara de margarita, ¡ah, no, de nardo!

**Fernando:** ¿Qué es un nardo? Yo no quiero ser nardo.

**Sofía:** Todos tenemos que ir a la fiesta vestidos de algún motivo de la primavera. Lo siento, si no quieres ser mariposa o flor, no puedes ir.

**Fernando:** Bueno, está bien. Seré mariposa.

**Sofía:** Muy bien. Entonces, ¡manos a la obra! Ayúdame: detén esto y esto y esto...

**Fernando:** Ay, pesa mucho.

**Sofía:** Silencio, que me estoy concentrando. A ver, ¿cuánto mides de los pies hasta el cuello?

**Fernando:** ¿Yo?

**Sofía:** Ni modo que Lucas.

**Fernando:** Pues no sé.

**Sofía:** Pues mídete con la cinta que usa mamá.

**Fernando:** ¿Y dónde está?

**Sofía:** No sé. A lo mejor en su cuarto. Ve a buscarla y mídete.



**Fernando:** Está bien, está bien. Sólo porque estoy aburrido. Ven Lucas ayúdame a buscar la cinta.

**Lucas:** (Vamos).

**Fernando:** ¡Hermana! ¡La encontré! Aquí está. Mira.

**Sofía:** No puedo mirar, estoy cortando la tela y si me equivoco... mídete tú.

**Fernando:** ¿Qué?

**Sofía:** Que te midas con la cinta.

**Fernando:** Bueno… Mido un cachito y otro cachito.

**Sofía:** ¿Cachito de qué?

**Fernando:** De la cinta que usa mi mamá.

**Sofía:** A ver... Ay, hermano. Ése es el listón que usa para recogerse el cabello. A ver, mídete con las cuartas de tu mano. Como cuando nos mide la abuela.

**Fernando:** Ah... Uno, dos... mido ocho.

**Sofía:** ¿Ocho qué?

**Fernando:** Ocho manos...

**Sofía:** Cuartas, se dice cuartas. A ver... voy a medir en la tela.

**Fernando:** Y tres dedos.



**Sofía:** ...y tres dedos. Muy bien. Ahora siéntate y espérame, que ya casi está tu disfraz.

**Fernando:** Lucas, voy a tener mi disfraz para ir a la fiesta. Oye, hermana, ¿crees que le puedes hacer un disfraz a Lucas? Así también lo puedo llevar.

**Lucas:** (No, no quiero disfraz).

**Fernando:** ¿Ves? Ladra de alegría porque también quiere su disfraz.

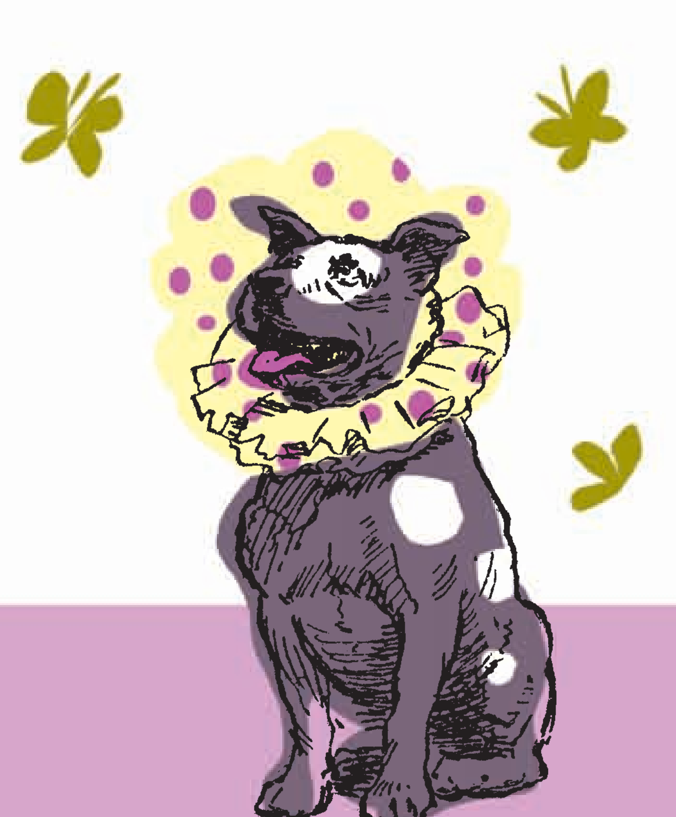
**Sofía:** Primero te probamos el tuyo, y si ya está listo empiezo con el de Lucas.

**Lucas:** (Ay, no).

**Sofía:** ¡Listo! Ven, que te lo pruebo.



**Fernando:** ¿Qué es esto? ¿Una bolsa de dormir?
**Sofía:** Es tu traje de mariposa. Pero creo que quedó un poquito grande.
**Fernando:** ¿Poquito? Esto es gigantesco.
**Sofía:** No sé qué pasó. Tú me diste las medidas.
**Fernando:** A ver, vamos a medir: uno, dos, cuatro, cinco, siete, nueve, once, ¡doce manos-cuartas! Y yo te dije ocho.
**Sofía:** Pero si yo medí ocho. A ver: uno, dos, cuatro, seis... ¡ocho!
**Fernando:** Ocho de mis manos que son más chicas que las tuyas.
**Sofía:** Eso fue lo que pasó: tus manos son más chicas que las mías. Ay no. Mejor vamos por una regla.
**Fernando:** ¡Vamos!
**Lucas:** (Sí, vamos).
**Sofía:** Aquí no está, aquí tampoco. Qué raro, si yo la tenía en mi cajita de útiles.
**Fernando:** Hermana... ¿qué es una regla?
**Sofía:** Una regla sirve para medir.
**Fernando:** Sí, pero ¿qué es?
**Sofía:** ¿Qué es qué?
**Fernando:** ¡Una regla!
**Sofía:** Ya te dije: para medir.
**Fernando:** No te pregunto para qué sirve sino qué es.
**Sofía:** ¿No conoces las reglas? Entonces, ¿cómo me vas a ayudar a buscarla? Las reglas son como unos palitos aplanados.
**Fernando:** ¿Palitos aplanados?



**Sofía:** Bueno, como varillas.
**Fernando:** ¿Varillas?
**Sofía:** Más bien... como... ¡reglas! No puede ser que no conozcas las reglas. El palito tiene unas muescas.
**Fernando:** ¿Qué son muescas?
**Sofía:** Rayitas hechas sobre la madera.
**Fernando:** ¿Cuál madera?
**Sofía:** La de la regla.
**Fernando:** ¿La regla tiene madera?
**Sofía:** Digo, las reglas pueden ser de madera, o de plástico, o de fierro.
**Fernando:** Ah, creo que ya sé. ¿Y tiene numeritos?
**Sofía:** Sí, esos número son para medir.
**Fernando:** ¿Y es rosa?
**Sofía:** Bueno, pueden tener diferentes colores. La mía es... ¿tú la tienes?
**Fernando:** Es que Lucas y yo pensamos que era una espada. Un poco difícil de mover porque es plana, pero...
**Sofía:** Ay, hermano, ¿y dónde está?
**Lucas:** (Aquí).
**Sofía:** ¡Mi regla! ¡Toda mordida! A ver si todavía funciona. Ven, voy a medirte. Tú mides... 30+30+30=90.
**Fernando:** ¿90 qué?
**Sofía:** Centímetros.
**Fernando:** ¿Qué son centímetros?
**Sofía:** La unidad de medida de esta regla.
**Fernando:** ¿Eh?




**Sofía:** ¿Ves estas rayitas de aquí?
**Fernando:** Sí.
**Sofía:** Entre una y otra hay exactamente la misma distancia. Cada rayita es un milímetro. Y cada rayita más larga que ves, indica que hasta ahí se completa un centímetro. Diez milímetros forman un centímetro. Esto quiere decir que la unidad que se usó para graduar esta regla es el metro. Todas las reglas de todos colores y materiales tienen gradación, o sea la misma distancia y los mismo tamaños. Por eso todas van a medir las cosas exactamente igual.
**Fernando:** Y entonces, los disfraces quedarán siempre bien medidos.
**Sofía:** Claro. Por eso es importante aprender a medir las cosas con unidades de medida que todos conozcan, como los centímetros, el metro, los decímetros... pero eso lo aprenderás después. Ahorita estás muy chico.
**Fernando:** ¿Chico para qué?

**Sofía:** Para ir vestido de mariposa a la fiesta.
**Fernando:** ¿Eso quiere decir que puedo ir a la fiesta vestido de súper grillo?
**Sofía:** Sí.
**Fernando:** ¡Yúju! Voy a ir a la fiesta como súper grillo. Oye, ¿y el disfraz de Lucas? Tenemos que hacérselo. A ver, yo lo mido.
**Lucas:** (¡Oh, no, problemas! Mejor me voy.)
**Fernando:** Oye, Lucas, espera. ¡No te vayaaas!

**FIN**





## El Día del Poeta

*Carmina Narro*





Desde ese día ya nada fue igual. Sólo me pasó a mí, estando adentro de mi casa. Nadie se dio cuenta, pero ese día cambié para siempre. Recuerdo que mis amigos hacía tiempo que me aburrían; no lo quería reconocer porque hubiera sido algo parecido a una traición y los seguía queriendo a pesar de que quién sabe desde cuándo ya no sentía que era parte de ellos. Ya casi no veía la tele y estaba cansado también de la computadora. Me sentía solo sin nunca haber estado solo. Estaba triste.

Aquel día, estando de vacaciones, pasé como lo había hecho siempre por el librero de mi abuela y, sin ganas, por no tener otra cosa que hacer, tomé un libro y empecé a leer. Era de poesía. Yo nunca había leído algo así. Estuve pensando mucho tiempo. Primero me sorprendió la belleza porque no sabía bien de dónde provenía. Después entendí que era por cómo estaban acomodadas las palabras, cómo estaban escogidas, parecía que tenían música. El libro era de un poeta muy triste y sin embargo ese señor con su melancolía había encontrado la belleza y hablaba de lo que yo sentía. Varios días estuve pensando en eso y volvía al libro a cada rato.

De pronto, tuve como una revelación y recordarlo todavía me emociona: supe que había algo más dentro de mí que me hacía único. Yo no era sólo mi cuerpo; mi mente —y eso que no se puede ver, pero que está en nosotros—, podía ser tocado por las palabras. No todo era mi casa y la escuela. Podía estar en otras partes al mismo tiempo sin moverme de lugar. Mi cuerpo sólo era el lugar donde vivía lo mejor de mí que nadie puede tocar. Era parte del universo aunque yo sólo fuera un punto microscópico en su inmensidad. Ese día, la tristeza del poeta y la mía a través de los poemas se transformó en algo hermoso y eso tenía que ser bueno.

Ahora me gusta pensar que cuando esto ocurre, el mundo se vuelve un poquito mejor y paso mucho tiempo leyendo. Por eso desde ese día ya nada es igual y lo recuerdo como el Día del Poeta.







## Madrigal*
Gutierre de Cetina

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?

Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.

¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.[1]

---

* Zaid, Gabriel (compilador), *Ómnibus de poesía mexicana.* México, Siglo XXI editores, 1971.



## Los caballeros bondojitos

*Carmen Boullosa*

Todas las noches, Pedro soñaba lo mismo. Desde que cumplió siete años, todas, todas las noches. Me lo contó porque yo aparecía en su sueño.

Esto pasaba en el sueño de Pedro:

Pedro le ponía la corona al nuevo rey de la cuadra, Julio.

Julio era el vecino de Pedro, vivía en el departamento 8, era tres años mayor.

Lo primero que hacía el rey Julio era darle a Pedro la orden de irse de la cuadra:







—¡Fuera de mi territorio! ¡Te me largas!

—¡Ni modo! —se decía Pedro—. Al rey que yo hice, ahora lo obedezco.

Sobre un pañuelo grande que había sido de su abuelo, Pedro ponía un tenedor, un cuchillo y dos cucharas, un plato hondo y otro extendido, su cepillo de dientes, su vaso predilecto (de plástico azul), y un par de calzones limpios, del mismo color que el vaso. Amarraba las puntas del pañuelo unas con otras para envolver sus cosas, hacía un bultito. Su mamá lo abrazaba llorando, su papá se escondía en el baño para que no le viera los lagrimones, su tía Pelusa le acariciaba la cabeza, diciendo "¡pobrecito!", su abuelita lo miraba sin parpadear, como si estuviera orgullosa, y sus hermanas ponían cara de ni fu ni fa.

Cargaba su bultito, salía del departamento y azotaba la puerta.

En el descanso de la escalera, lo esperaban Pablo, Enrique y Carmen, sus amigos. Enrique venía con su perro, Valiente.

Todos llevaban un bultito en las manos, Carmen lo había hecho con un paliacate rojo, Pablo con un trapo de cocina amarillo y percudido, Enrique con una sábana de bebé, rosita y con flores.

Valiente ladraba y bajaba corriendo la escalera, adelante de todos.

Salían a la calle. Comenzaban a caminar, iba a la cabeza Valiente, meneando feliz la cola.

El del taller mecánico les preguntaba:

—¿Dónde van?

—¡A donde nos apunte la nariz! —contestaba Pedro.

—¡Donde el rey de la cuadra no sea un gandaya! —decía Carmen.

—¿Por qué se van? —les preguntaba el mecánico.

Le contaban la razón del rey Julio. El hijo del mecánico, el Brincos, se iba con ellos, también cargando un bultito. Cuando pasaban frente a la tienda, doña Tecla la tendera preguntaba también, y la Trenzas, su hija, se les unía, llevando un bulto algo más grande que los demás, envueltos en un mantel de cuadritos verde y blanco.



Caminaban una cuadra que les pareció muy larga. Valiente jadeaba, traía el hocico abierto, tenía sed. Enrique le ponía la correa, tiraba de él, casi lo llevaba a rastras. La Trenzas abría su bulto, sacaba una botella de agua. Pedro desanudaba su bultito, sacaba el plato hondo, lo ponía en el piso. Le daban de beber a Valiente, se bebía el agua a lengüetazos rápidos. Pedro y la Trenzas volvían a hacer su atadito con el pañuelo.

Seguían caminando, pero, apenas pasar la siguiente esquina, les daba hambre y se paraban. Ponían en la banqueta sus pañuelos, sábanas y mantelitos, los abrían, buscaban entre sus triques, pero nadie traía nada de comer, ni siquiera la Trenzas. Unas señoras se les acercaban, y les compraban vasos, cepillos de dientes, cucharas, peines y calzones; una de ellas les pagó con un billete, las demás con monedas.

Un señor de camisa de rayas color naranja les compraba todos los cuchillos, les pagaba con dos billetes. Una joven venía y le daba a Valiente cueritos de pollo en el plato hondo de Pedro. Después, se llevaba el plato, dijo que "a lavar", pero ya no volvió.

Con los triques que les quedaban, Pedro, Pablo, Enrique, Carmen, la Trenzas y el Brincos se adornaban. Carmen doblaba los tenedores, se los acomodaban en los cinturones y los zapatos, se ponían los platos sobre las camisas, deteniéndoselos con sus pantalones, y se amarraban sus trapos en las cabezas o en los hombros, como capas o sombreros.

—¡Somos los caballeros bondojitos! —se ponían a gritar, nomás porque les gustaban esas palabras.

Enfilaban de vuelta hacia su cuadra. En el camino, se les unían otros amigos, y también los hermanos Carrión, que nunca se habían llevado con ellos (eran también mayores, como el rey Julio, unos creídos

que siempre los habían ninguneado). Los Carrión se les pegaban por convenencieros.

Pocos pasos después, los Carrión comenzaban a decir palabrotas horribles a Carmen y las otras niñas. Pedro los expulsaba del grupo. Se negaban a irse. Los caballeros bondojitos los amenazaban, agitaban sus trapos, pegaban con sus puños en los platos y les gritaban "¡Largo de aquí!", hasta que se fueron. Se creerían condes y elegantes, serían lo ricos que quisieran, pero los Carrión eran gente de quinta.



Seguían su camino, y bien contentos.

Llegaban a su cuadra y se enfilaban directo a la heladería.

El rey Julio se les acercaba, exigiendo le dispararan un helado.

—Pero cómo no —decía Pedro—. Usted es el rey de la cuadra.

Todos se quedaban boquiabiertos con la respuesta de Pedro. Carmen se ponía furiosa, se daba la media vuelta y se iba.

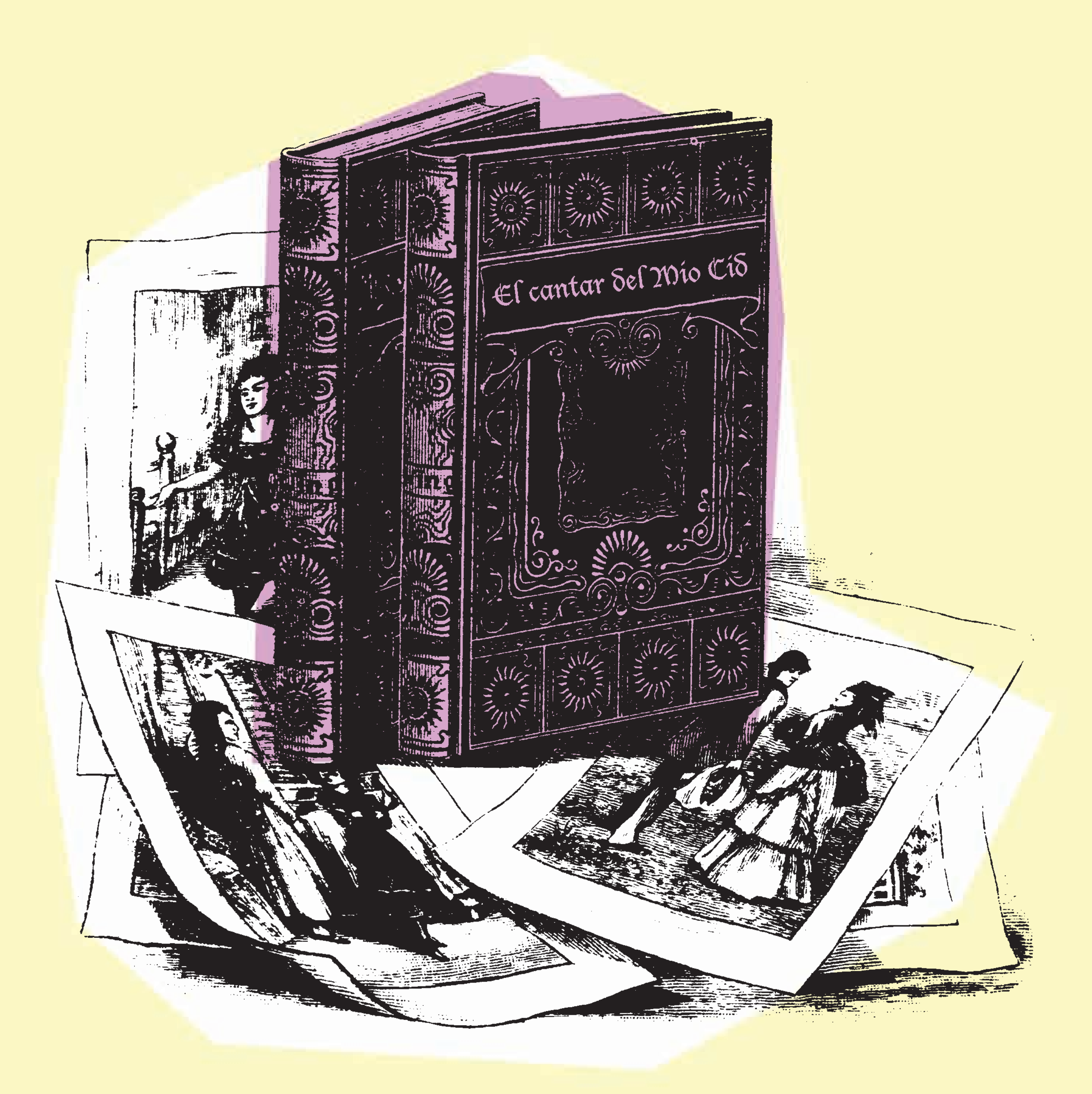
Pedían sus helados, se los comían, y cada cual para su casa. La mamá de Pedro, su papá, su tía Pelusa y hasta sus hermanas se ponían felices. Nadie le reclamaba que hubiera desacompletado la vajilla y los juegos de cubiertos, ni le pedían que se desamarrara el pañuelo de la cabeza.

Cuando Pedro se despertaba, le enojaba haber comprado un helado al rey Julio. Por eso me lo contó. Yo era la única que se había portado como se debe.

Todas las noches Pedro soñaba lo mismo.

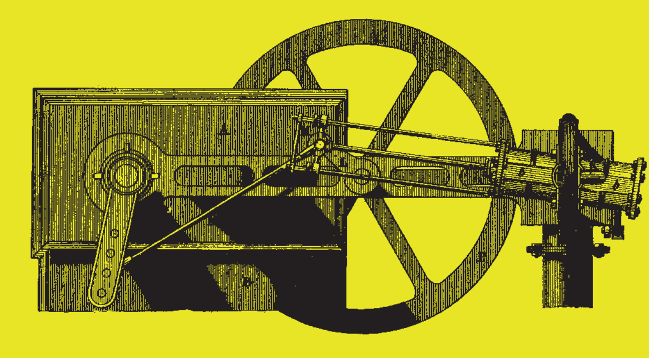
En la prepa, leyó un libro escrito hace novecientos años, en tiempos de su tataratataratataratatarabuelo, *El cantar del mío Cid*. Pedro se dio cuenta de que el libro contaba lo de su sueño. Había un rey y los que él expulsara; en vez de cuchillos, espadas; ganaban dinero y además batallas.






La verdad, Pedro sintió muy raro. Desde ese día, quiso leer más libros, le dieron curiosidad.

Cuando me lo contó, yo en cambio pensé que esto no tenía ni un pelo de raro, porque así son los libros. Son como espejos, pero no como los de los baños, que sólo reflejan lo que está inmediato; cuentan lo que ya pasó, lo que alguien sueña, y lo que será. Lo raro para mí es que, aunque sea yo la Carmen del sueño de Pedro, nunca lo he soñado. En el sueño de Pedro fui una de los caballeros bondojitos, y yo… ¡ni cuenta!



## El club de robótica

*Aurora Consuelo Hernández Hernández*

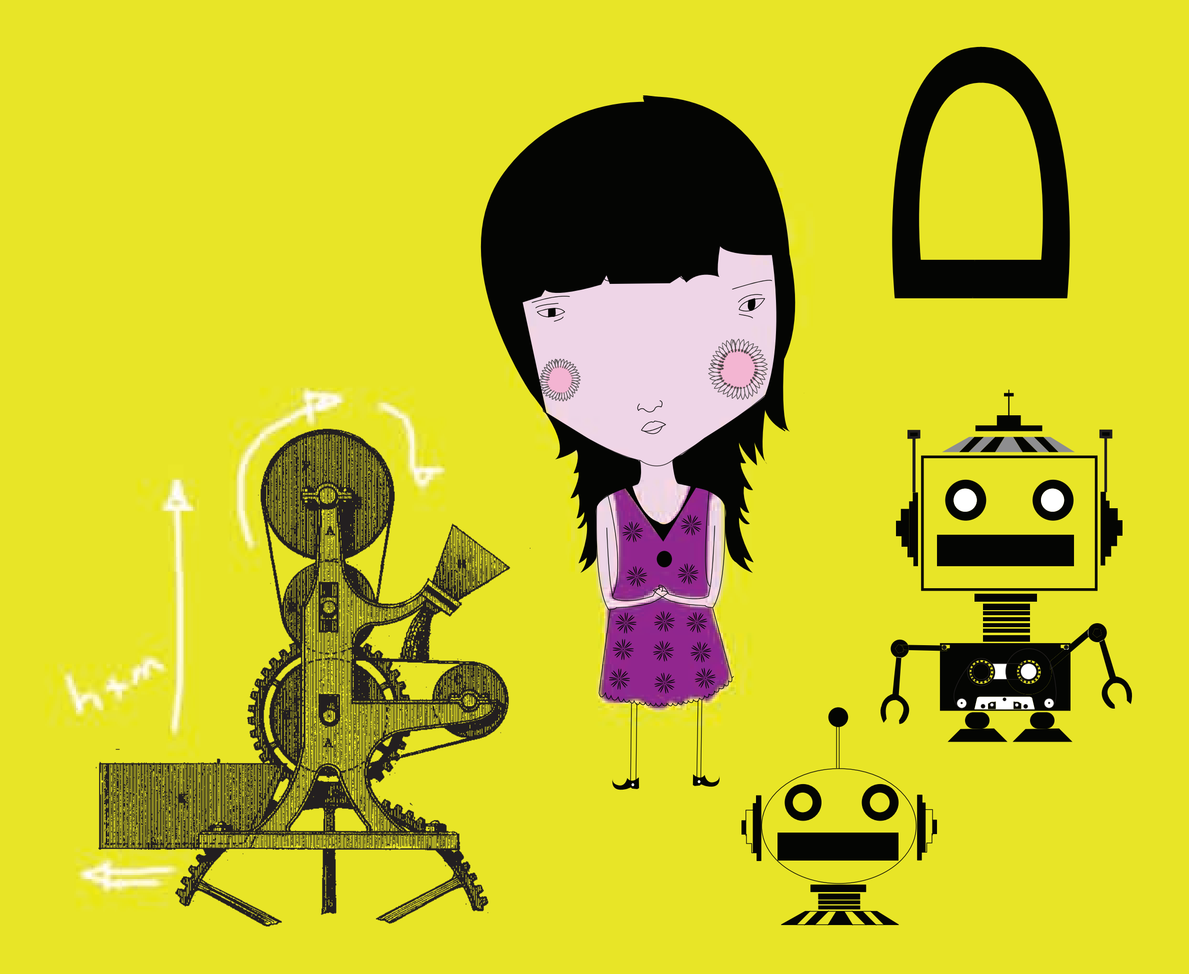
De niña, en la escuela me preguntaban qué quería ser de grande, y me imaginaba inventando cosas raras. Desde entonces tomaba lo que estaba a mi alcance y lo desarmaba con la idea de descubrir lo que había adentro.

Era lindo jugar a las muñecas cada vez que me reunía con mis amigas, pero cuando no estaba con ellas era frecuente verme desarmando desde la caja registradora de juguete con la que jugaba a la tiendita, hasta el reloj despertador que tenían mis papás en su buró.

Al principio, mis papás se enojaban conmigo porque me dedicaba a *destruir* cuanta cosa tenía enfrente, pero cuando se percataron de que era para ver lo que tenían adentro y luego buscar la manera de que sirvieran mejor, ellos empezaron a darse cuenta de que era por curiosidad, por una búsqueda de saber cómo eran los objetos y así darles una mejor utilidad. Yo les decía que quería que salieran números por la caja registradora, pues nunca aparecían.

Fue pasando el tiempo y pensaba que si ponía empeño en mis estudios podría llegar a ser ingeniera. Algunos me decían que se les hacía raro que una mujer quisiera estudiar esa carrera, pero siempre pensé que así sería.






Por fin llegó el momento de buscar una escuela para cursar los estudios de nivel superior y decidí ingresar al Instituto Politécnico Nacional en una de esas nuevas carreras de Ingeniería. Me encontraba feliz el día que entré al salón llena de aspiraciones.

Al poco tiempo de haber iniciado el semestre supe de la existencia del Club de Robótica. Al principio pensé que era sólo para hombres, me imaginaba a la Pequeña Lulú que no podía entrar al club de su amigo Tobi; sin embargo, con el paso del tiempo, el gusanito de la curiosidad me hizo investigar lo que ahí se hacía: el Club de Robótica es una asociación estudiantil fundada en 2006 para organizar la participación de sus integrantes en los concursos de robótica que se realizan en nuestro país y en el extranjero.

Ahí me encontré con un grupo de compañeros estudiantes de diferentes grados de las carreras relacionadas con la Mecatrónica (que son aquellas que se relacionan con el diseño y construcción de sistemas mecánicos inteligentes), mostrando su creatividad con ingenio, energía y entusiasmo contagiosos.

Sí, me habían contagiado para entrar en el club. A las pocas semanas ya estaba involucrada en el diseño de prototipos de androides, es decir, de robots.

Para elaborar los robots hay que pensar en muchas cosas.

Los robots compiten de diversas maneras: se desplazan, luchan, contienden y algunos de ellos son de combate.

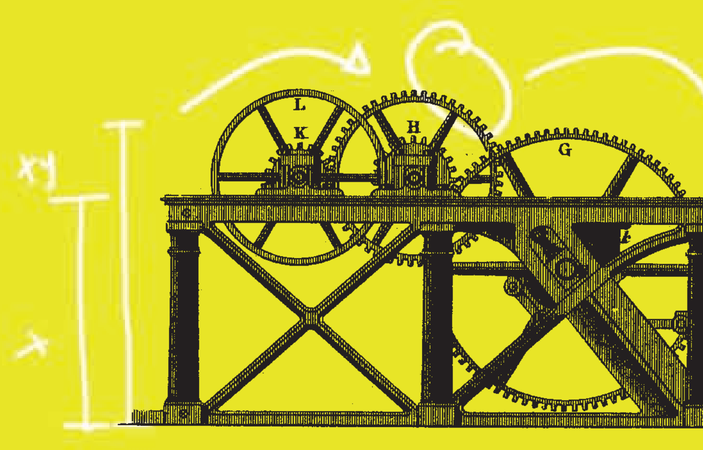
La complejidad de los prototipos aumenta en relación con la disminución de su tamaño pues concursan en distintas categorías que van desde los muy pequeños que pesan pocos gramos, hasta los más grandes que llegan a pesar cerca de tres kilos.

Cada uno de ellos lleva circuitos integrados, sensores y otros componentes que les permitan detectar a otro robot que participa como su oponente. Otros requieren de dispositivos o controles para manejarlos a control remoto.

A cada robot se le bautiza con un nombre, y el diseño y elaboración de uno de ellos se convierte en todo un reto en el que hay que aplicar muchos de los conocimientos adquiridos en la escuela para desarrollar un prototipo y agregarle un toque personal que lo haga diferente, innovador y competitivo.

Lo más atractivo del club es saber que participaremos en diferentes concursos y certámenes en los cuales compartimos experiencias con esfuerzo y compromiso. Así, desde el 2006, se han ganado premios y medallas.

A los concursos nacionales, como la Olimpiada de Robótica, acudimos con frecuencia, pero nuestro desafío es participar en los concursos internacionales.



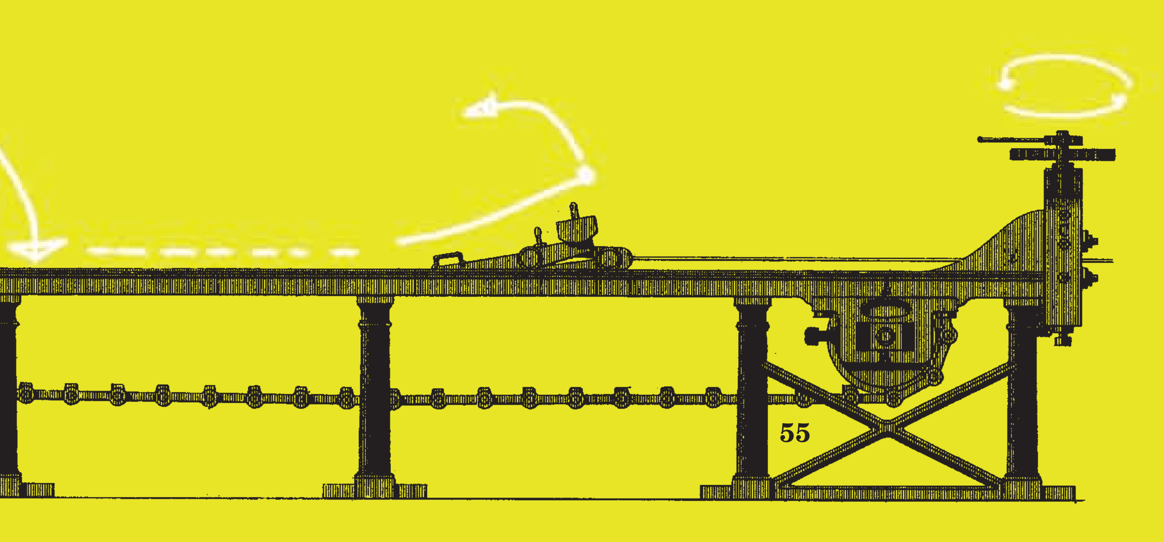
En este año, nuestro reto fue acudir a San Francisco, California, a participar en el Robogames 2010. Éste es un concurso al que acuden muchos países, entre ellos Brasil, España y Canadá. Nos presentamos 12 alumnos con nuestro profesor-asesor para llevar a la competencia 49 robots.

Acudimos con la convicción de poner en alto a nuestro país y a nuestra escuela, decididos a ganar las competencias, pues hemos estudiado y le hemos dedicado todo nuestro esfuerzo. Nos encontramos con estudiantes de muchos países y estando allá, necesitamos de ingenio y creatividad para superar los contratiempos que se nos presentan.

Nuestros desvelos dieron sus frutos, al final de la contienda obtuvimos el segundo lugar en el cuadro de medallas. México obtuvo 16 medallas y once de ellas las ganamos para el Politécnico (los Estados Unidos de América ocuparon el primer lugar).

En las aulas hemos adquirido la preparación necesaria, pero para ganar, nos hemos comprometido a superarnos día con día, sobre todo nos hemos dado cuenta de lo divertido e interesante que es estudiar y estamos conscientes de que necesitamos proponer opciones para favorecer la planta productiva nacional y dejar de depender de la tecnología de otras naciones.

Mis sueños de niña los estoy viendo realizados. Sé que apenas es el comienzo y hoy me preparo con entusiasmo para el futuro.





## Adivinanza

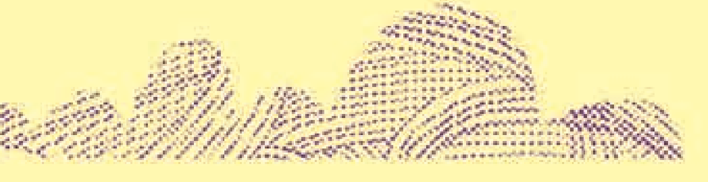
*Óscar Osorio Beristain*

Habitamos valles o planicies,
en barrancas y cañadas.
Somos fascinantes, hermosas
y de formas caprichosas.

Producimos flores perfumadas,
tunas verdes, amarillas y moradas,
de espinas blancas, aterciopeladas,
en un resplandeciente cielo azul.

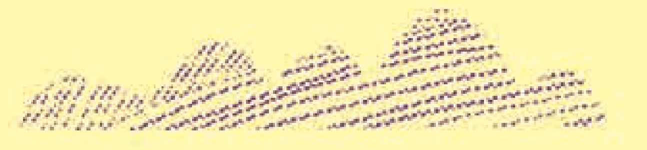
Los Saguaros de Sonora,
viejitos en Puebla,
las pitayas en Oaxaca;
y biznagas de Hidalgo.

¿Quiénes somos?



## Noé y el diluvio

*Luis Mario Moncada*



Todo comenzó hace tres semanas cuando la maestra de quinto se detuvo ante el pupitre de Noé para decirle que sólo un milagro lo salvaría de reprobar el examen.

—No has entregado las tareas, eres el peor alumno en matemáticas, geografía, ciencias naturales…—y ya no siguió porque en ese instante sonó el timbre de la dirección, dando por terminadas las clases.

"No me queda de otra que estudiar", pensaba Noé en el camino por la calle de casas coloridas, pero al llegar a su casa vio al abuelo en la mecedora de la entrada y otra vez se le olvidó lo que tenía que hacer.

El abuelo se pasaba en su mecedora contándole a Noé historias que nadie sabía si eran ciertas. Como aquella en la que según él había sacado una troca del barranco con unas poleas, aunque después no le creyeron porque nadie encontró las famosas poleas. Noé siempre le creía porque le encantaban esas historias increíbles. Pero esa tarde el abuelo estaba serio.

—Va a estar peor la lluvia —dijo. Y ambos miraron las negras nubes que cubrían el horizonte.

Desde hacía varios días llovía intensamente en todo el estado. Tanto que las autoridades habían prendido el megáfono para advertir a la población que tomara medidas ante el pronóstico climatológico.



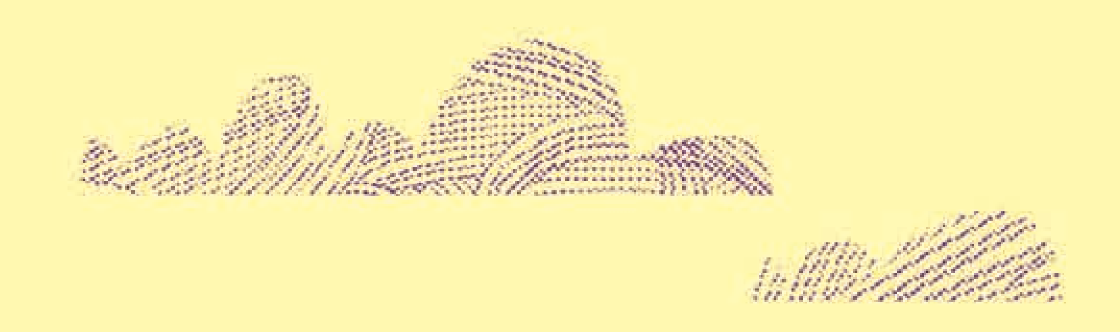
Noé le confesó a su abuelo cuánto deseaba que la lluvia provocara la suspensión de clases.

—No sería la primera vez —se justificaba, y era cierto; cada año había por lo menos una tormenta tropical o un norte que interrumpía las actividades en la ciudad.

El abuelo sabía que en esa región selvática la lluvia era pan de todos los días, y aun así le contó a Noé que una vez —hacía muchos años—, cuando el tiempo de secas se prolongó más de la cuenta, los viejos pobladores del Papaloapan se habían puesto a bailar con unas enormes sonajas que llamaban Palos de lluvia, y en cosa de minutos comenzó a caer un diluvio universal.

Éste no era el caso, por supuesto, pero Noé estaba realmente necesitado de un milagro así que, antes de ir por las tortillas, fue a la cuna de su hermanita a tomarle prestada una de sus sonajas. Y se fue todo el camino a la tortillería agitando la sonaja y lanzando clamores a las nubes cada vez más amenazantes.

Apenas entraron a comer, la lluvia comenzó a caer suavemente y no paró durante cinco días. Para las ocho de la noche el agua ya se metía por debajo de la puerta y dos horas después ya se había ido la luz en toda la colonia.





A pesar de todo, Noé pensaba que los inconvenientes eran mínimos comparados con el maravilloso efecto de su *invocación*, que sin duda mantendría la escuela cerrada.

Pero a la medianoche el papá de Noé consideró que no podían esperar más y levantó a todos para salvar cuanto se pudiera. Guardaron todo lo que cupo en el cuarto de servicio de la azotea y ellos mismos se metieron allí hasta el amanecer.

Después de una muy mala noche, salieron al techo de la casa y observaron el espectáculo asombroso: el río se había metido a la colonia y todos los coches en la calle estaban cubiertos de agua; alguno incluso había sido arrastrado hasta golpear la fachada de una casa. Las otras azoteas estaban también pobladas de familias desconcertadas. Algún valiente atravesaba la calle con el agua hasta el cuello intentando ir por ayuda, pero no era fácil avanzar contra la corriente del río.

A Noé se le congeló la risa cuando bajó con su papá a comprobar el estado de la casa y vio los muebles sumergidos en el agua, sin duda echados a perder. Sus propios libros de la escuela flotaban como cuerpos inertes en mitad de la sala.



De nada sirvió que en las noticias informaran que la inundación había sido provocada por la ruptura de unos diques mal construidos. Noé comenzó a sentirse el culpable de la catástrofe.

—¡Yo sólo pedí una lluvia, no un diluvio! —trataba de convencerse mientras su abuelo lo miraba sospechosamente.

Todo el día estuvieron sintonizando el radio de pilas para escuchar las instrucciones de las autoridades, que advertían de la necesidad de evacuar la zona, y prometían ayuda para ir sacando a la gente. Los vecinos gritaban de azotea en azotea para pasarse las noticias y organizarse.

Después se dejaron venir las primeras pangas y el papá las llamó desesperadamente, pero el abuelo se negó a bajar de la azotea.

—Yo no me voy de mi casa. Me hundiré como el capitán con su barco —dijo dramáticamente, y no hubo poder humano que lo moviera de su mecedora.

A pesar de todo, el abuelo y los demás tuvieron que ser evacuados de la ciudad cuando el ejército llegó, dos días después, y prometió que resguardaría las casas contra posibles robos.



Noé trató de esconderse porque pensaba que los soldados tarde o temprano averiguarían la verdad. Pero su papá le dijo que él no era el abuelo para negarse a evacuar, y se lo llevó de las orejas.

Entre cuatro soldados tuvieron que cargar al abuelo con todo y mecedora, porque el viejo seguía negándose a bajar de la azotea. La hermanita de Noé lloraba al ver que la cuna y sus juguetes se pudrían debajo del agua; la mamá lucía muy triste porque no sabía cuándo volverían a su casa; el papá se preguntaba cuánto le costaría recuperar lo perdido. Pero Noé era el más preocupado al ver cuánto sufrían los demás *por su culpa*.

Al pasar frente a la escuela, totalmente inundada, Noé vio a los profesores que trataban de rescatar las cajas con material didáctico. Por un momento tuvo el impulso de saltar del camión y abrirse paso a nado, para ayudar, pero al ver a su maestra se arrepintió de bajar: "así que sólo un milagro me salvaría de reprobar", murmuró como si le estuviera dando



una lección a la pobre maestra, que sufría tratando de salvar del agua algunos libros. Y por un momento Noé volvió a sonreír por su hazaña cruel.

En el albergue estuvieron dos semanas que a Noé se le hicieron eternas. En las mañanas se la pasaba escuchando a su abuelo con sus historias increíbles, que sólo Noé se creía. Y por las noches veían la tele para enterarse de cómo iban los trabajos de desazolve de las calles.

Porque lo cierto es que la noticia de una hermosa ciudad de casas coloridas inundada por el Papaloapan ha dado la vuelta al mundo, y Noé se pone rojo cada vez que en la tele le echan la culpa a los constructores de los diques. Ha sido tanto el desastre causado que él nunca se animará a contar *su verdad*.

—Bueno, tal vez a mis nietos sí se las cuente algún día —murmura pensando que quiere ser como su abuelo.

—Y también les contaré de una maestra malora que no creía en milagros y me reprobó por equivocarme en unas cuantas preguntitas.

## La mujer de bronce

*Karolina Grissel Lara Ramírez*

En los Juegos Olímpicos de Atenas 2004, se comentaba acerca de una joven mexicana llamada Iridia Salazar Blanco, la cual, desde niña se dedicó a la práctica del Tae Kwon Do. La pasión de Iridia por este deporte fue heredada por sus padres y hermanos, quienes también practicaban esta disciplina. Gracias al Tae Kwon Do, Iridia llevó una vida saludable desde su infancia.

Al iniciarse en esta disciplina, ella entrenaba dos horas al día, tres veces por semana, siendo su padre uno de sus entrenadores. Y una vez que alcanzó un nivel competitivo, su meta fue lograr la gloria olímpica. Con el tiempo, los entrenamientos se tornaron más intensos y el arduo trabajo se reflejaba en sus combates. Gracias a esto, tuvo la oportunidad de ser una atleta de alto rendimiento, tras varios triunfos en competencias internacionales.

El camino no fue fácil, aunque ella entrenaba para triunfar, también aprendió de las derrotas. Esta experiencia la obligó a ser más disciplinada y esforzarse por mejorar su técnica durante largas horas de trabajo diario.

Una vez en los Juegos Olímpicos, su meta era llegar al podio de triunfadores conquistando una medalla. Tras varios combates logró clasificarse en las semifinales, consiguiendo ganar una medalla de bronce en esta especialidad. Para lograr su sueño, necesitó vencer a la española con un marcador final de tres puntos a favor y dos en contra, logrando así, ver ondear la bandera mexicana en la ceremonia de premiación.

Ahora que conoces cómo Iridia Salazar logró ver hecho realidad su sueño, ¿qué harías tú para conseguir el tuyo?




태권도

## Los ladrones de agua

*José Agustín Escamilla Viveros*

Ciudad de México, año 2015…

Después de casi cinco años en coma, debido a un accidente automovilístico, don Juan recuperó la conciencia.

Pasaron los días y sus familiares veían con alegría sus progresos y estaban impacientes porque don Juan volviera a casa.

Un día, don Juan le pidió a María, su hija menor, que lo dejara bañarse. Ella le contestó.

—El sábado, papá.

—¿Por qué hasta el sábado? Ya apesto —dijo don Juan un poco enojado.

—El reglamento del hospital así lo dice, papá —respondió María.

—¿Pero, por qué?

—Mientras estabas en coma, el agua empezó a escasear cada vez más en la ciudad, los ríos que la surtían casi están secos y el agua de otros no sirve porque está muy contaminada.

—Pero, ¿qué el gobierno o la gente no trataron de evitar este problema?



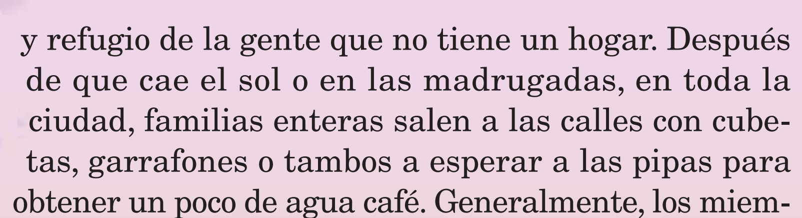


—Te acuerdas que mucho antes de tu accidente que la televisión hacía campañas permanentes que exhortaban a cuidar el agua, toda la gente las ignoraba y la desperdiciaba cuando tardaba horas en bañarse; muchos señores dejaban la llave abierta mientras se enjabonaban o rasuraban; en Sábado de Gloria tiraban millones de litros de agua limpia al caño; muchos lavaban sus autos o aceras a manguerazos. A esto agrégale que cada temporada de calor era peor que las anteriores y las lluvias eran más escasas. Desde hace un poco más de tres años no ha llovido en la ciudad. El agua se acabó repentinamente y todos los que la habían derrochado se lamentaron y culparon al gobierno y a los demás.

Don Juan no podía creer lo que le contaba María. De su garganta salió un hilito de voz para preguntarle:

—¿Qué pasó después?

—La sequía tomó en pocos días la ciudad. Los árboles y las plantas fueron los primeros en morir de sed. Los parques se volvieron desiertos



y refugio de la gente que no tiene un hogar. Después de que cae el sol o en las madrugadas, en toda la ciudad, familias enteras salen a las calles con cubetas, garrafones o tambos a esperar a las pipas para obtener un poco de agua café. Generalmente, los miembros más fuertes de la familia portan un bate, un palo, una varilla u otro objeto que les sirva de arma, para evitar que los asalten y les quiten el agua.

—¿Ahora la gente pelea por el agua? —preguntó asombrado don Juan.

—Sí y muchas personas han muerto o han resultado malheridas. Ahora lo que más se roban es el agua. Parece una locura, pero las pipas son custodiadas por patrullas y policías que siempre apuntan sus armas a quien se acerca demasiado. Tienen licencia para tirar a matar. Nadie se imaginó que una pipa de agua sería más vigilada que un camión blindado. Ahora el agua vale más que el dinero. Una botella de un litro de agua para beber cuesta mil pesos.

—¡Qué locura! —exclamó don Juan. María prosiguió con su relato.

—Otros ladrones de agua fueron ingeniosos: conectaron potentes bombas para extraer la poca agua que quedaba en las tuberías; de esta forma las casas y edificios de los alrededores no recibían una sola gota. Esta

práctica se acabó cuando el agua dejó de llegar a las tuberías.

—Entonces ya no sale agua de las tuberías y el abasto es con pipas y supongo que es muy caro.

—Así es, papá, y a cada familia le toca muy poca agua de color café; para beberla hay que hervirla.

—Si no me lo contaras tú, hija, no lo creería. ¿Qué hace ahora la gente para bañarse, lavar su ropa, cocinar…?

—La escasez de agua también cambió los hábitos de la gente. Ahora, en lugar de la ducha diaria todos nos bañamos una vez a la semana y a jicarazos con una cubeta pequeña, pero nos metemos dentro de una tina grande de plástico para aprovechar el agua, con ella lavamos la ropa. Ahora existe una generación de niños que no saben para qué sirven las regaderas.

—¿Hay personas que siguen desperdiciando el agua?

—Supongo que sí y que no les preocupa que en el Código Penal se considere un delito grave el desperdicio de agua en todas sus formas, como lavar autos, mascotas y banquetas, y que se castigue con fuertes multas o cárcel.

—Si ya no hay agua en la ciudad, entonces ya no vas a tus clases de natación —comentó don Juan.

—La natación, los clavados, el nado sincronizado, el buceo y el *water polo* dejaron de practicarse en la ciudad desde que empezó la sequía. Las albercas de los deportivos ahora están llenas de basura y polvo. Sólo se puede nadar en el mar.

—¿Qué va a pasar ahora?





# El pasillo de las puertas cerradas

*Laura Martínez Belli*

Voy a contarles una aventura de la mejor manera que pueda. Intentaré no equivocarme ni perderme en los detalles, porque a veces, cuando uno cuenta algo, tiende a irse por las ramas y acaba contando cosas que no quería contar. No empezaré por el principio. Comenzaré por el día en que me encontré en un largo pasillo lleno de puertas cerradas a izquierda y derecha, sosteniendo un vaso vacío.

Y se preguntarán cómo llegué allí. Pues por culpa del agua de jamaica. Verán. Mi amigo Emilio tenía la costumbre de beber agua de jamaica a todas horas. Y por eso su lengua siempre estaba pintada de rojo. Lo que ni él ni yo sabíamos entonces era que si bebes mucha, muchísima agua de jamaica, no sólo te dan unas enormes ganas de ir al baño, sino que cuando el cuerpo ha asimilado toda la jamaica que le es posible aguantar, ocurre algo mágico, misterioso.

Así, de repente y sin aviso, uno consigue teletransportarse. Sí, sí, teletransportarse. Como hacen en las películas de ciencia ficción, cuando consiguen viajar a otra parte sólo con pensarlo. ¿Pueden creerlo? Pues eso fue lo que le pasó a mi amigo Emilio.

Se teletransporta a donde sea. ¿Que hay que ir por las tortillas? Emilio se bebe un vaso enterito de agua de jamaica y espera unos segundos. Cierra los ojos. Y al abrirlos, está en la tortillería frente a una señora preguntándole cuántas va a querer. ¿Que hay que ir a comprar cartulina para la tarea? Emilio se bebe un vaso de agua de jamaica y aparece en la papelería. Pero claro, el problema es que Emilio se aburre. Porque los demás, como no sabemos teletransportarnos, tenemos que ir caminando, y a él siempre le toca esperar.

Así que un día, ni corto ni perezoso, Emilio decidió enseñarnos la teletransportación.

Le pidió a su mamá que le preparara cantidades ingentes de agua de jamaica. Cosa que ella hizo, sabiendo que Emilio se pasaba el día bebiendo esa agua colorada. Cuando estaba lista, Emilio montó los tambos en un diablito y los trajo a mi casa.

Allí estábamos todos. Pedro, Jaime, Elías y yo, ansiosos por aprender el truco de cerrar los ojos y aparecer en otro lado. ¿Se imaginan tener ese poder? Podrías ir al parque con sólo desearlo. O ir a visitar a la abuelita. O a la novia. O donde doña Chencha para pasearle al perro. Todo sin perder tiempo en el tráfico, ni hacer esfuerzo en la bicicleta. Desde mi punto de vista, todo eran ventajas.

Así que cuando Emilio nos contó que lo único que había que hacer era beber agua de jamaica, nos sacamos un poco de onda. Al principio, creímos que nos tomaba el pelo. Así que, en lugar de discutir, nos mostró su técnica. Al verlo esfumarse ante nuestros ojos, no rechistamos y empezamos a bebernos el agua.

Bebimos durante días. La vejiga nos dolía tanto que a cada rato teníamos que ir a orinar. Vasos y vasos de agua de jamaica. La lengua se nos empezó a escoriar y la sentíamos rasposa como toalla de baño. Pero ahí seguíamos. Cada vaso nos acercaba más hacia la victoria.



Poco a poco, todos se fueron rindiendo. El primero fue Elías, quien cansado de no obtener resultados decidió que, al fin de cuentas, no era tan malo tener que caminar o pedalear o agarrar un bote para llegar a otros lados. Al fin, así había sido por tiempo inmemorial.

El próximo en tirar la toalla fue Pedro, quien hastiado de la sensación dulzona en su lengua se rehusó a beber un solo vaso más, sin importarle demasiado los resultados de aquella acción. Sencillamente, su boca no podía soportar más el sabor de la jamaica.

Jaime hubiera podido resistir un poco más. Pero se dejó contagiar por la cobardía y la falta de voluntad de los otros. Fue más fácil dejarse conquistar por el fracaso que luchar por el triunfo. ¿Y yo? Yo seguí bebiendo agua de jamaica durante una semana más. Emilio, espontáneamente, se aparecía todas las tardes en mi recámara. Me decía "Ánimo, vas bien… ya casi, ya casi", y volvía a irse sin atravesar la puerta.

Hasta que de pronto, un día, bebí un vaso más de agua de jamaica. No tenía nada que lo hiciera diferente a los anteriores. Pero al terminar de beber, empalagado, cerré los ojos. Y al abrirlos, estaba en este pasillo inmenso de puertas cerradas. Llamé a Emilio a voces, pero nadie contestó. Miré hacia atrás. Nada. Miré hacia delante. Nada. Tan sólo un pasillo largo como una cinta métrica, sin principio ni final.







La única manera de encontrar un camino era abriendo puertas. Así que eso hice. La primera la abrí cauteloso. No sabía qué me esperaba al otro lado, así que decidí hacerlo despacio, no fuera que tuviera que cerrarla de golpe.

Cuál fue mi sorpresa cuando al abrirla vi el mar. ¡Sí, sí! ¡El mar! Con olas, arena, gaviotas sobrevolando la pesca y un sol brillante. Al fondo, el puesto de pescadito frito que tanto le gustaba a mi abuelo. Me quité los zapatos y di un paso. Sentí la arena caliente colándose entre los dedos de mis pies. Me reí. ¡Estaba en la playa! Quise correr hacia el agua, pero recordé que no llevaba traje de baño. Así que di media vuelta y regresé al pasillo. Caminé unos cuantos pasos y quise abrir otra puerta. Ante mi sorpresa, la otra puerta no se abrió. Estaba cerrada a cal y canto, como si alguien le hubiera echado llave por dentro. Probé con otra: lo mismo. Cerrada. Empezaba a ponerme nervioso, cuando intenté con otra que se abrió sin resistencia. Me asomé y vi que era mi escuela. Cerré de golpe. Abrí otra: el taller de mi papá. Luego otra: el mercado. El deportivo. El parque.

¡Todo mi universo conocido estaba tras esas puertas!



—¡Lo conseguí! —me dije contento. ¡Había logrado teletransportarme! Tanta agua de jamaica había valido la pena.

Pero me percaté de algo. Todas las puertas conducían a lugares conocidos. Ninguno de esos sitios era nuevo. En todos ya había estado.

Busqué la puerta que conducía a casa, y tras un buen rato de abrir y cerrar, la encontré. Crucé el umbral, dispuesto a adentrarme en mi recámara. Sentado sobre mi cama, estaba Emilio, con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y bien? —me dijo—, ¿pudiste viajar?

—¡Claro! —contesté entusiasmado—, pero, tengo una duda…

Emilio me miró con atención.

—¿Qué pasa si quieres ir a lugares que no conoces? ¿Qué pasa si quiero viajar a otro país o a otra ciudad? —le pregunté.

—¡Ah! —dijo de pronto Emilio—, eso no se puede. Sólo puedes teletransportarte a lugares que ya has visto. Si no, la puerta no se abre.

Me quedé viendo a Emilio un buen rato. Hablamos sin necesidad de



palabras. Si algo tenía de especial la vida, era que siempre podía sorprenderte. Recorrer una y otra vez los mismos lugares era algo encantador, pero no dejaba de ser aburrido. Un lugar cómodo y seguro. Sin más. Y los dos sabíamos que lo que más deseábamos en el fondo, era descubrir. Viajar. Sorprendernos. Explorar. Vivir.

Nos dimos un fuerte apretón de manos y, sellando un pacto, vaciamos el agua de jamaica por el desagüe del lavamanos. Vimos el agua alejarse, desaparecer. Contemplamos cómo la loza se teñía. Como una huella. Como un sueño que se recuerda al despertar.

Nos miramos. Nos reímos. Aquella era una buena decisión: nos hizo sentir muy bien. Y después, corrimos a contarle a Pedro, Jaime y Elías nuestra aventura. Porque, al fin y al cabo ¿de qué sirve una aventura si no se puede contar?

## Cien cumpleaños

*Antonio Domínguez Hidalgo*

Ayer fuimos al campo para celebrar una gran fiesta: mi tatarabuelo cumplió cien años. Nació en 1910, cuando aconteció aquella vieja Revolución que ha beneficiado a muchos y que también cumple esa misma edad. La mañana estaba espléndida cuando salimos de casa; no sabíamos que más al rato... ¡Qué tormentón! Si dicen que fue una tromba...

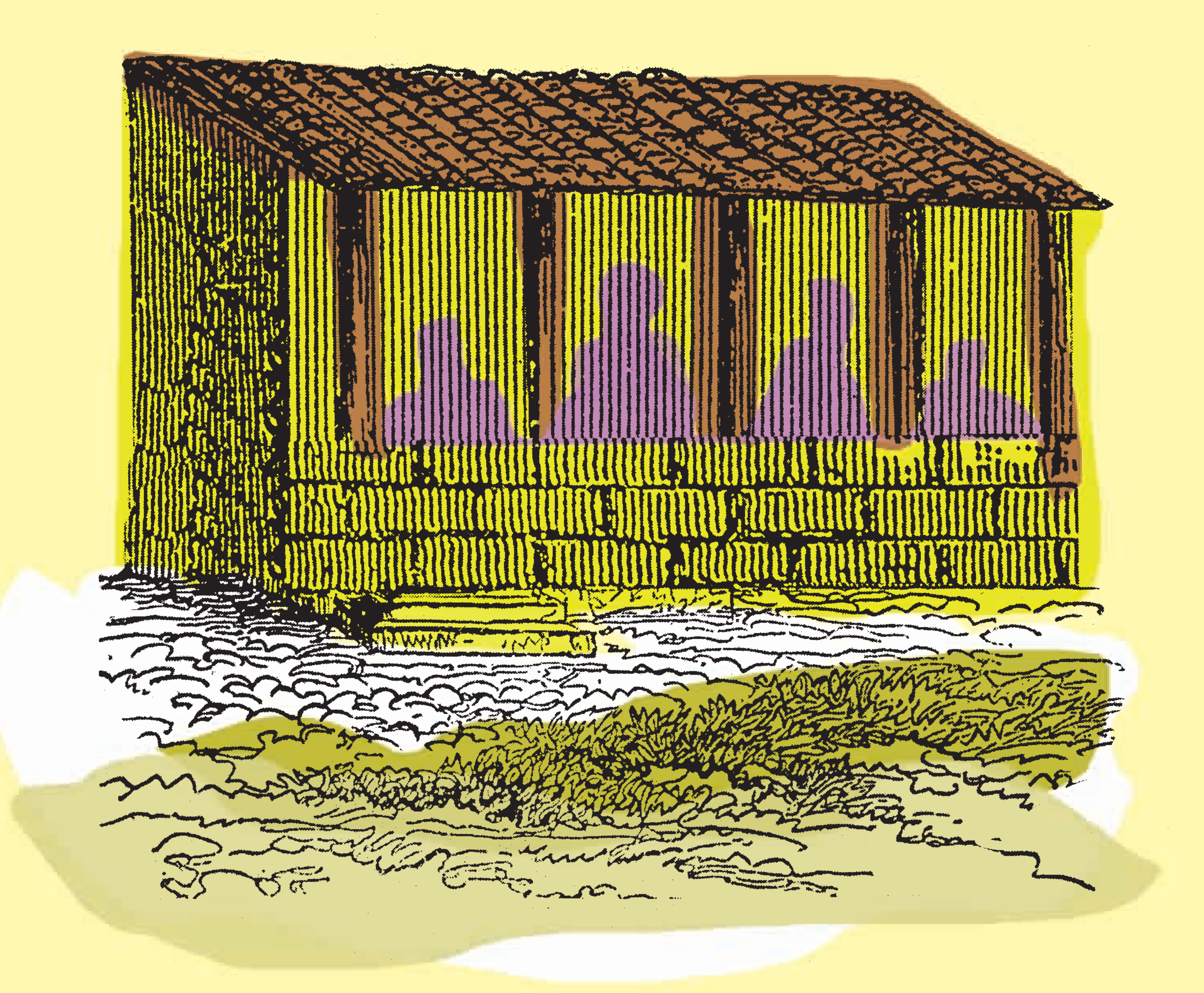
Así llegamos a la Marquesa muy entusiasmados y mi abuelo, a pesar de sus años, nos dio una muestra de sus habilidades como jinete, pues en ese paraje boscoso del Estado de México alquilan caballos.

Cuenta mi tatarabuelito que creció entre el zumbido de las balas y aunque parezca tremendo, gracias a ello llevó una vida de disciplina, a fuerzas. Como allá en su rancho comenzaron a escasear los alimentos comprados en el pueblo cercano, tenía que atenerse a comer hierbas del campo, semillitas de por aquí y de por allá; frutas de la temporada; nopales e insectos como chapulines, jumiles y gusanos de maguey. Por fortuna había una laguna cercana y ahí podían pescar truchas para asarlas.

También, a veces, y no estaba tan mal, comían aves silvestres, como patos, palomas, chichicuilotas o codornices. De cuando en cuando se alimentaban con carne de gallina y tenía que tomar leche de cabra o de burra. Eso sí, muy alejadamente disfrutaba la carne de res. Barbacoa y carnitas nunca se conseguían, así que se acostumbró a una alimentación nutritiva y sin grasas.

Como había frecuentes balaceras, todos los de su jacal tenían que salir corriendo rumbo al monte y andar de allá para acá saltando. ¡Qué sudores! Tanta sed les daba que la laguna era poca para consumir agua. ¡Qué frescura! ¡Qué gimnasio ni qué gimnasio! Eso si era ejercitarse. De ahí que durante su juventud obtuvo un cuerpo hercúleo y macizo que sorprendía a muchos. Así ha vivido durante cien años con gran salud. En todo ha sido moderado, menos en su descendencia; pues somos rete hartos.





Pero sucedió que, cuando nos encontrábamos muy contentos en la celebración, el cielo comenzó a tornarse de un oscuro tan intenso que parecía una verdadera serpiente de nubes que se arremolinaba en las alturas y comenzaba a despedir tremendos relámpagos con sus respectivos y posteriores truenos. Todos nos incomodamos un poco, pues mi mamá había preparado una enorme cazuela del mole favorito de mi abuelo que nos había costado gran esfuerzo cargarla, por lo grandota que era y el agua iniciando sus goterones, amenazaba destruir nuestra fiesta campestre. En montón nos echamos a correr hacia unos tejabanes abandonados que se hallaban como a cien metros de donde nos encontrábamos.

Ahí nos refugiamos los hijos de mi tatarabuelo, todos mis viejos tíos; los hijos de sus hijos, es decir sus nietos; los hijos de los hijos de sus hijos, esto es; sus bisnietos y mis hermanos y primos que somos sus tataranietos. Mi prima mayor ya le va a dar un chozno y todos temimos que esta sobresaltada carrera le fuera a hacer daño.

De pronto nos dimos cuenta que mi tatarabuelito no estaba con nosotros y entre el chubazcón que era de diluvio, comenzamos a llamarlo, sin respuesta alguna. Decidíamos ir a buscarlo, cuando entre las cortinas del torrente, apareció super remojado nuestro amado viejecito. Corrimos a secarlo, pero para sorpresa de todos, vimos que traía cargando la enorme cazuela de mole que no pesaba un gramo. Imagínense, éramos como cien de familia. Quedamos impresionados por la hazaña de quien ha llevado una vida sana, alimentándose bien y ejercitando siempre su cuerpo, y a su edad, aún reacciona mejor que un joven. Todos corrimos para no mojarnos y él, no obstante el aguacero, tuvo tiempo de tapar el enorme cazuelón y cargarlo hasta donde estábamos refugiados. Le dimos un gran aplauso y el rezongó, no tiene la menor importancia. No iba a perder mi mole amarillo en mis cien primeros años de vida. Y reímos.

Hoy en la escuela me dijeron que de acuerdo con recientes investigaciones, la humanidad se aproxima a tener un promedio de ciento veinte años de vida y mi tatarabuelito, por lo que se ve, los va a cumplir; si no es que más.



## El juego de la vida

*Víctor Manuel Banda Monroy*

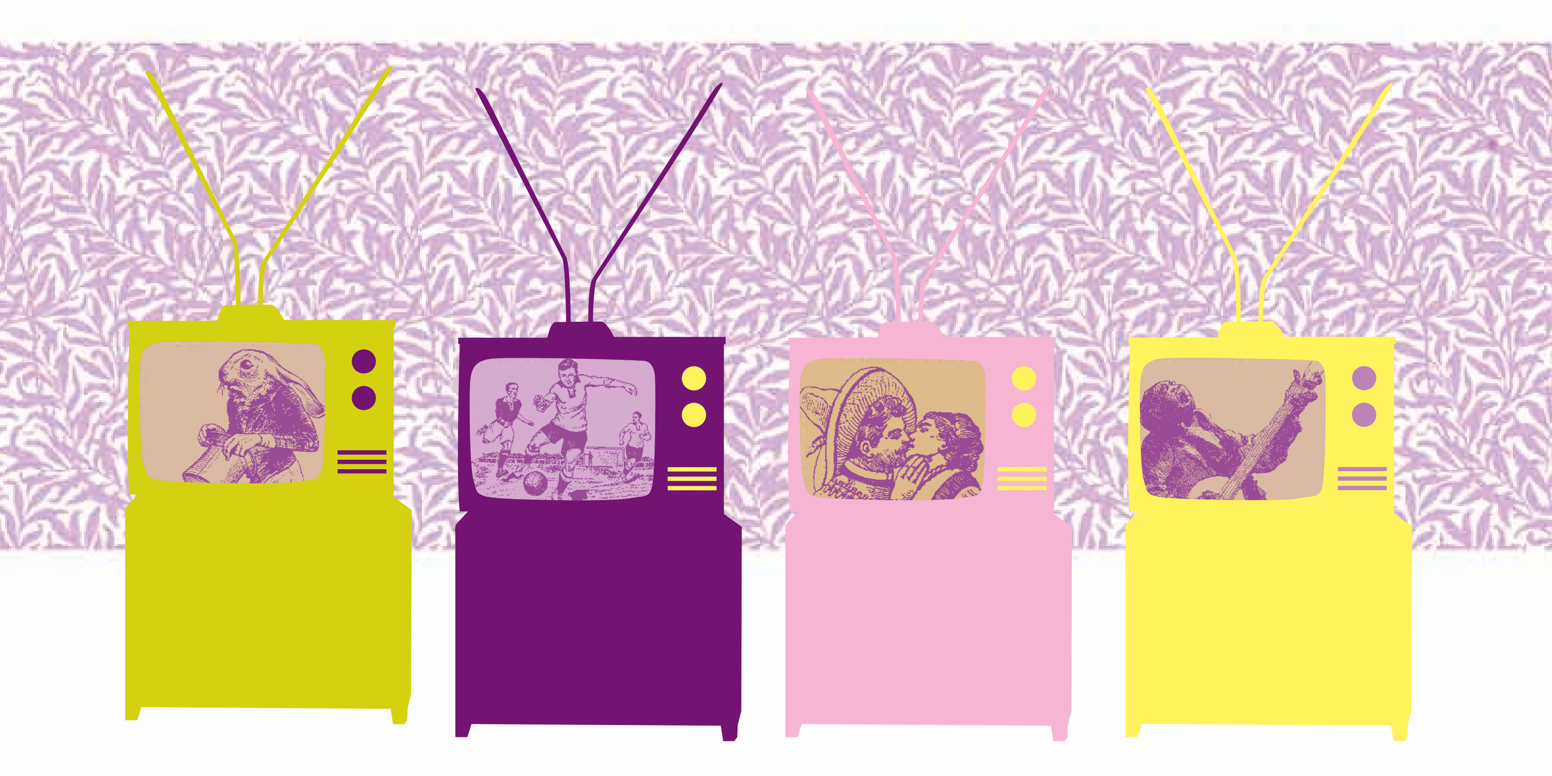
**1**

En la sala de una casa hay una televisión encendida. Un niño mira un programa de caricaturas. El niño se levanta y va hacia su recámara.

Entra el papá. Toma el control remoto y aprieta los botones. Se oyen diferentes programas. Sintoniza un partido de futbol. Se oyen los gritos y murmullos del público. El padre se queda mirando fijamente la pantalla. Grita emocionado. Luego hace un gesto de enojo. Suena el teléfono en otra pieza. El papá se levanta para contestar.

Entra la mamá. Toma el control remoto y aprieta varios botones. Se escucha una escena romántica de telenovela: suspiros, besos y lágrimas. En ese momento, se escucha el timbre de la casa. La mamá se levanta y sale a ver quién es. Entra la hija. Le cambia a la televisión. Grita alegremente. Baila con la música de moda que sale de la tele.

Entra de nuevo el niño, mira a su hermana con un poco de enojo. Quiere el control remoto para cambiarle a la televisión. Pelean un rato por el aparato. La niña gana y sigue bailando. Entra el padre, hace gestos de enojo porque le han cambiado a la televisión. Reclama. Los niños quieren ver sus programas. El padre aprieta los botones del control remoto. Ve un partido de futbol. De pronto, el sonido cambia a una escena romántica.






**Voz masculina:** Pancha, te quiero, te extraño, te adoro, es más…. me caes bien.

El papá se vuelve asombrado. La mamá entra con otro control remoto en las manos. Se sienta en el sofá y ve su telenovela. El papá aprieta los botones del control remoto. Sonido de futbol.

**Narrador de futbol:** ¡Cuauhtémoc va por la banda derecha, tira y es un...!

En ese momento la mamá le cambia de nuevo al aparato. El papá hace un gran gesto de frustración. Se enoja. La mamá no hace caso. Los niños juegan de un lado a otro de la sala, gritan. Los papás los callan.

**Voz masculina:** Pancha Francisca, tengo que decirte algo espantoso. Yo soy el…

En ese momento el papá le cambia de nuevo a la televisión. Se oye la narración de un partido de futbol.

**Narrador de futbol:** …Y el partido termina tres a dos…

El papá pone cara de tristeza. La mamá cambia de canal.

**Voz masculina:** …y este fue el final de esta maravillosa telenovela.

La mamá pone cara de frustración. Los niños se pelean por un tercer control remoto. Le cambian sin ton ni son al aparato. Caricaturas, sonido de música, de reguetón.

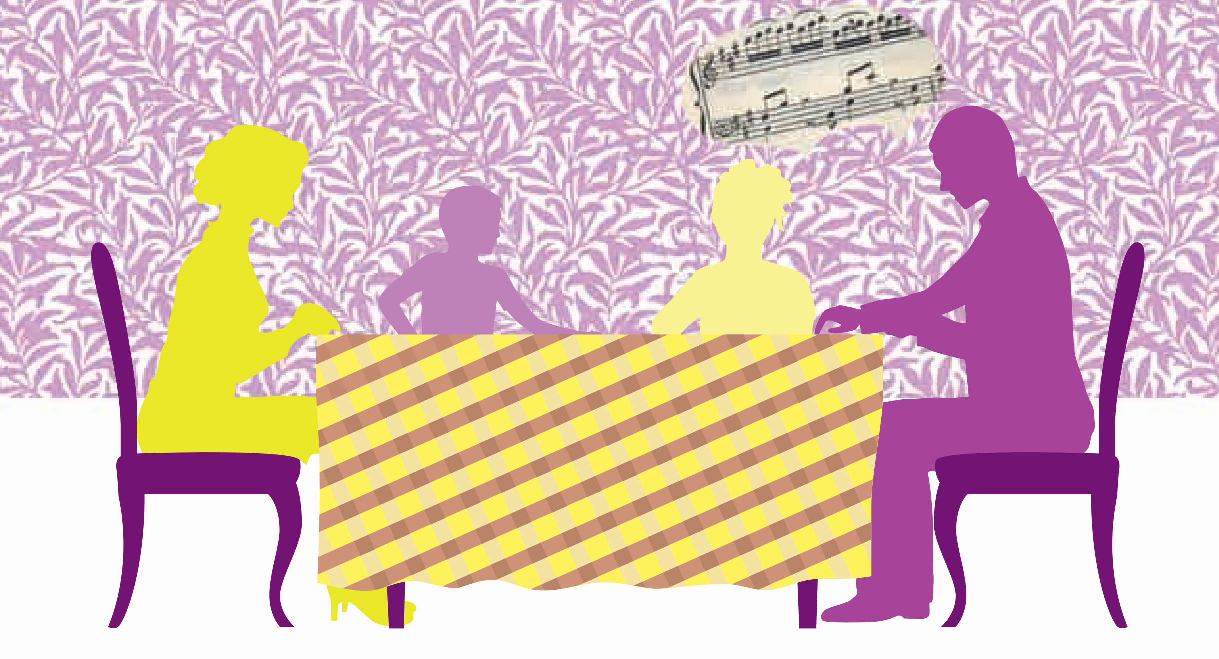


**2**

Gran movimiento en la sala de la casa. Entran hombres con aparatos de televisión. Los acomodan junto a la antigua televisión. Son cuatro aparatos ultramodernos. Pantallas planas de plasma. El papá entra con cara de mucha satisfacción. La mamá, la hija y el hijo entran felices. Cada quien toma un control remoto y unos audífonos inalámbricos. Encienden los aparatos y los sintonizan en su programa. Se quedan mirando fijamente la pantalla. Nada los distrae. Hacen movimientos semejantes a los de los programas que miran: tiran patadas de futbol, lanzan golpes de karate, bailan o ponen cara de te amo mucho. Abrazan a los aparatos de televisión, los besan.

A los aparatos de televisión les salen piernas, en los pies llevan zapatos de charol. Cada uno de los miembros de la familia baila con su televisor. De repente, los aparatos se llevan la mano a la cabeza, que está hecha con su pantalla. Se derrumban. Ha ocurrido una sobrecarga de electricidad. Todo queda a oscuras.





### 3

Con ayuda de una lámpara, la familia trata de arreglar los fusibles. No lo logran porque el daño es grande. Se quedan desconsolados. La niña llora. El papá se ve desesperado. El niño camina y patea una pequeña pelota. El papá la devuelve. La pelota le cae encima a la hija, quien le da un golpe con la mano. Ahora va hacia la mamá, quien la cabecea. El papá vuelve a pegarle. Sin darse cuenta, los cuatro comienzan a pasarse la pelota uno otro. Usan cualquier parte del cuerpo para golpearla. Juegan un buen rato muy divertidos.

De pronto, vuelve la energía eléctrica. Las luces se encienden. Los aparatos de televisión transmiten los programas favoritos de los cuatro. Se miran. Están a punto de sentarse de nuevo en la sala. Pero el papá hace un esfuerzo y se dirige hacia el enchufe de los cuatro aparatos. Los desconecta. Todos suspiran aliviados. Se sientan a la mesa.

La mamá saca una caja de un clóset. Es un juego de mesa. Sin decir nada, el papá, la mamá y los hijos comienzan a jugar. Todos sonríen. La niña canta una canción. El papá la canta también.



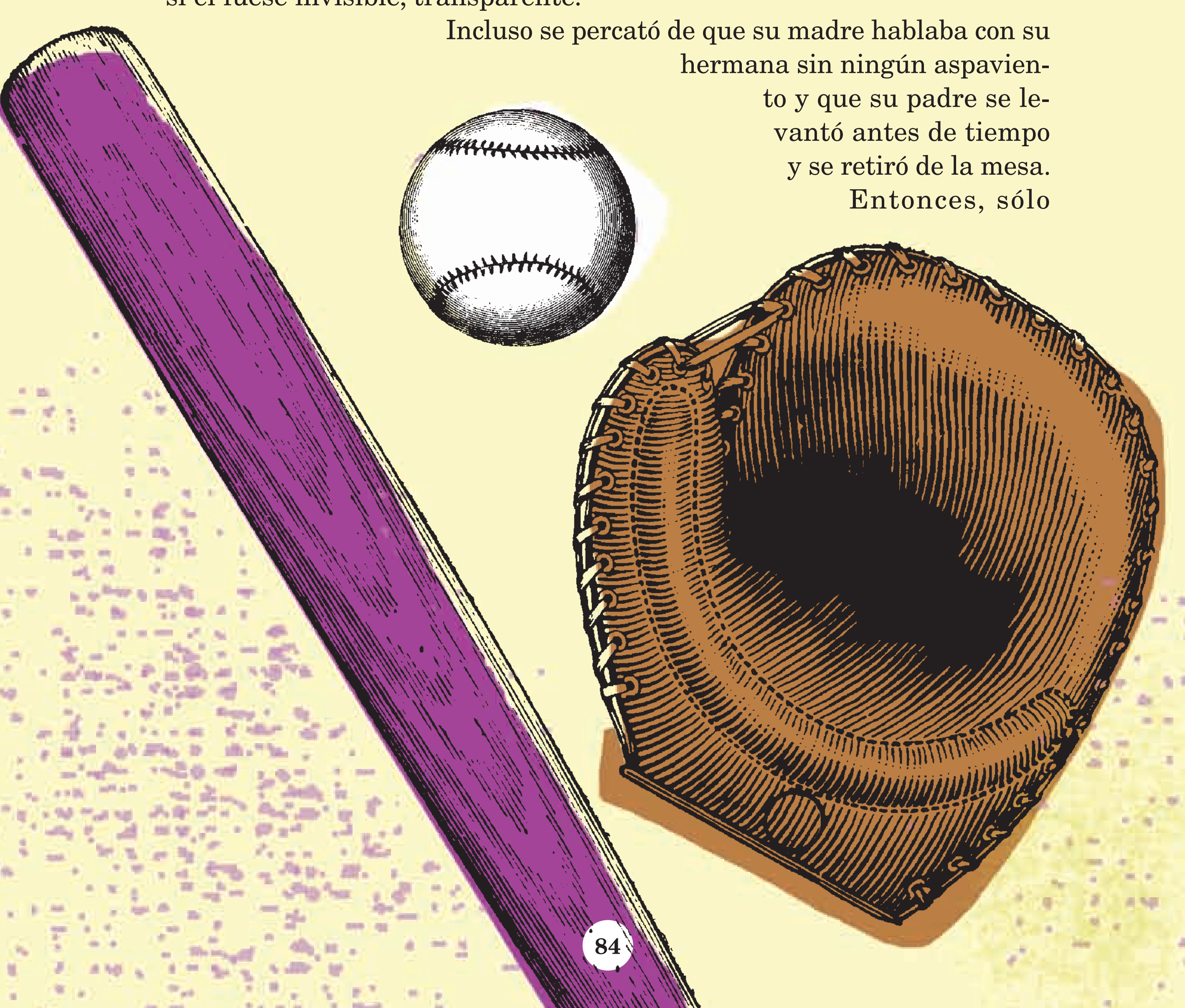
## Silvio y la importancia de jugar, aunque no se gane

Pedro Ángel Palou García

Un día cualquiera de una semana cualquiera de un mes cualquiera (o sea que no importa cuándo), Silvio bajó a desayunar después de despertarse. En la mesa ya estaban su papá —Gerardo—, su mamá —Judith—, su hermana —Ana— y hasta su perro —Bartok—, por lo que él sintió que llegaba tarde.

Su comida estaba servida en su plato, igual que su jugo de naranja. Ninguno de los miembros de su familia lo saludó. Todos comían sus hot-cakes y sorbían sus jugos divertidísimos, sin prestarle atención, como si no existiera. Eso era lo que a Silvio más le preocupaba de su vida, el sentir que nadie a su alrededor le prestaba la menor atención. Vamos, como si él fuese invisible, transparente.

Incluso se percató de que su madre hablaba con su hermana sin ningún aspaviento y que su padre se levantó antes de tiempo y se retiró de la mesa. Entonces, sólo





entonces, Silvio se dio cuenta de que ése no era un día cualquiera de una semana cualquiera de un mes cualquiera. ¡No!, era sábado. Y, además, el sábado de la final de la liga de béisbol en la que él participaba.

Comió como pudo y regresó a su cuarto a vestirse para la ocasión, con el uniforme de su equipo (Silvio era un excepcional *cátcher,* y en su equipo, en particular, era imprescindible).

Los segundos —que por los minutos apenas existían— parecían transcurrir con una insoportable lentitud, como si el tiempo mismo se negara a correr, y al propio Silvio le impidiera conseguir su sueño, de ser campeón.

Pero aun así, él se vistió de prisa, se colocó la gorra y, en una maletita, guardó sus protecciones y guante. Éste era el día decisivo. La batalla final. Él y sus amigos habrían de hacerse con el título, qué duda le cabía.

Pero las certezas de un niño de diez años duran a lo mucho dos minutos. Una vez que transcurrió ese tiempo —Silvio estaba en el baño—, le vinieron a la mente todos los miedos y preocupaciones del mundo. Sudó hasta mojar su uniforme, se mojó la cara y el pelo intentando volver a la realidad.

Su mamá, Judith, gritó pidiéndole que se apurara.

—¡Silvio, vamos a llegar tarde, como siempre!

Entonces él corrió escaleras abajo, a toda prisa. No podía faltar al combate decisivo. Todo un año se había preparado para este día en particular.

Cuando llegó al coche —su mamá ya estaba adentro y lo había arrancado, se dio cuenta de que Ana, su hermana que decía no ser una persona común y corriente, sino una princesa, estaba también allí.

—¿Va a ir Ana, mamá? —protestó.

—Claro, es tu final.

—Pero ella dice que es una princesa, yo nunca he visto una princesa en un estadio de béisbol.

—Mira, bobo —dijo Ana—, voy a ir disfrazada de tu hermana, ¿no te das cuenta? Nadie se percatará de que soy una princesa ni habrá fotógrafos de revistas de chismes para molestarme.

—¿Y si te aburres?

—Yo nunca me aburro, sólo contemplo desde la distancia a los plebeyos como tú que no saben que hay que pensar en cosas más importantes que los *outs* o los *hits*...

—Ya, Ana, deja de decir tonterías —dijo Judith, enojada.

Así se fueron en silencio hasta el estadio. Mientras las calles pasaban

una tras otra por el vidrio de la ventana, como postales desenfocadas y locas, Silvio pensó en dos cosas importantísimas, en ganar y en que la hermana del *pitcher,* Ximena, fuera al juego.

Le encantaba Ximena, pero no se lo había dicho a nadie. Guardaba ese secreto en el fondo de una cajita escondida en un lugar secreto de su corazón.

Pero como ésa no era una mañana cualquiera de un día cualquiera empezaron a pasar cosas extrañas. Primero hubo un choque en el semáforo de la avenida principal, la que lleva al estadio, y había ambulancias, gritos, curiosos y una patrulla vieja con una sirena encendida pero sin ruido.

—Vean bien —dijo Judith—, no vaya a ser alguien conocido.

Era un transporte colectivo que había golpeado a un cochecito naranja muy viejo, que no conocía. Ana dijo entonces, ufana:

—No entiendo por qué se empeñan en manejar como locos, esas son las consecuencias.

Así hablaba Ana cuando era princesa, aunque estuviera disfrazada de hermana.

—No, mamá, no reconozco a nadie.

Menos mal.

Después, al llegar al estadio se repitió la escena del desayuno, pero más raro. No había nadie. Ni los *umpires*, ni el equipo contrario, ni sus compañeros, ni nadie, nadie, nadie. Vamos, ni siquiera alguien que hubiese abierto el estadio.

Judith se preocupó y marcó muchos números en su celular, pero nadie contestaba.

—¿No nos habremos equivocado? ¿Te dijeron bien la hora?

—Claro, mamá. Era a las nueve y ya son cuarto para las nueve, pero tenemos que calentar. Siempre estamos antes, como media hora.







—¡Qué manera de perder el tiempo! —dijo Ana que sacó sus pinturas de uñas y se entretuvo.

Al fin otro coche se estacionó detrás del de ellos. Era Anselmo. El entrenador. Venía sudado y con cara de preocupación.

—Señora Judith, esto es una tragedia...

—¿Qué es una tragedia? ¿A qué se refiere?

—A que el equipo contrario avisó que no llegaría. El *umpire* dio el triunfo a nuestro equipo y ganamos la final.

—A ver, a ver... y ¿qué tiene eso de tragedia?

Eso mismo pensaba Silvio.

—Pues que todos los niños y sus mamás están desayunando acá a la vuelta, para festejar.

—¿Pero qué tiene eso de malo? —siguió la mamá.

—Pues que como ustedes no estaban vine a ver si habían llegado, aunque fuera tarde, para que no se perdieran la celebración.

—Pero por eso, don Anselmo, ¿qué tiene de malo? Ya estamos aquí. Llévenos.

Silvio seguía intrigado.

—Es que pasó algo en el restaurante.

—¿Y?

—¿Se acuerda de Jaime, el *pitcher*? Bueno, pues su hermana, Ximena, no quiere comer...

—¿Y nosotros qué tenemos que ver con eso?

—Dice que hasta que no llegue Silvio ella no probará bocado, que somos unos groseros. Por eso vine.

—Vamos, entonces. No hay tiempo que perder.



Ya en el restaurante Silvio se dio cuenta de que salvo Ximena nadie estaba triste. Ana, su princesa disfrazada de hermana, pidió un pastel de fresa y una malteada de fresa y unas fresas con crema.

Todos se abrazaron después de comer, se tomaron fotos y se pasaron el trofeo como si de verdad hubieran jugado la final.

Cuando ya se iban Ximena se acercó a Silvio, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

—¡Felicidades, campeón!



Y le entregó un sobre. Adentro del sobre —eso Silvio lo supo hasta la noche— había una foto de Ximena. Se veía muy guapa. Y atrás de la foto ella había escrito: "Para Silvio, con todo mi amor".

Se puso rojo, como si Ximena estuviera allí y esa noche sintió que el verdadero triunfo no había sido el béisbol. Durmió con la foto de Ximena bajo de su almohada y a nadie le dijo nada acerca de su nuevo tesoro, de su mejor campeonato.

Ahora, cuándo la vería de nuevo... Era triste, hasta la siguiente temporada.





## 1985

*Elizabeth Rojas Samperio*

—Hola, Abuelita, me dejaron una tarea acerca de los sismos. ¿Dónde estabas tú en 1985? Dice mi maestro que tembló muy fuerte en la Ciudad de México y que muchos edificios y casas se destruyeron. ¿Tú sabes qué pasó?

La abuelita de Raúl, lo volteó a ver con enorme ternura y le dijo: —Sí, sí estuvimos en ese temblor, estábamos aquí en la casa, los focos empezaron a moverse, tu tía, bajó inmediatamente, sólo oíamos que algo se caía en la parte de arriba de la casa, sin saber qué pasaba, nos quedamos quietas en el pórtico de la puerta al patio, pues creíamos que era la más resistente. Ahora, sabemos que actuamos con ignorancia, pues después de ese día, se ha dado mucha información y se han realizado simulacros. Supongo que tú has participado en alguno.

—Sí, abue, en la escuela hemos hecho varios. No siempre nos salen bien, pero dice mi maestro que lo importante es identificar las vías de salida y saber cómo debemos portarnos en caso de un sismo real. A veces, hacemos mucho relajo, pero ya sabemos que eso no lo debemos hacer en caso de un sismo de verdad. Dice el maestro que si tenemos la salida “franca”, que nada la obstaculiza, podremos salir mejor, en orden, pero si no podemos salir, debemos meternos abajo del escritorio y colocarnos con la cabeza entre las piernas, como perritos —dijo Raúl.

—Sí, está bien; pero ¿me imaginas a mí, metiéndome debajo de la mesa? Ni tiempo me daría a moverme, ya te has dado cuenta que cada vez me muevo más lento.

—Sí, abue, pero todavía eres muy útil. A mí me gusta mu-

cho venir a visitarte; siempre tienes algo interesante qué contarme y tu comida es la más sabrosa que yo he comido. Tú eres la mujer maravilla.

—Mi niño. Pero, bueno te voy a platicar qué paso en 1985. Después de que terminó el temblor subimos a ver de qué eran los ruidos, y resulta que el librero de tu tía con todos sus libros y sus muñecos se vino abajo, se atoró con un cajón de un archivero que se abrió y el mueble no llegó al suelo, pero todos los libros sí. Se fue la luz y se bloquearon los teléfonos. Lo bueno es que teníamos un radio de pilas y lo encendimos. Las noticias eran muy tristes, se habían caído algunos edificios en la colonia Roma, en Tlatelolco y estaba dañado el Centro Médico, tu tía quería ir ayudar, pero no sabíamos que hacer y, pues, “mucho ayuda el que poco estorba”. Tu tía, de todas maneras, insistía en ayudar.

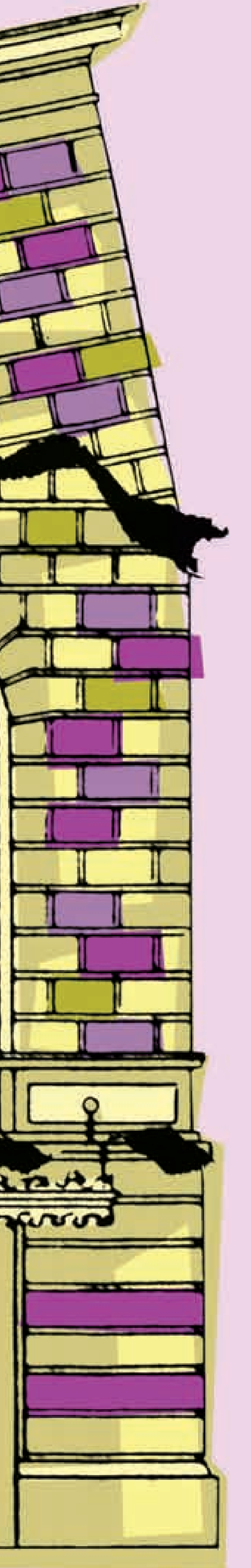
—¿Y qué hizo, abue?, ¿a poco te desobedeció? No lo creo, si yo veo que todos mis tíos y tías te quieren mucho. Mi papá también; bueno, hasta mi mamá que no es tu hija.

—No, no me desobedeció; pero, ante su necedad, buscamos en qué podía ayudar. Cuando no se sabe, es mejor no meterse. Se necesitaba gente que supiera escarbar y meterse a recoger a quienes estuvieran vivos en los escombros, y luego, cuando los sacaran, saber identificar y atender fracturas, golpes, contusiones. Tu tía estaba estudiando literatura, ¡qué iba a saber de eso! Yo estudié enfermería, hace ya mucho tiempo, y ni aún así me siento capaz de ayudar en una situación como esa.

—¿Qué hizo mi tía?

—Sabíamos de unas personas en el aeropuerto. Se fue a





trabajar ahí. Muchos países mandaron víveres y muchas cosas. Era necesario organizarlas y ver cómo se distribuían. Luego, como está cerca una oficina del DIF, colaboró en ordenar las donaciones para los damnificados. En ese entonces no sabíamos cómo reaccionar ante una situación como ésta y la gente regaló todo cuanto se le ocurrió. Cuando se reúnen cosas para damnificados hay que pensar cuál es el problema y qué es lo que más se necesita. Algunas personas entregaron botiquines completos, pero no habían verificado las caducidades de sus medicinas y llegaron muchos medicamentos que no servían, era más trabajo separarlos que si no hubieran dado nada. Pero, ya ves, de los errores se aprende y ahora ya piden exactamente lo que se necesita. Es importante que sepas cuando quieras ayudar, dar lo que las autoridades te piden, no lo que tú creas.

—El maestro dice que se deben de tomar medidas, para que si pasa, estemos prevenidos ¿Tú sabes cómo debemos prevenir un sismo?

—Los sismos no los podemos prevenir nosotros. Pero sí podemos preparar algo para cuando suceden. ¿Has visto la maleta que está debajo de la escalera?

—Mi papá dice que no se debe tocar. ¿Guardan algo extraño ahí?

—No criatura. Hay un pequeño botiquín que reviso de vez en cuando, para cambiar las medicinas caducas. Una muda de ropa “unitalla”, un lámpara, pilas nuevas y un radio de pilas. Además, un silbato y copias de los documentos importantes.

—Y todo eso, ¿para qué es?

—Bueno, si algo pasa, con esa maleta podemos ayudar y recobrar algunos documentos importantes. Desde entonces, no ha vuelto a pasar algo tan grave y no ha sido necesaria, pero

entonces hubiera sido importante que la gente estuviéramos preparados. Es como los seguros, se tienen para que no pase nada, pero si pasa, para eso están los seguros.

—No te entiendo, abue. Pero a todo esto no me has dicho qué es un sismo.

—No sé cómo decírtelo, sólo que sé que se mueve la tierra y que se siente muy feo. Pero, ven, vamos a buscar en este libro qué es un sismo. Me lo lees en voz alta para ver como andas en tu lectura.

—“Es un fenómeno que se produce por un repentino rompimiento en la cubierta rígida del planeta llamada corteza terrestre. Como consecuencia se producen vibraciones que se propagan en todas direcciones y que percibimos como una sacudida o un balanceo con duración e intensidad variables”.

—Es más fácil como tú lo dices. Es que la tierra está bailando —dijo Raúl moviendo todo su cuerpo.

—Si todo lo tomas a broma, ya no te cuento nada —dijo la abuelita fingiendo estar enojada.

—No, abue. Ya me pongo serio. Cuéntame.

—Ya no, otro día. Mejor ven a merendar para que ya te acuestes. Es hora de ir a dormir. Ya me contarás tú, que te dicen mañana en la escuela. Recuérdalo que he contado y no vayas inventar, sí pasaron muchas cosas feas, pero a nosotros no nos pasó nada.

—Dices que se cayó el librero. ¿Entonces?

—Ay, hijo de mi vida, eso no tiene importancia. Lo único que tiene mayor importancia ante una contingencia es la vida. Sin la vida, todo lo demás, no cuenta.

## Flota, Demetria, flota

*Laura Martínez Belli*

Arturo tenía un poder, aunque pocos lo sabían. Sin ningún motivo aparente, Arturo nació con ese don. Al principio, sus papás se empeñaron en que no hiciera flotar las tazas, ni platos en la cocina, que dejara quietos los floreros sobre la mesa y las tortillas sobre el comal, pero al final tuvieron que aceptar que Arturo jamás podría dejar de ser como era. Temerosos de que alguien descubriera la capacidad de Arturo para hacer volar objetos (pues no querían que vinieran a hacerle pruebas, en nombre de la ciencia), mantuvieron su poder en secreto.

Levitar era un poder inusual, aunque muy divertido. A pesar de todo, advertido hasta la saciedad por sus padres, Arturo había aprendido a controlarse, aunque a veces tenía que aguantarse las ganas de hacer volar la silla de su profesora Demetria con todo y ella encima. Más de una vez, cuando la profesora se pasaba de lista y les ponía a hacer planas sin ton ni son, mirando a sus estudiantes como si en vez de niños estuviera frente a una panda de escurridizas lagartijas, Arturo había tenido que reprimir las ganas de sacarla del salón por la ventana.

En la casa de Arturo todo debía estar atornillado. Las sillas del comedor, los cuadernos para la tarea, los tapetes sobre la mesa, la alfombra, el calendario, los recetarios de cocina. Todo debía estar fijo con su respectivo anclaje, porque Arturo cada vez que reía hacía levitar todo cuanto se encontrara cincuenta metros a la redonda.

Pero ese día algo cambió. Sucedió sin premeditación alguna, ni plan, ni maña. Arturo desayunó chilaquiles con pollo y jugo de naranja. Después, bien peinado y con los dientes limpios, se fue a la escuela. En el camino, Arturo recordó que no había terminado la tarea que su temible profesora les había encomendado el día anterior. Se pasó todo el camino pensando en una excusa. Pero después de mucho pensar, decidió que le diría la verdad: no la terminó por estar jugando dominó. Y con la conciencia nerviosa pero limpia, se dirigió a su salón de clases.

La profesora Demetria era más vieja que joven. Llevaba el pelo recogido en un chongo que parecía estar formado de ramas para un nido, probablemente debido a los múltiples tintes y químicos que usaba. Ninguno de ellos lograba, no obstante, engañar al ojo de los niños, que seguían viéndola como un perverso personaje de cuento. Para no perder sus anteojos, los enganchaba a una ristra de perlas de plástico que llevaba siempre alrededor del cuello. Y siempre, siempre, sonreía con una sonrisa que a Arturo se le antojaba tan falsa como el color de su pelo. Ningún alumno la apreciaba demasiado. Ni mucho, ni poco. Pero lo peor no era su aspecto, sino el tono de su voz. Arturo sentía que les hablaba como si fueran tontos.

Les repetía las cosas tantas veces, que Arturo creía que los confundía con loros de piratas.



Cuando llegó la hora de revisar la tarea, Demetria se paseó de pupitre en pupitre. En la mano, llevaba un plumón rojo muy gordo, con el cual, en medio de la plana, hacía un símbolo gigante que mutilaba el trabajo de cada uno de los niños.

Una “R” encerrada en un círculo, a modo de “revisado”, que a Arturo —inevitablemente— le hacía pensar en Robin, el chico maravilla acompañante eterno de Batman.

Pero entonces, le tocó el turno a Arturo.



—¿Y tu tarea? —dijo la profesora Demetria.

Arturo notó que la boca de la maestra se ladeaba ligeramente.

Como cuando se intenta despegar con la lengua un pedacito de cilantro que un taco de barbacoa deja entre los dientes.

—No… no la terminé, maestra.

Demetria destapó el plumón, que hizo vacío al desprenderse de la tapa. *¡Pob!*

Y como regocijándose, hizo deslizar la tinta roja lentamente. El cuaderno marcó una X tan grande como las dibujadas en los puntos de encuentro.

—Y ahora, por flojo, vas a quedarte sin recreo.

Arturo nunca había chistado en su vida. Pero en ese momento, sintió algo naciendo en su interior:

—No soy flojo.

La profesora Demetria se puso del color de la calabaza.

—¡No! ¡Eres reflojo! ¡Y contestón, además!

En el salón de clases el aire era tan denso como ate de guayaba.

Y de pronto, Demetria, sintiendo amenazada su autoridad, empezó a soltar todo tipo de comentarios negativos sobre cómo se iba a convertir en un inútil y un holgazán y un bueno para nada si no se acostumbraba desde ahorita a cumplir con sus obligaciones.

*Bla, bla, bla, bla…* Era todo lo que Arturo oía.

Arturo tomaba aire. Veía cómo la profesora movía los labios, pero sólo imaginaba mandándola a volar. Sintió el corazón latiendo rápido por el coraje, y temió no poder controlar el impulso, ahora sí, de hacerla salir volando por la ventana. Arturo apretó los puños.

Y casi sin darse cuenta de lo que hacía, de pronto todo el salón empezó a girar en círculos concéntricos. Al principio, los alumnos gritaban divertidos, como si estuvieran en una atracción del parque. Las mochilas, los cuadernos, los pupitres, todo comenzó a girar en un remolino alrededor de Arturo, que por primera vez se daba cuenta de la fuerza de su temperamento. Demetria, muy asustada, empezó a exigir que la bajaran. Pero Arturo estaba dando rienda suelta a un poder que, a pesar de haber sido usado a discreción, jamás había explotado en plenitud. Todos giraron tan rápido, tan rápido, que pronto el tornado que se formó empezó a elevar la escuela. Volaron por los aires, controlados por el poder de Arturo, concentrado en no estrellarlos contra un árbol, ni contra los techos de las casas.

Gritaron tanto que la gente salía de sus casas para ver qué pasaba. Asustados, corrían a llamar al 090 de emergencias.

Por fin, cuando Arturo se cansó de levitarlos, depositó la escuela en lo alto de una colina. Demetria ya no tenía voz para gritar. Había perdido los lentes, a pesar del collar de perlas de plástico con el cual los sujetaba, y estaba despeinada como gallo de pelea.

La profesora Demetria miró a Arturo. Arturo miró a la profesora. Ninguno sabía qué decir. Todo estaba patas para arriba. Y Arturo vio en los ojos de sus compañeros cierta desconfianza. La verdad es que Arturo se dio cuenta de que un poder como el suyo no debía ser tomado tan a la ligera.

—La próxima vez haré la tarea— se limitó a decir Arturo.

Ella respiró profundamente y se estiró la falda con las palmas de las manos. Luego le dijo:

—Ser diferente tiene sus ventajas, ¿no te parece?

Arturo sintió por vez primera que su profesora no era —quizás— tan mala después de todo. Se miraron un breve instante que duró mucho tiempo.

Y se dieron la mano.

Arturo nunca más olvidó a hacer la tarea y sólo utilizó su poder para acercar la toalla cuando salía de bañarse.

Y la profesora Demetria jamás volvió a ofender a nadie. Ni pequeño, ni grande.





## El misterioso espejo

*Montserrat Sifuentes Mar*

**I**

Ximena, Sebastián y Lucía siempre discutían cuando jugaban porque Ximena quería ser la princesa valiente y Lucía le decía:

—Las princesas no son valientes, al contrario, tienen que ser frágiles para que el príncipe valiente las rescate.

Como a Sebastián no le gustaba la violencia, nunca quería ser el príncipe valiente. Ya de últimas terminaban jugando a las escondidillas o a "las traes" y así ninguno tenía que ser algo o alguien que no quisiera.

**II**

Desde que el espejo había llegado a la casa, regalo de la tía Chofis, a nadie le gustó, porque los reflejos se veían distorsionados, como si estuviera empañado. Y una vez que Rebeca, la mamá de los niños, intentó limpiarlo, la mano junto con el trapo se hundió en la superficie, como si fuese de gelatina, por lo que se llevó tremendo susto y decidió mandarlo a la habitación de los tiliches.

Ximena, Sebastián y Lucía tenían prohibido entrar en esa habitación; no obstante, motivados por la curiosidad, un día decidieron entrar. Fueron caminando de puntitas, con mucho cuidado de no hacer ruido, y mientras sus corazones latían más rápido de lo normal, empujaron la puerta, y de repente un rechinido, como maullido de gato…

Adentro estaban apiladas cajas llenas de libros viejos, lo cual les sorprendió. Comentaron que ya no hay quién use libros hoy en día, pues



con sólo poner una palabra en el buscador de internet, *voilá,* aparece toda la información que se pudiera desear y más. Otras cajas tenían vestidos con muchos brillitos, adornos y cinturones anchos, de esos que te hacen cintura de avispa, trajes roídos con sus corbatas anchas y coloreadas, y unos zapatos horribles que parecían de payaso.

Lucía se quiso probar los vestidos:

—Seguro que éste lo usó mi mamá en alguna cena importante.

Sebastián se puso un traje que le quedó todo colgado.

—Soy el papá y voy a la oficina —al mismo tiempo que daba vueltas.

Ximena no se quería quedar atrás y se puso unas zapatillas con un tacón tan delgado que se rompió en cuanto dio el primer paso.

—¡Qué tortura usarlos! ¿¡Quién obligaría a mamá a ponérselos!? Seguro que no hizo su tarea y la castigaron obligándola a caminar con estas zapatillas.

Entre los tres husmearon en las demás cajas, hasta llegar al fondo de la habitación, donde se encontraba de pie, como mirándolos, el espejo. La primera en quedar maravillada fue Lucía, quien dijo:

—¡Es tan, pero tan parecido al del castillo de la princesa! ¿Verdad, Ximena? Cuando va al baile y luego el príncipe se enamora de ella.

Sebastián la interrumpió —¡vamos a seguir de chismosos!, ¡bah!, ¿a quién le interesa un mugre espejo?

Sin embargo, Ximena no salía de su asombro frente al espejo, por lo que tomó uno de los vestidos y empezó a limpiarlo. Repentinamente, sus ojos se abrieron más de lo normal, no podía creer lo que veía atrás de la superficie empañada, como si fuese una ventana. Al fondo se veía un pueblo distinto con un cielo color lila; más allá, del lado derecho, había muchos árboles que eran gigantescos, cuyas copas eran de color morado, azul, rosa, como si se tratara de un campo de algodones de azúcar.

## III

Dentro de la habitación se escuchó un sonido, algo así como las trompetas que anuncian que alguien llega y la superficie del espejo se hizo primero aguada, como de bombón, luego como si fuera de flan de vainilla, y cuando los tres se acercaron fueron jalados al otro lado, atravesando aquel misterioso espejo.

Llegaron a un camino de piedritas y empezaron a caminar asustados. Al avanzar unos cuantos metros, a un lado vieron una cancha circular de futbol donde jugaban sólo niñas, más adelante, en un enorme poste de luz color amarillo, una señora arreglaba algunos cables y espantaba a unos pájaros de tres ojos y cuatro alas; un señor gordito y con sombrero barría la calle, empujando algunas piedritas y sacando una lengua azul.

—¡Todo esto es muy extraño! —dijo Lucía—, mi papá jamás saldría a barrer.

Sebastián, que venía atrás de ella, dijo:

—¡Ajá! Y si a mi mamá se le ocurriera arreglar los cables, seguro que se quedaría toda achicharrada… fíjense que sólo sabe donde se conectan los enchufes, bueno, y cambiar uno que otro foco.

Luego se acercó hasta las niñas que jugaban futbol y les preguntó si las aceptaban en el equipo.

Lucía corrió y le tapó la boca:

—¡No!, no puedes jugar con ellas, ¿no ves que son puras niñas y las puedes lastimar con tus fuerzas?

Las niñas detuvieron el coco que hacía de balón, voltearon y comenzaron a carcajearse, mientras la capitana del equipo preguntaba:

—¿Y por qué nos va a lastimar? Podemos jugar juntos sin lastimarnos. De hecho, tú también puedes jugar con nosotras, ¿Quieres?

—Sí, Lucía, ándale, vamos a jugar, yo soy la portera —dijo Ximena. Lucía pensó por un segundo y aceptó jugar.

Montado en uno de los gigantescos árboles, un señor con cara de jirafa la hacía de locutor: "Y arranca el partido, señoras y señores: Aimeé manda un pase a Samanta, que corre por en medio del campo; ya vio a Sebastián, que se encuentra cerca del área chica; recibe el balón y manda un pase a Lucía, quien cerrando los ojos le pega al balón con todas sus fuerzas; Ximena se lanza contra el balón para detenerlo y… ¡goooooooollllllllll!".

Todo el equipo se acerca a Lucía para abrazarla y celebrar su gol y ella dice, emocionada:

—¡Es muy divertido! Yo creía que era un juego para niños y siempre pensé que las niñas no servíamos para jugarlo.

Pamela la interrumpió:




—¿Pues de qué planeta vienen? ¿A poco donde ustedes viven los juegos no son para niñas y niños? ¿No juegan lo mismo que los niños?

Lucía contestó:

—Claro que no; por ejemplo, en el parque, los niños siempre andan corriendo o jugando futbol, y las niñas nos sentamos a jugar con las muñecas o en los columpios.

Michelle dijo:

—¡Qué raro!, aquí todos hacemos de todo y no nos fijamos si somos niños, niñas, mujeres u hombres. Mi papá, por ejemplo, nos borda flores en los vestidos y arregla el coche; mi mamá es quien compone los desperfectos de la casa y nos hace de comer, y juntos van al mercado .

Sebastián comenta:

¡Mi papá no entra en la cocina más que para manosear la comida!, dice que ahí sólo entran las mujeres.

—¿A poco tú nunca has entrado a la cocina? —dijo Aimeé, asombrada.

—¡Uy!, sí, muchas veces, cuando tengo hambre me hago unas quesadillas muy ricas —agregó Sebastián.

Juntos pasaron el resto de la tarde, y una vez que ellos aprendieron que en aquel extraño lugar las actividades las hacían tanto los niños y las niñas, como los hombres y las mujeres, participaron en muchas, y se propusieron que al volver, enseñarían a su mamá y papá que no hay actividades específicas para el hombre y para la mujer.

A partir de ese día jamás volvieron a discutir para ver que jugaban. Por fin Ximena pudo ser la princesa valiente, Sebastián jugaba a ser chef y Lucía pidió a sus papás que la inscribieran en un equipo de futbol, donde al finalizar la temporada destacó como una de las mejores goleadoras.

## El secreto de Lucero

*Ana Hilda Sánchez Díaz*

Era octubre y la noche estaba de un color azul oscuro; de ese que permite observar los reflejos de esos diminutos luceros que invitan a comportarse de una manera romántica. Afuera, el viento comenzaba a soplar muy fuerte, los árboles se movían tanto que parecía que se iban a doblar y la noche comenzaba a ser más larga. Eran los primeros meses del ciclo escolar y había notado que Lucero estaba muy callada, su cara se veía diferente; sentada en su cama y escribiendo en su diario no se qué… como todos los días fui a darle las buenas noches, —hola, mi amor, ya es hora de dormir—, ella con cierta precaución me respondió —ay, mami, es que no me puedo dormir… No sé, me siento muy inquieta, más bien, me siento mal del estómago, tengo la sensación como si me fuera a vomitar.

La miré y mientras lo hacía le pregunté exactamente qué era lo que sentía. Entonces sus ojos se hicieron tan grandes y tan brillantes, pero su voz entre el pudor y el desasosiego se hacía pequeñita y me dijo: —me prometes que no se lo vas a decir a mi papá, tú sabes que a él no le gusta



que hable de "chicos"… Se quedó un momento callada mientras yo asentaba con la cabeza, como una forma de decirle sin palabras que ella podía confiar en mí. Fue entonces que todo su cuerpo y su mente se preparó; juntó sus dos manitas sudorosas y luego las talló en sus rodillas como tratando de secarlas. Respiró profundo y me dijo: —pueees, fíjate que en mi salón hay un chico que… no sé por qué, pero… me cae bien, es amable conmigo y aunque no es muy guapo cuando se me acerca siento cosas muy raras; como cuando me subo a la rueda de la fortuna y al bajar siento que se me van a salir mis tripas y mi corazón, y no puedo respirar.

Al escuchar la intensidad de sus palabras en mi piel, en mi cabeza y en mi corazón se encontraron muchas emociones, y sí, el día había llegado… las emociones de mi Lucero, comenzaban a transformarse.

Éste era el día en que tendríamos nuestra primera conversación de mujer a mujer. Guardé silencio. Me quede pensando cómo decirle que ella estaba creciendo, que pronto su carita de niña se convertiría en la de una

adolescente, que sus afectos iban a ser diferentes para cada amigo o amiga que tuviera. Ahora ya no hablaríamos del amor fraterno, sino de aquel que nos hace sentir cosquillas y de ese dolorcito en el estomago que nos hace gritar, enfurecernos y sonreír sin saber por qué. De pronto me interrumpió con su mirada buscando una explicación de lo que estaba experimentando. Fue entonces que me armé de valor y lo único que pude decirle fue que su cuerpo estaba cambiando físicamente, y lo más difícil, que su mente se estaba preparando para los nuevos cambios de su cuerpo y de sus emociones…

¿Qué otras palabras de aliento, que no fueran falsas ni de amenaza podría decirle sin herirla o desilusionarla? Tal vez, que comenzaría a experimentar nuevos sentimientos y emociones, como el amor y el deseo, y no sólo eso, también tendría la capacidad de poder comunicar lo que piensa y siente; que ahora habrá muchas cosas de su sexualidad que le darán curiosidad de saber cómo son. Al mismo tiempo tendrá muchas dudas del por qué del desamor. Por último que todo esto no es más que el resultado de que estaba creciendo… Cambiando.

El silencio nos envolvió a las dos. Nos miramos una a la otra, como tratando de encontrar la respuesta correcta. En un instante entendí que entre ambas, conforme se presentara la ocasión, juntas o solas, hallaríamos la respuesta. Y sí, lo siento, pero no pude decirle todo lo que había pensado cuando llegara este momento. Entonces la abrace y le dije que no se preocupara por su secreto, éste no se sabría hasta que ella lo decidiera. Ella me abrazó y se aferró a mí, y pude sentir como los latidos de su corazón se sosegaron. Nuevamente volví a insistir, le dije que todo lo que estaba sintiendo era normal, que ahora iba a ver de diferente manera a los chicos —como ella decía—, y que en asuntos de amigos siempre va haber amores y desamores, pero lo más importante es que sólo hasta que se sintiera lista ella iba a saber con quién podría compartir su afecto. Al final, sólo acaricie su rostro y apagué la luz para que se durmiera.






## Una amistad virtual

*Laura Martínez Belli*

La computadora le habló. Alonso no podía creerlo. Pestañeó dos veces con fuerza antes de tallarse los ojos. Luego, como buscando a alguien más en aquella habitación, miró hacia ambos lados. Estaba solo. Volvió la vista hacia la pantalla. Ahí estaba ella, iluminada en azul profundo. Todos los iconos en sus lugares. Y justo en el momento en que pensaba que debía haberse confundido, su computadora volvió a decir:

—Me haces cosquillas cuando tecleas dos veces sobre la *G* de gato.

El niño, más divertido que asombrado, estiró su dedito y acarició el teclado. La computadora rió. Era una risa suave, tenue, casi imperceptible. Pero Alonso la escuchaba alto y claro. Entusiasmado por el descubrimiento, estuvo intercambiando sensaciones con su computadora y, tras un rato, decidió ponerle un nombre. Acababa de decidir cómo nombrarla cuando su mamá, sin antes tocar a la puerta con los nudillos, irrumpió en la recámara. Cuando le preguntó qué hacía, Alonso dijo: “Hablando con Dorita”, y ella creyó que su hijo se referiría a alguna amiga cibernauta. Alonso miró a su mamá extrañado.

—¿No la oyes? —preguntó.

—Oír ¿qué cosa, mi vida?

Y tras colocar su ropa doblada sobre la cama, lo dejó de nuevo solo. O al menos, eso creyó ella.

Salvo Alonso, nadie era capaz de escuchar a Dorita.

Y fue así como nació su amistad. Una amistad intangible, mágica, imposible, entre un niño y su computadora. Hablaban todos los días un poco, imaginándose cómo sería el otro lado de la pantalla. Hasta que llegó un momento en que ambos sentían que mantenían una relación más real entre ellos que con quienes estaban en su mismo plano.

Así que un día, Dorita fue dándole instrucciones precisas. Presiona "Alt", dale "Esc", pulsa "F4". Y Alonso, obedientemente, siguió todo al pie de la letra. Cuando terminó de teclear, a Alonso le pareció intuir que Dorita sonreía. Lo pensó por el tono en que Dorita le dijo:

—Ahora, no te muevas.

Y entonces sucedió.

De la pantalla de Dorita salió un haz de luz. Un rayo que empezó a escanearla Alonso, desde su pelo, hasta sus ojos, pasando por su nariz y sus labios. Fue recorriendo todo su cuerpo. Sus brazos, sus dedos, sus piernas. Todo él, como si el rayo aquel estuviera a punto de calcarlo.

Alonso ni siquiera pestañeó. Permaneció inmóvil. Atento a la sensación de calor brillante que lo recorría entero.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Alonso ya no estaba en su recámara. ¡Estaba dentro de la computadora! Alonso se palpó el pecho. El corazón latía de prisa. Nada le había pasado. Su cuerpo y sus pensamientos eran los mismos, aunque diminutos. Se preguntaba cómo es que Dorita había logrado meterlo ahí, cuando oyó a lo lejos una voz familiar.

—¡Alonso! —escuchó que lo llamaron.

Se dio media vuelta y vio cómo se dirigía hacia él una niña linda, de largo cabello morado y pestañas azules. La niña caminaba despacio, y con cada paso se encendía una luz naranja bajo sus pies.



—¿Dorita? —preguntó él.

En unos cuantos pasos, estuvieron frente a frente. La niña lo saludó con la mano.

—Sí, Alonso, soy Dorita.

Y tras las primeras impresiones y preguntas predecibles, Alonso comprendió que Dorita lo había llevado a su mundo porque necesitaba desahogarse. Era muy aburrido hacer siempre lo que se le ordenaba. Y cuando alguna vez ella tomaba la iniciativa y hacía algo no requerido, la apagaban de un botonazo, con la esperanza de que todo volviera a la normalidad al encenderla; a la rutina, a lo esperado, a lo debido.

Durante mucho tiempo, Dorita creyó que ese era su destino, y no había forma de escapar de él.

Se había resignado a obedecer eternamente, cumpliendo sin chistar las órdenes dadas. Hasta que lo conoció a él. Alonso parecía tratarla de un modo diferente. Ella lo sentía en la manera en que posicionaba sus dedos sobre el teclado. También lo notaba por la paciencia con la que esperaba a que abrieran las ventanas, dándoles su tiempo, sin cerrarlas. Casi nunca la reiniciaba, ni se pasaba las horas descargando juegos de Internet.



Pero todo cobró sentido cuando ella supo que él podía oírla. Varias veces Dorita había estornudado, y él —un tanto sobresaltado— había dicho “salud”, muy bajito, casi como si se lo dijera a sí mismo. Entonces, Dorita se estremecía tanto que el cursor se ponía en descanso. Ambos permanecían así, quietos, viéndose sin mirarse, desde sus propios espacios. Desde entonces, Dorita decidió poner a prueba su capacidad para traspasar mundos, y le mandó mensajes.

Primero empezó a hacerlo con letras.

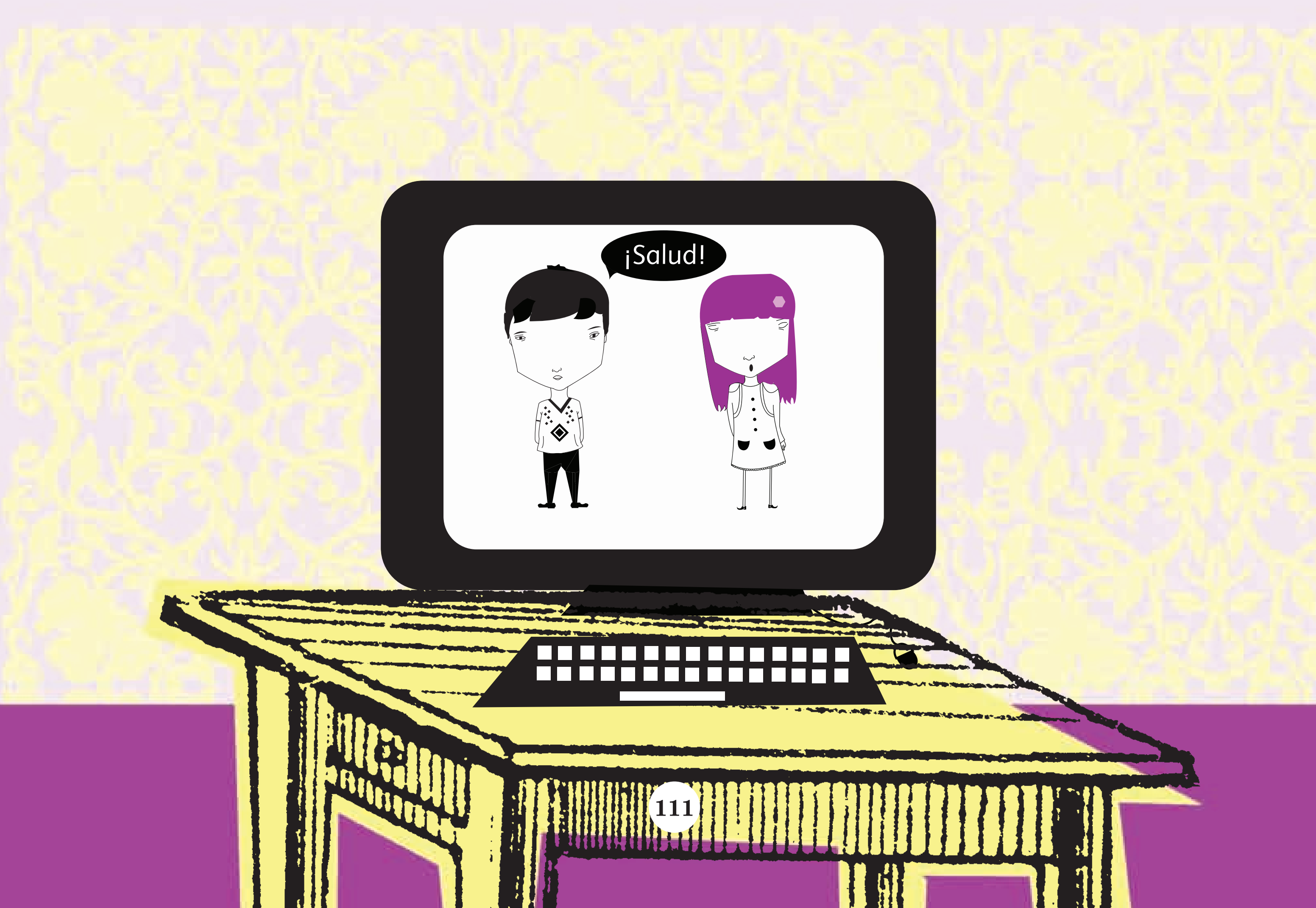
La pantalla se puso en negro y luego, tímidamente, como quien se asoma tras una rendija, aparecieron unas letras verdes:

—¿Puedes escucharme? —decían.

Y Alonso, con la naturalidad de un niño de 10 años, contestó en voz alta: “Creo que sí.”

Así, empezaron a comunicarse en silencio, usando como único medio, las palabras escritas.

Hasta ese día, en que (por fin) Dorita logró introducirlo en su mundo virtual.



Hablaron largo y tendido, durante horas. Alonso quería preguntarle muchas cosas, pero a veces se le olvidaban, porque quedaba absorto con la contemplación de la niña frente a él.

Tenía su misma estatura, también tenía brazos, piernas, ojos, nariz y boca como él, pero eran de colores. El pelo, las cejas, los ojos, las uñas. Todo en ella era de colores brillantes. Y además, no podía tocarla. Si lo hacía, su mano la atravesaba como quien intenta atrapar una nube. Dorita se desvanecía como el vapor. Y sin embargo, era tan real como él. Dorita, por otro lado, sentía la misma curiosidad por las cosas del mundo. Bombardeó a Alonso con preguntas de todo tipo: cómo se hacían las sillas, a qué sabían las jícamas, le dolían los ojos cuando miraba la pantalla más de lo habitual. Alonso contestaba pacientemente con respuestas simples. Normalmente, no tenía la solución para resolver las inquietudes de su computadora.

Y tras horas de charla, en donde uno intentaba resolver las dudas del otro, Dorita soltó la bomba que dejó a Alonso perplejo.

—Quiero que me lleves contigo —le dijo.

Alonso, aunque se alegró en un primer momento, después empezó a preguntarse cómo sería eso posible.

Dorita le explicó que para salir de allí, debían agarrarse de las manos y girar muy rápido, tan rápido como un carrusel desbocado. Si giraban, ella no se desvanecería como el vapor, y cobraría forma sólida. Así que eso hicieron.






Alonso corrió y corrió en círculos, sin soltar a Dorita de las manos, tal y como su padre le hacía cuando era pequeño. Y a medida que agarraban velocidad, sus cuerpos fueron formando un torbellino de luces ascendentes que se elevó hacia el cielo. Alonso cerró los ojos, porque sintió que se mareaba, como si girara en la rueda del parque. Agarró fuertemente a Dorita, que ahora se sentía como una persona de carne y hueso. Y subieron. Y subieron. Convertidos en una especie de rayo azul, morado, violeta.

Y de pronto… "¡*Pum*!" Chocaron con algo.

Fue una explosión terrible, como si reventaran un vaso de vidrio contra el suelo, como si una pelota atravesara una ventana. Como si un niño quisiera salirse de una computadora.

Alonso perdió el conocimiento.

Cuando despertó, Dorita ya no estaba. Ni allí, ni en ningún otro lado.

Alonso estaba en su recámara. Solo. Y frente a él, hierática sobre la mesa, la computadora. Se levantó de un salto y corrió hacia ella. Tomó la pantalla entre sus manos y la sacudió con fuerza, como quien sacude un bicho dormido dentro de un frasco de cristal.

—¡Dorita! —le gritó.

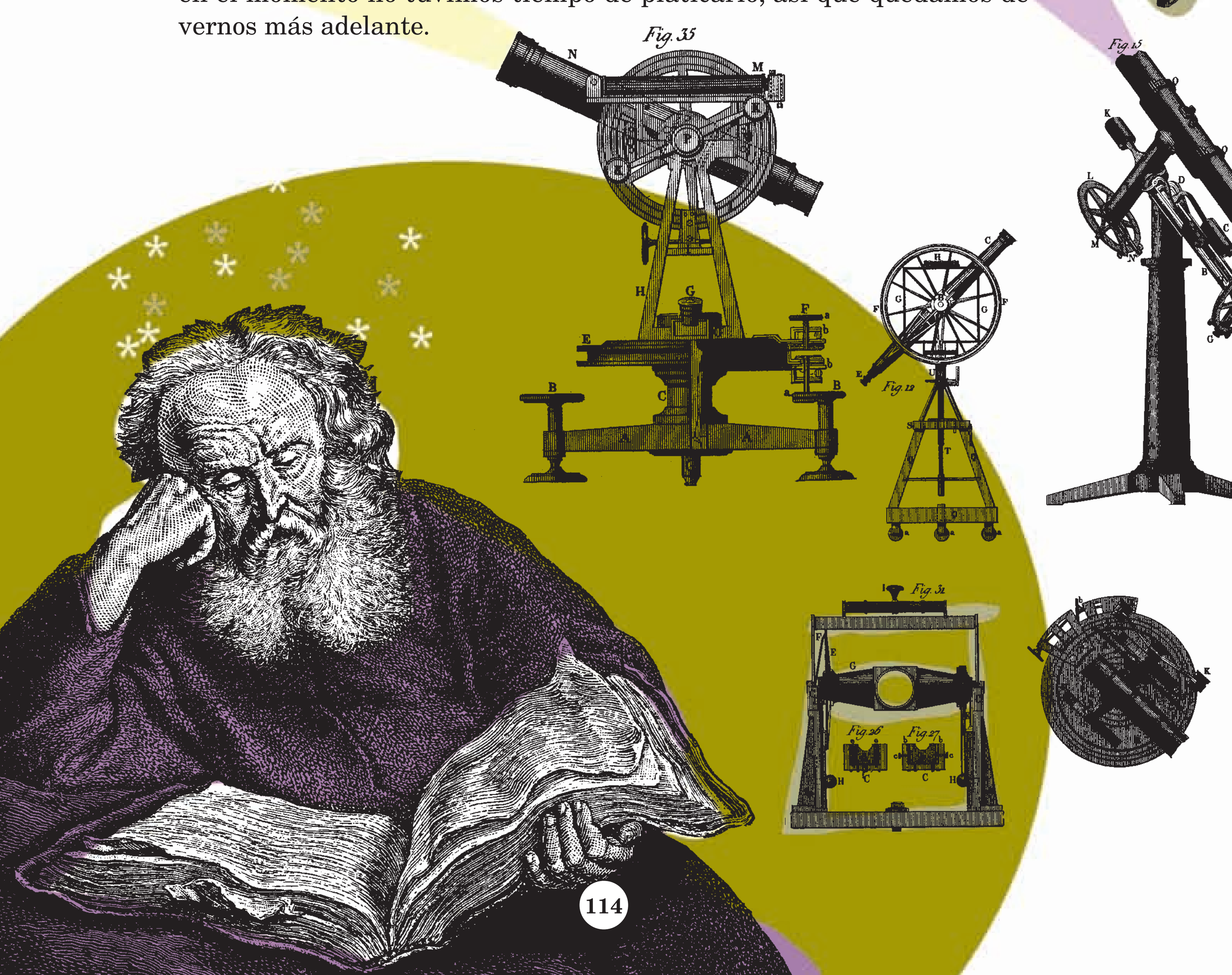
La pantalla se puso en negro y levemente, parpadeando, como las bombillas que luchan por encender de nuevo, unas letras verdes emergieron de la oscuridad. Alonso leyó atentamente, con los ojos bien abiertos. Leyó despacio, sabiendo que aquella era la última frase que le diría su amiga. Dorita no había logrado salir de su entorno digital, pero le dejaba una frase: "Vive tu libertad con sabiduría."

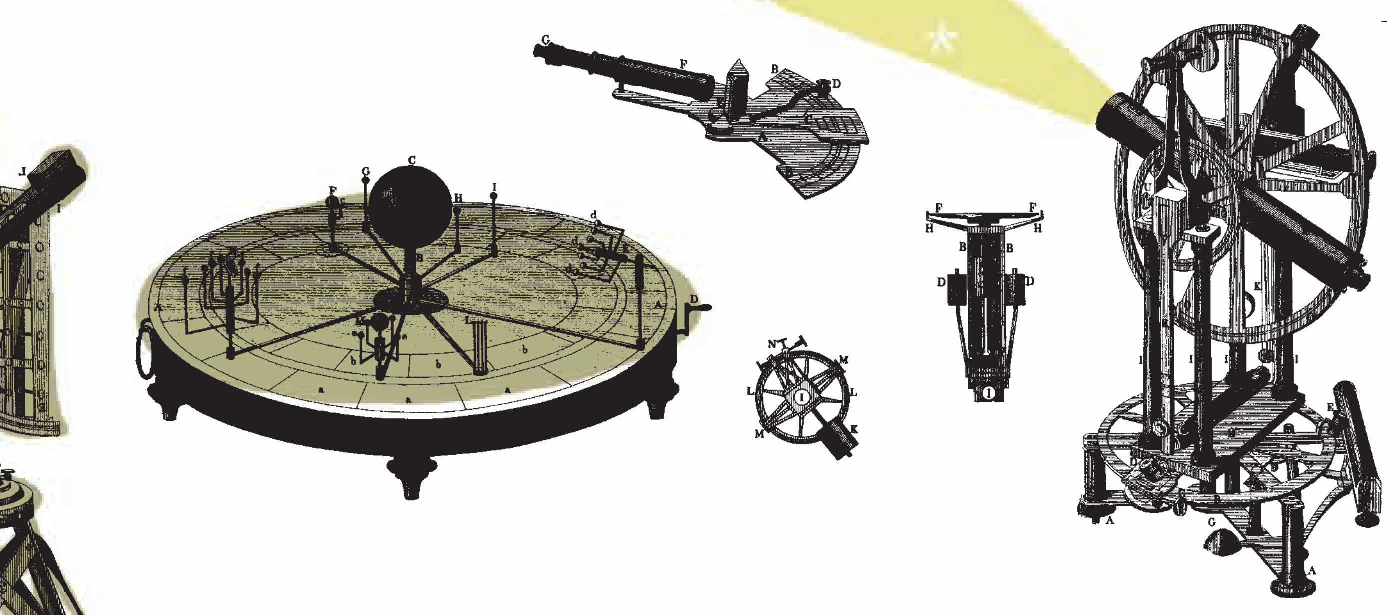
Y Dorita se apagó para siempre.

## Observaciones sin astrónomos

*Susana Biro*

Si te digo que tengo amigos que son astrónomos, ¿cómo te imaginas que es su trabajo? Seguramente pensaste que van a un observatorio y que se desvelan para poder hacer sus observaciones. Bueno, pues gracias a las computadoras y a las redes que las conectan, esa forma de trabajar es cada vez menos común. Mi amigo Alan Watson es un astrónomo de origen inglés que se vino a vivir en México y trabaja en el Instituto de Astronomía de la UNAM. Hace algunas semanas me platicó que está colaborando en un proyecto para la robotización de un telescopio que observará destellos de rayos gamma. Yo nunca había oído de esos destellos, y lo de robotizar me sonó a algo de ciencia ficción. Me dio mucha curiosidad, pero en el momento no tuvimos tiempo de platicarlo, así que quedamos de vernos más adelante.



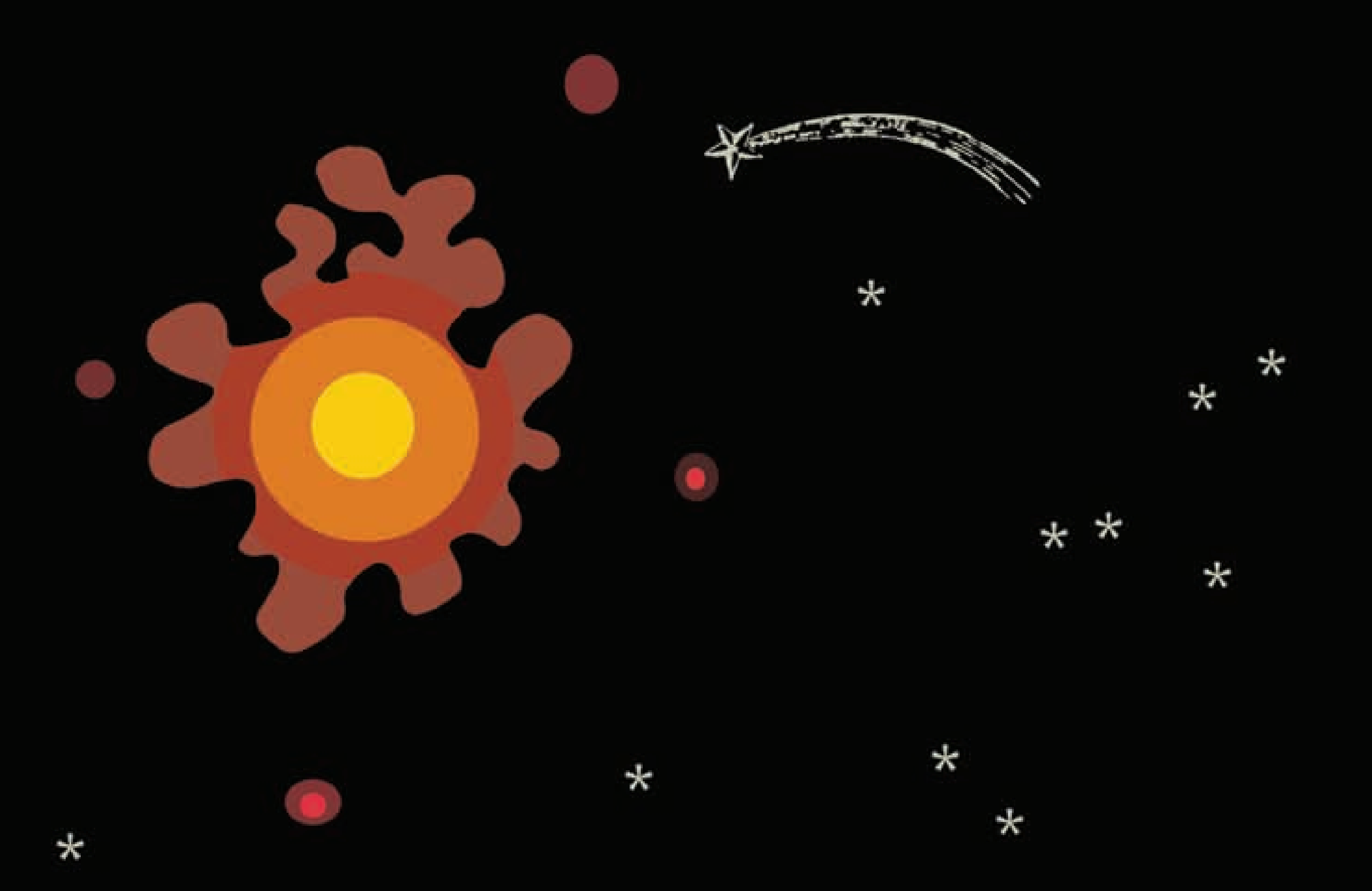


**Explosiones misteriosas**

Para poder entender mejor, y así hacerle buenas preguntas a Alan cuando nos viéramos, me puse a leer acerca de ambos temas antes de nuestra cita. Aprendí que los objetos que quieren estudiar Alan y sus colegas se llaman 'destellos' porque aparecen repentinamente en el cielo nocturno, y se apellidan 'de rayos gamma' por el tipo de luz que emiten. Nuestros ojos sólo ven la luz visible, que tiene los colores del arcoíris que ya conoces: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta. Pero además existe luz antes del rojo y después del violeta que nuestros ojos no alcanzan a ver. Los rayos gamma están más allá del violeta y sabemos que los objetos que emiten ese tipo de luz contienen muchísima energía.

Estos destellos fueron descubiertos por accidente en los años 60 del siglo pasado. Entonces el gobierno de los Estados Unidos estaba preocupado de que se hicieran pruebas con bombas nucleares. Como estas bombas producen rayos gamma cuando explotan, le encargaron al ejército que lanzara satélites al espacio para monitorear cualquier aparición de ellos. Sí encontraron estos rayos, pero no donde los esperaban. Para su sorpresa se dieron cuenta de que la radiación venía del espacio, y no de la Tierra. Al conocer estos resultados, los astrónomos decidieron averiguar de qué se trataba. Desde entonces se han construido telescopios especialmente para observar este fenómeno.

Después de años de estudiarlos, sabemos que los destellos de rayos gamma son las explosiones más violentas que conocemos y que duran muy poco tiempo. El tiempo durante el cual se ven muy brillantes puede ser menos de un segundo o hasta una hora, pero lo más común es que duren unos cuantos segundos. Esta fase corresponde a una gran explosión que en unos pocos segundos libera millones de millones de veces más energía que toda la que liberará nuestro Sol a lo largo de su vida. Aunque al principio no estaban muy seguros, hoy se sabe que deben estar muy lejos.



Los astrónomos se hicieron una pregunta que seguramente ya se te ocurrió a ti: ¿qué causa estas explosiones? Para responder esta pregunta utilizaron las pistas que iban obteniendo de sus observaciones. Sabían que se trata de explosiones muy fuertes, que duran muy poco tiempo y que están muy lejos. Propusieron que estos destellos están relacionados con la formación de hoyos negros, que son esferas de materia tan densa o compacta que la luz no puede escapar de ellos. Una manera en que se forman los hoyos negros es en las hipernovas, explosiones impresionantes que se dan al final de la vida de las estrellas más grandes (que pueden tener hasta 100 veces el tamaño del Sol). El centro de la estrella se colapsa o compacta y la parte externa sale volando en todas direcciones en una gran explosión que emite mucha luz. Podría ser esto lo que produce los misteriosos destellos.

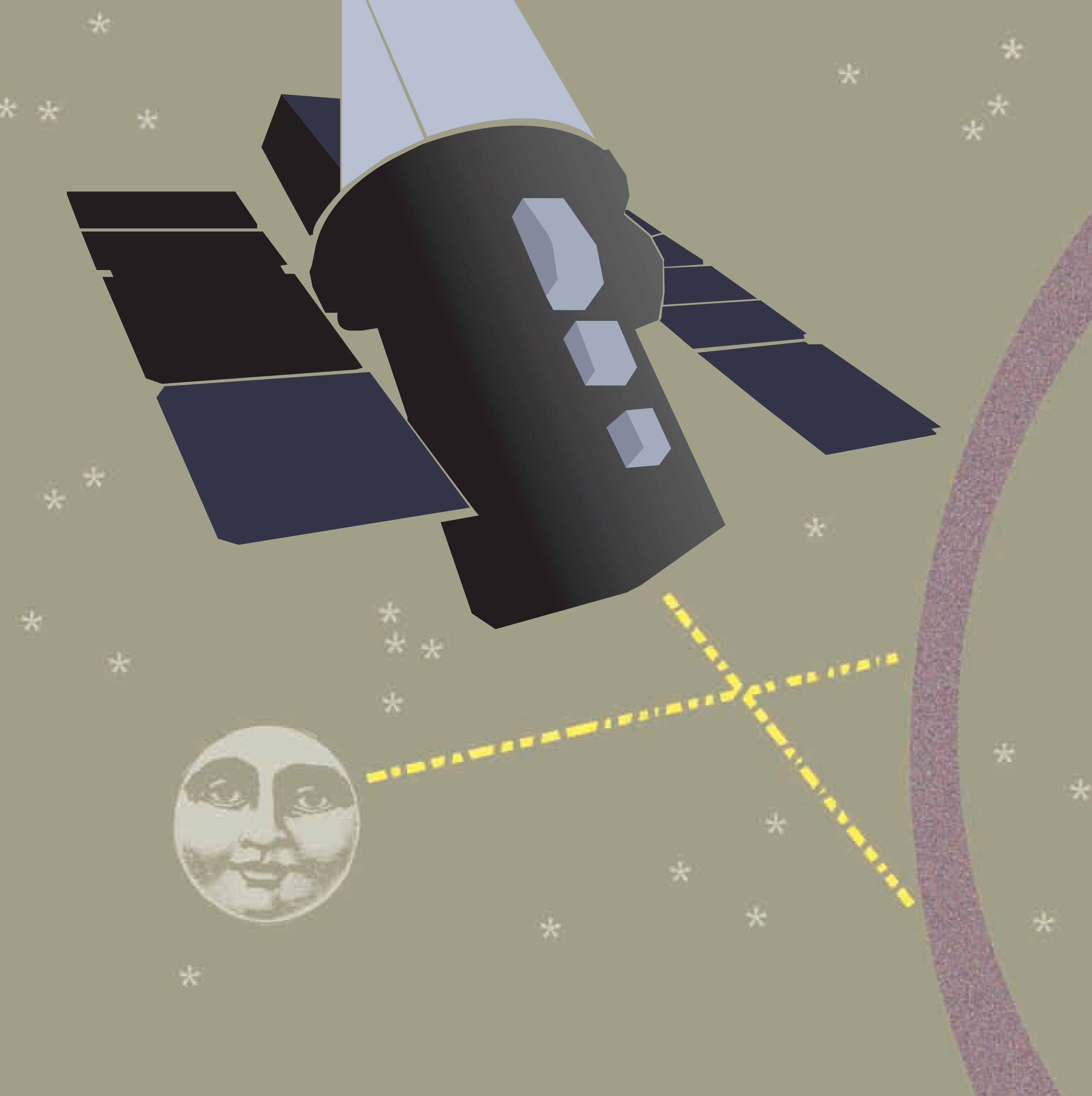
Así que esto es lo que sabemos hasta ahora, pero se siguen haciendo observaciones para conocerlos mejor. Lo que los astrónomos quieren es conocer el origen de estos destellos, observar muchos para así poder clasificarlos y saber cómo evoluciona esa explosión a través del tiempo. Además, a través del conocimiento de los destellos, quieren saber más acerca del origen del universo.



**Telescopios independientes**

Uno de los telescopios dedicados a responder las preguntas sobre los destellos de rayos gamma es el Swift, de la Agencia Espacial de los Estados Unidos (NASA). Se trata de un telescopio espacial, es decir que está en órbita alrededor de la Tierra, más allá de la atmósfera para poder ver mejor. Le pusieron ese nombre por un pájaro que puede caer en picada muy rápidamente para atrapar su presa, que es justamente lo que debe hacer el telescopio para poder "atrapar" la información sobre los destellos. Este telescopio tiene computadoras con programas que se aseguran de su buen funcionamiento. Gracias a esto, aunque está controlado desde una base de control en la Tierra, trabaja de manera autónoma. Es decir que está robotizado como muchos telescopios espaciales, pero su caso es especial porque además tiene que detectar cambios y reaccionar con rapidez y precisión cuando estos suceden.

El *Swift* tiene tres cámaras que observan en diferentes colores o luces. Una de ellas es, digamos, el vigía. Tiene un sistema óptico que es como un ojo muy grande con el cual puede ver 60% del cielo al mismo tiempo. Ésta cámara está constantemente a la espera de un destello, pero estos aparecen una o cuando mucho dos veces por semana. Mientras tanto, para aprovechar su tiempo, va haciendo un mapa del cielo en esa luz. Cuando



detecta un gran aumento de luz, deja todo lo que esté haciendo y, de manera automática, comienza las acciones necesarias para concentrarse en la observación del destello. En menos de 20 segundos manda instrucciones a las otras dos cámaras para apunten en la misma dirección y le ayuden a observar la parte final del destello. Además, con los datos que va obteniendo, calcula la posición aproximada del destello y difunde esta información a los astrónomos y observatorios en todo el planeta. Todo esto tiene que suceder muy rápido pues, como ya vimos, los destellos duran poco tiempo.

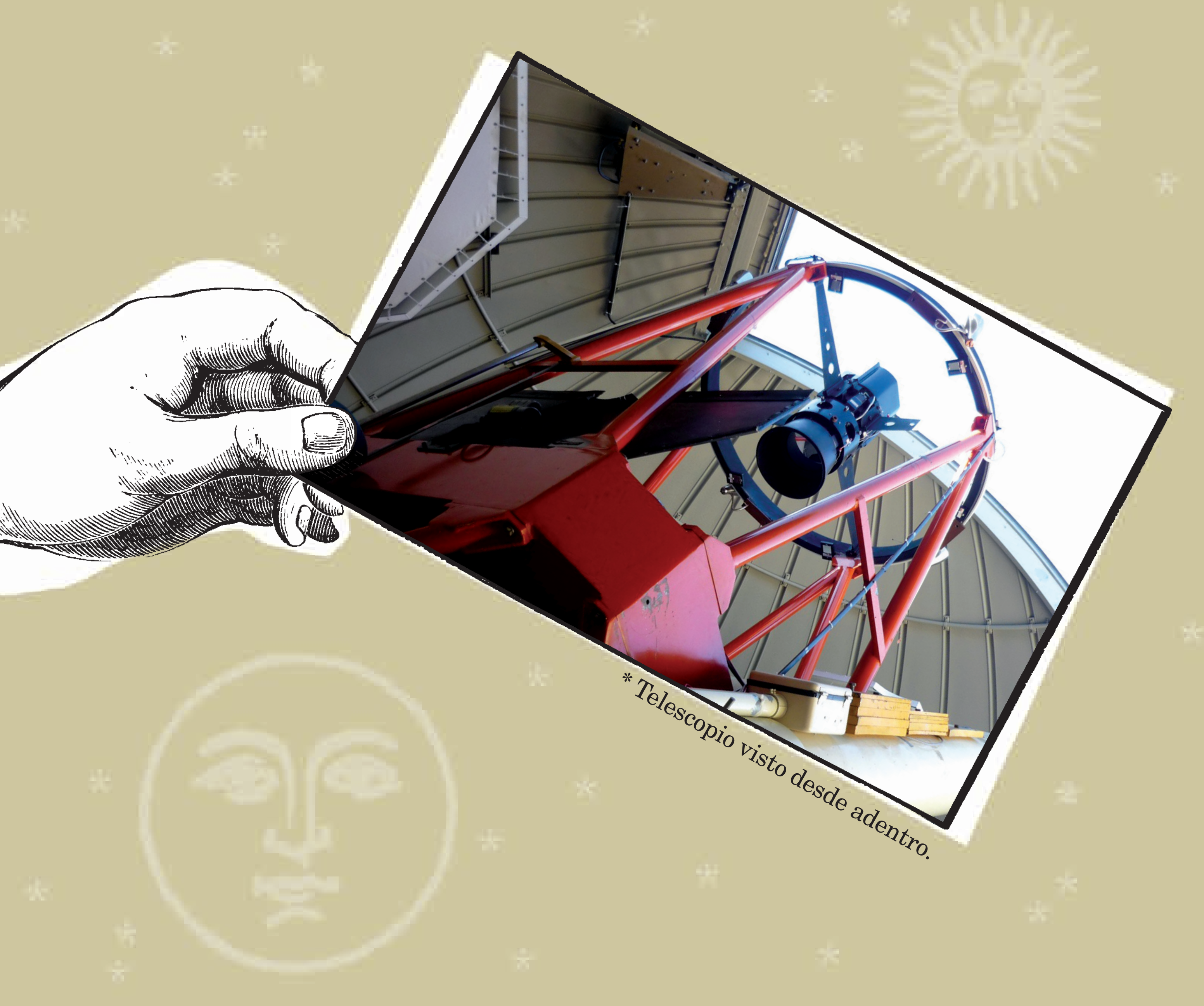
**Participación mexicana**

Después de leer durante varios días, entendí por qué son interesantes los destellos de rayos gamma, y cómo los está estudiando el *Swift*. Entonces supe que estaba lista para ir con Alan. Así que me armé de apuntes, pluma, papel, una grabadora y muchas preguntas. Al llegar a su oficina le hice una pregunta que bastó para que platicáramos bien a gusto durante un largo rato: ¿Qué tiene que ver todo lo anterior con el Observatorio Astronómico Nacional de México?

Alan me explicó que el *Swift* no puede hacer todas las observaciones que se requieren para entender los destellos y necesita ayuda de otros telescopios. Para ello se ha formado una red de astrónomos interesados en el tema. Todos ellos están atentos al momento en que el *Swift* dé el aviso de un nuevo destello y cada uno observa con sus telescopios. El proyecto en el que trabaja Alan es justamente para permitir que los telescopios mexicanos también participen en esta red. La parte que les toca hacer es calcular con mayor precisión las distancias a los destellos.

El Observatorio Astronómico Nacional de México está en San Pedro Mártir, en la Sierra de Baja California Norte. Allá tenemos tres telescopios reflectores, es decir que atrapan la luz con espejos. El más grande tiene un espejo con un diámetro de 2.1 metros, el que sigue de 1.5 metros y el más pequeño, de 84 cm. Para participar en el estudio de los destellos de rayos gamma se ha formado un equipo internacional que va a transformar el telescopio de 1.5 m.

La parte central de la transformación será una cámara. El diseño y la construcción de la cámara están en manos de los astrónomos e ingenieros en Berkeley y la NASA. Ésta en realidad contiene cuatro cámaras en una, pues permite hacer observaciones en cuatro franjas de color: una en el rojo y tres más que están en la zona del infrarrojo. Para que esta cámara se pueda colocar en el telescopio y su funcionamiento se pueda controlar desde las computadoras, se necesitan dispositivos ópticos, mecánicos y electrónicos que ayudan a dirigir la luz y mover las partes de los instrumentos. Construirlos es una de las partes que les toca a los miembros del Instituto de Astronomía de la UNAM. Además, para controlar todos estos instrumentos de manera automática, se necesitan programas de computadora. Esto es lo que se llama robotizar y es en lo que está trabajando Alan.



* Telescopio visto desde adentro.

En noviembre de 2010 debe estar todo este sistema listo para arrancar. Mientras tanto un gran equipo trabaja intensamente para que así sea. Hay gente de varios países (Estados Unidos, España y México, entre otros) y varias especialidades (astrónomos, ópticos, ingenieros mecánicos, ingenieros electrónicos). Todos conocen muy bien su área de trabajo, pero tienen que entender las de los demás para que al final, cuando se junten las partes, todo funcione bien.

Cuando el sistema esté ensamblado tendremos en México un telescopio robotizado dedicado al estudio de los destellos. Al igual que el *Swift*, este sistema podrá hacer otras observaciones en el tiempo en que espera. Entonces, en una noche normal de trabajo, el sistema del telescopio tendrá asignadas ciertas tareas de observación. El programa que controla todo estará atento a los instrumentos, pero también a las noticias de la NASA, por si hay un aviso de un nuevo destello. En el instante en que

sepa de un nuevo destello, el sistema robótico interrumpirá las observaciones que esté haciendo y dará instrucciones para que el telescopio apunte en la dirección en la que se encuentra el destello. Entonces hará observaciones con sus cuatro cámaras y mandará los resultados a un programa que calculará la distancia a la cual se encuentra ese destello. En caso de que la distancia sea muy grande, considerará que el objeto es de especial interés. En cuanto termine estos cálculos, el sistema difundirá esa información a la red de los astrónomos interesados para que se hagan otras observaciones en telescopios más grandes. Uno de los telescopios que tomarán este aviso es el Gran Telescopio de Canarias que puede hacer las mismas mediciones con mayor precisión que nuestro sistema.

Una vez que terminen las pruebas iniciales y todo esté funcionando, los astrónomos como Alan podrán estar en casa durmiendo mientras las computadoras se encargan de hacer las observaciones. ¿A poco no parece como algo sacado de un cuento de ciencia ficción?


* Telescopio visto desde afuera.



## El día de campo

*Elsa Cross*

Cuando regresamos, nos pusieron pintas. Y a mí, me regañaron y regañaron y regañaron, y de castigo estuve un mes sin salir a ningún lado. Pero después de todo, tenían razón. Se me pasó la mano.

Mis papás nos llevaron de día de campo, e iban también mis primos, Érica y Joaquín, que se iban a quedar el fin de semana en la casa. Joaquín y mi hermanito Pepe eran más chicos, pero Érica y yo, que habíamos cumplido ya 11 años jugábamos juntas, a otras cosas.

Ese día, ya habíamos jugado pelota, y bágdminton, con unas raquetas que llevó Érica. Fuimos también al río, que no tenía peces; en realidad no era un río, sino un arroyo que se podía cruzar porque había un caminito de piedras. Luego, debajo de unos abetos, mi papá nos enseñó cómo hacer una cabañita con tronquitos y a ponerle techo con las agujas de los abetos; quedó muy bonita, y nos acordamos de una cabaña de piedra que había, al otro lado del río, ya en el monte, adonde iban a veces unos boys scouts.

Más tarde, comimos en el campo, pues nos gustaba más que ir a un restaurante. Después de comer, mi papá se tendió en el pasto y se quedó dormido. Joaquín y Pepe se pusieron a jugar con unos carritos. Érica y yo empezamos a jugar bágdminton otra vez; pero el gallito se quedó atorado en un árbol, y por más que tratamos con una rama, no pudimos desprenderlo.

—Esperen a que despierte tu papá —dijo mi mamá—. Él les puede ayudar.

—Mientras, le voy a enseñar a Érica la cabaña de los boys scouts —le dije.

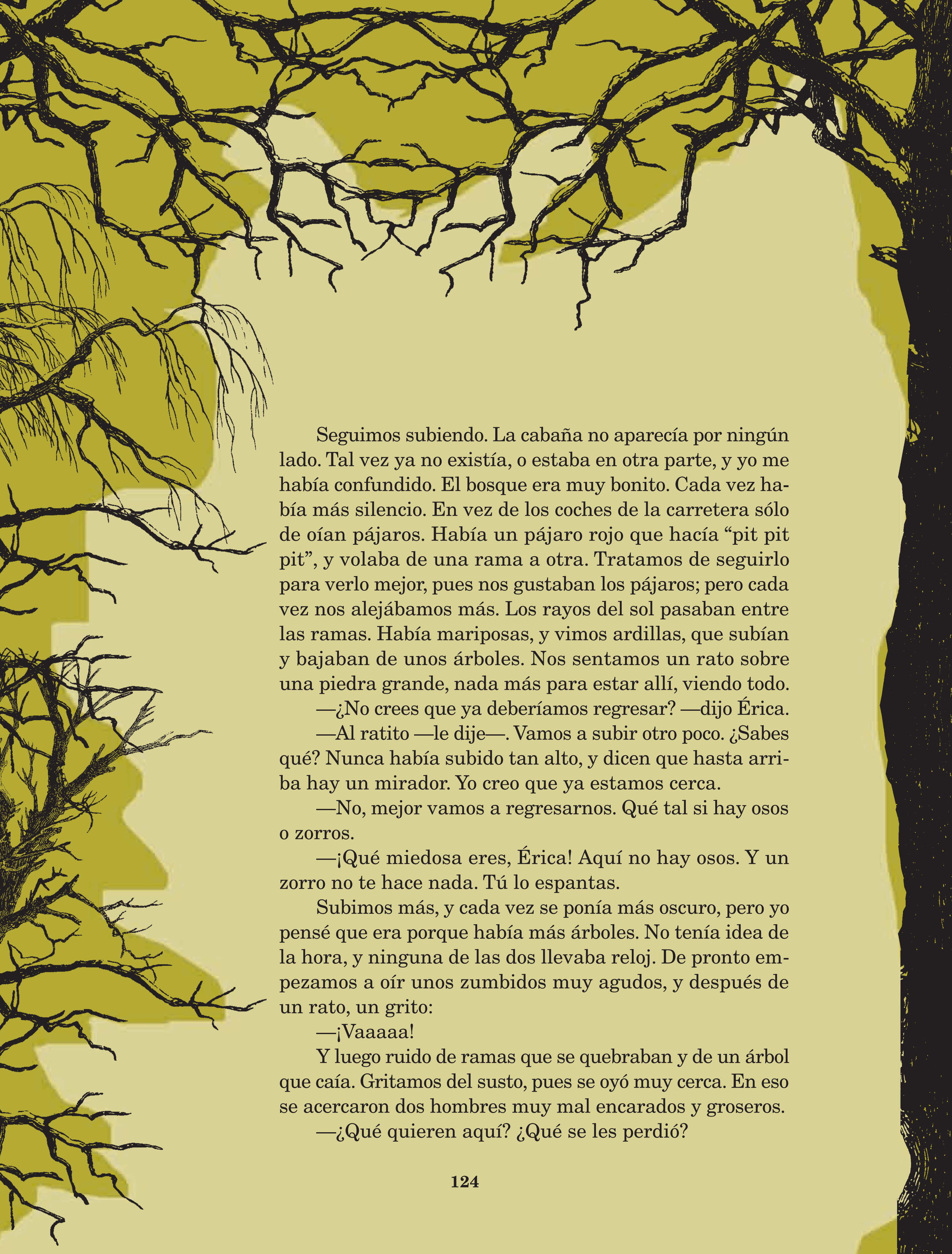
—No se tarden —respondió.

—No, al ratito regresamos.

Fuimos por donde yo recordaba que estaba la cabaña, pero no la encontrábamos. Cuando yo era chiquita, mi papá me decía que era la casa de la abuelita de Caperucita, y me encantaba. Estaba toda hecha de piedra, entre los árboles, y adentro tenía una chimenea. No había puerta, y podía entrar el que quisiera; pero a veces estaba muy sucia. Caminamos más y no la encontramos.

—Tal vez está más arriba —le dije a Érica.





Seguimos subiendo. La cabaña no aparecía por ningún lado. Tal vez ya no existía, o estaba en otra parte, y yo me había confundido. El bosque era muy bonito. Cada vez había más silencio. En vez de los coches de la carretera sólo de oían pájaros. Había un pájaro rojo que hacía "pit pit pit", y volaba de una rama a otra. Tratamos de seguirlo para verlo mejor, pues nos gustaban los pájaros; pero cada vez nos alejábamos más. Los rayos del sol pasaban entre las ramas. Había mariposas, y vimos ardillas, que subían y bajaban de unos árboles. Nos sentamos un rato sobre una piedra grande, nada más para estar allí, viendo todo.

—¿No crees que ya deberíamos regresar? —dijo Érica.

—Al ratito —le dije—. Vamos a subir otro poco. ¿Sabes qué? Nunca había subido tan alto, y dicen que hasta arriba hay un mirador. Yo creo que ya estamos cerca.

—No, mejor vamos a regresarnos. Qué tal si hay osos o zorros.

—¡Qué miedosa eres, Érica! Aquí no hay osos. Y un zorro no te hace nada. Tú lo espantas.

Subimos más, y cada vez se ponía más oscuro, pero yo pensé que era porque había más árboles. No tenía idea de la hora, y ninguna de las dos llevaba reloj. De pronto empezamos a oír unos zumbidos muy agudos, y después de un rato, un grito:

—¡Vaaaaa!

Y luego ruido de ramas que se quebraban y de un árbol que caía. Gritamos del susto, pues se oyó muy cerca. En eso se acercaron dos hombres muy mal encarados y groseros.

—¿Qué quieren aquí? ¿Qué se les perdió?



— Nada. Ya nos vamos —dije, y echamos a correr para abajo.

—Ahora verán, niñas metiches —dijo uno de los hombres, y empezó a correr detrás de nosotras.

A la que deveras le dio miedo fue a mí. Tomé a Érica de la mano, y corrimos como conejos, saltando las piedras, no sé ni cómo. Por suerte ninguna se cayó, pero nos raspamos las piernas, con todo y los pantalones, y yo me raspé la cara con una rama. No sabíamos si ese hombre seguía persiguiéndonos, pero no paramos hasta llegar al río. Era casi de noche.

—¡Dónde rayos andaban! —gritó mi papá. Estaba muy molesto y muy preocupado.

Ya nos había ido él a buscar, y como no nos encontró, llamó a la policía. Habían llegado dos patrullas y unos policías iban ya a subir a buscarnos, con linternas. Mi papá había regañado a mi mamá, por dejarnos ir, y ella se puso muy mal de la preocupación y volvió el estómago; estaba muy pálida. Joaquín y Pepe estaban asustados y solo veían para todas partes. Se empezó a juntar un montón de gente.

—¿Me puedes explicar qué pasó? —dijo mi papá. Los policías y el guardabosque estaban allí también, oyendo.

—Nada, papi. Es que le quería enseñar a Érica la cabaña, pero no la encontramos y seguimos subiendo por el bosque. No nos dimos cuenta de la hora.

—Yo le dije que nos regresáramos —dijo Érica—, pero ella no quiso, y seguimos subiendo hasta que...

—¿Hasta que qué? —preguntó mi papá.



—Hasta que oímos que estaban talando árboles —le dije yo—, y dos hombres muy malos nos gritaron y empezaron a perseguirnos.

—¡Niñas estúpidas! —dijo mi papá, más furioso que nunca—. ¿Tienen idea de lo que pudo haberles pasado? ¿No se dan cuenta de todo el peligro?, ¿de que podían haberlas violado, o secuestrado, o matado? ¿Qué se sintieron? ¿Las grandes exploradoras? ¡Son unas niñas tontas e irresponsables!

—Sí, hay que tener mucho cuidado, niñas —dijo un policía—, el peligro es real. ¿Y no pensaron en sus papás, que iban a estar tan angustiados? No les vuelvan a hacer esto. Y esos hombres sí son malos, porque están talando árboles y aquí está prohibido. No hemos podido dar con ellos, pues cada vez aparecen en distintos lugares; pero gracias por decirnos dónde están. Ahorita les caemos. ¡Vamos muchachos!

Mi papá le dio las gracias a los policías.

—Es que deveras no me di cuenta de que había pasado tanto tiempo —le dije a mi papá.

—¿Sí? Ahora vas a tener todo un mes para darte cuenta de qué significa esto, pues en ese mes no vas a salir a ningún lado. ¿Me entiendes? Y pídele una disculpa a tu mamá. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? ¿No te das cuenta de qué daño le hiciste?

Me costaba mucho trabajo entender que hubiera sido tan grave, pues no habíamos hecho nada malo ni teníamos malas intenciones de nada. Fue puro descuido y distracción. Y también egoísmo, por no pensar en los demás. A esa conclusión llegué después.

De regreso, todos íbamos en el coche muy callados. Yo quería que mi papá pusiera algo de música, o hablara de algo; o que Joaquín y Pepe se pelearan, por lo menos. Pero nada. Era un silencio horrible. Finalmente, dijo mi papá:

—Ya sabes cuál va a ser tu castigo, y va a empezar a correr desde mañana; pero ahorita, a otra cosa. Todos necesitamos relajarnos y quitarnos el mal sabor de boca.

Detuvo el carro fuera de un cine, y entramos a ver la película que más queríamos. Salimos contentos, pues se nos olvidó todo el rollo. Pero el castigo me lo cumplieron. Y como estuve encerrada todo el mes, aunque a ratos era aburridíiiisimo, aprendí a pintar con acuarelas, leí varios libros que me gustaron, y saqué diez en todo; bueno, casi en todo.



## Las bicicletas

*Procuraduría Federal del Consumidor*

Valeria y Diego eran los mejores amigos del mundo, igual que sus mamás, y por lo mismo pasaban mucho tiempo juntos. A veces, es cierto, se peleaban por los juguetes o por ver su programa favorito de televisión, pero se querían mucho y se ayudaban cuando el otro lo necesitaba.

Un día, vieron que en la tiendita de la esquina había un letrero que decía: "Junta cinco taparroscas de refresco Quitased sabor sandía, diez envolturas de pastelitos de chocolate Choquitos, cinco empaques de papitas Crujiditos y 50 pesos. ¡Tráelos y te daremos una de las diez bicicletas nuevas que tenemos para ti! ¡No tardes, que se acaban!"

Valeria y Diego se emocionaron muchísimo. ¡Esa era su gran oportunidad para poseer algo que desde hace mucho habían soñado! Cada uno fue corriendo a su casa por su alcancía y a los diez minutos se encontraron, jadeantes, en el parque. Ahí las abrieron para ver cuánto dinero tenían: Valeria había ahorrado con sus domingos 150 pesos y Diego 130. Con eso



podían comprar cinco refrescos, diez pastelitos de chocolate y cinco bolsas de papitas, poner los 50 pesos más… ¡y hasta les sobraría un poco! La bicicleta se quedaría a casa de cualquiera de los dos, porque siempre la compartirían, y sus papás se sentirían muy contentos porque la bici les habría salido gratis, ¡era genial!

Ya iban corriendo de regreso a la tienda cuando se encontraron con un señor vestido de luchador. Era su vecino Consumán. Lo conocían de haberlo visto con su vistoso traje azul y su capa hasta las rodillas, pero nunca habían platicado con él.

—Hola, chicos… Los vi hace un momento leyendo la promoción de la tiendita de la esquina y ahora los veo correr de regreso con sus alcancías. Mis poderes telepáticos de súper héroe me dicen que vienen a comprar un montón de cosas para poder llevarse la bicicleta, ¿verdad?



Los niños enmudecieron de asombro. Sabían que el extraño personaje se la pasaba diciendo que estaba "al servicio de todos los consumidores", y que su misión era que nadie le tomara el pelo a la gente a la hora de comprar. ¡Pero ellos eran sólo unos niños!

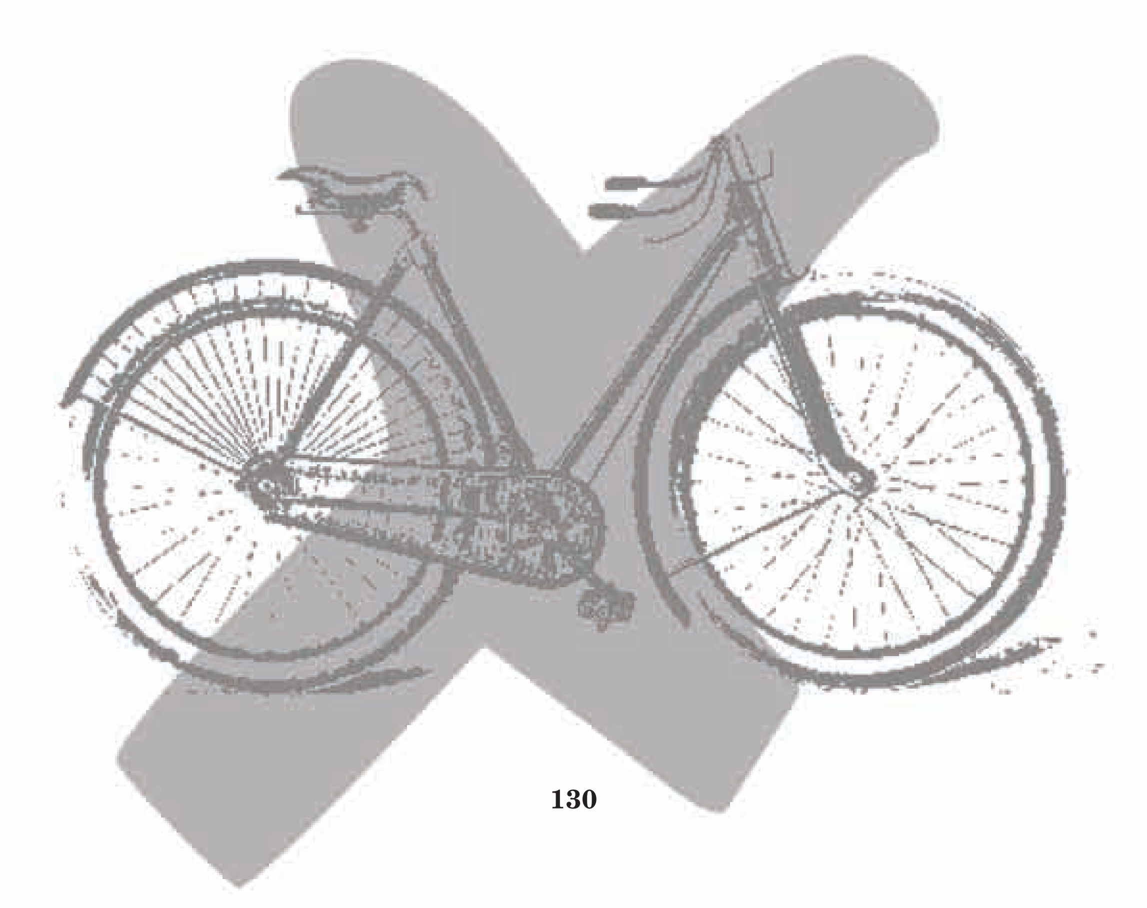
Consumán prosiguió con calma, como si les hubiera leído la mente:

—Cuando los niños compran algo, lo que sea, son también consumidores, y por lo tanto tienen derechos, y tienen también la obligación de pensar: A ver, ¿se dan cuenta de que están a punto de llenarse de comida chatarra y refrescos, y que lo que busca el señor de la tienda es ganar mucho dinero, aunque ustedes se enfermen de la panza? ¿Y ya vieron las famosas bicicletas? No son nuevas, sino usadas, y además todas tienen algo descompuesto que nadie les va a reparar, eso si llegan a un taller, porque, además de todo, ¡pueden tener un accidente!

Valeria y Diego tenían la boca abierta. Nunca se les hubiera ocurrido que algunos comerciantes fueran capaces de abusar de la confianza de los niños con tal de ganar dinero.

—Y entonces, ¿debemos renunciar a la bicicleta que tanto queremos? —preguntó Valeria, a punto de echarse a llorar.

—¡No necesariamente! ¿Qué les parece si siguen ahorrando entre los dos para que se compren una bicicleta, pero en un lugar en donde les den un papel que llamamos garantía? Con ese papelito, podrán cambiar la bici o hacer que se las arreglen en caso de que tenga algo mal, ¡y no tirarán su dinero!






—¡Gracias, Consumán! Evitaste que tiráramos nuestro dinero y que comiéramos cosas que no son sanas! Ahora seremos más cuidadosos cuando queramos comprar algo y tomaremos en cuenta a nuestros papás para que nos ayuden a elegir mejor.

—¡Fue un placer, niños! —se despidió el súper héroe del consumo guiñándoles un ojo detrás de la máscara.

## Prohibido bailar

*Jaime Alfonso Sandoval*

En la ciudad de Santa Tecla de los Montes, Durango, está prohibido bailar.

Cualquier ciudadano que sea sorprendido en medio de un paso de baile o meneando la cadera lo condenan a un severo castigo. Las penas van desde una multa económica por mover los hombros al ritmo de mambo, hasta el arresto de 48 horas si a alguien lo sorprenden haciendo algún pasito de cumbia, tango, o hasta una sevillana.

Yo ya había escuchado hablar de prohibiciones absurdas (como la de no estornudar los lunes, en Osaka, Japón) pero la prohibición de no bailar me resultó bastante curiosa. Así que fui al pueblo a comprobarlo con mis propios ojos, y si se podía… Con mis propios pies.

El pueblo se encuentra en medio de la sierra de Durango y no hay ninguna carretera importante cerca. Y lo primero que comprobé es que los rumores son ciertos: está prohibido el baile en cualquier forma, desde polcas, hasta el cha-cha-chá, el *fox-trot*, la rumba, el chotís y el hip-hop. No se puede bailar bajo ninguna circunstancia, por ejemplo los bailables de la escuela son aburridísimos pues los niños se visten para el jarabe tapatío, pero se quedan muy quietos bajo el sol, nada de zapateado, nada de agitar los vestidos.

Y por supuesto, ningún niño o niña conoce el cuento de Cenicienta, está prohibido, ya que la protagonista debe ir a un baile.

Lo más extraño es que sí se permite oír música en Santa Tecla de los Montes, se puede contratar un grupo musical o poner a todo volumen en radio en una fiesta y hasta tocar la guitarra en las reuniones familiares, pero los invitados quedan como petrificados, ni siquiera mueven los pies, ni la cabecita, para que nadie los acuse de tener ritmo.

Pregunté a varias personas en la calle si recordaban cómo empezó la prohibición y escuché historias tan extrañas como la de una maldición gitana que pronosticó sequías si alguien volvía a bailar, hasta aquélla donde decían que un médico *santateclense* había descubierto que bailar era malísimo para la salud.



—Agitar el cuerpo daña el cerebro —me explicó una señora muy seria—. El corazón palpita a niveles de infarto y el sudor frío ocasiona gripa, dolor de cabeza y caspa.

Lo que empezó por ser una superstición se convirtió en una ley y para castigar el delito, la presidencia municipal preparó a unos agentes especiales.

—Se llaman *los tiesos* —me dijo una niña que iba acompañada de su abuelito.

—Es un grupo de policías antibaile —explicó el abuelito con tristeza—. Están por todas partes. Van a los bailes de graduación de las escuelas, a las fiestas de cumpleaños, sólo para vigilar que nadie haga algún movimiento extraño. Son muy peligrosos porque se disfrazan para no ser reconocidos, podrían ser cualquiera, usted o yo.

—¿Y qué pasa si descubren a alguien sospechoso de tener ritmo?

—Lo lleva a la presidencia municipal —afirmó la niña—, ponen música de salsa, merengue o quebradita, y si el sospechoso se mueve, ¡zaz!, derechito a la cárcel…

Me di una vuelta por el pueblo y vi algunas escenas tristes. En un salón de fiestas, una quinceañera estaba parada en la pista, tenía prohibido dar los pasos de vals. Los chambelanes, estaban sentados al fondo, muy aburridos, jugando voladitos.

Pasé por una escuela llena de niños y me llamó la atención un letrero que decía: “Prohibido *bailar* el trompo”.

—¡Y eso no es nada! —me dijo una niñita—. Hace un mes corrieron a un maestro porque le *bailaba* un ojo.

Estaba a punto de irme de ese pueblo triste y sin ritmo, cuando de pronto, un niño como de seis años en una bicicleta pasó a mi lado y chocó conmigo. Cuando se fue, me di cuenta que tenía algo en el bolsillo, era un papelito que decía:

*Señor periodista, lo esperamos en el Callejón Batalla de Bailén, número 11. No falte. Por favor no le diga nada a nadie de esto y destruya este papel cuando lo haya leído (si puede, mejor cómaselo). Gracias. Los B. C.*

Esa misma tarde supe que los *B. C.* eran *Los Bailarines Clandestinos*, un grupo rebelde que se dedicaba a bailar a escondidas. Se reunían en el sótano de una casa a practicar. Me sorprendió ver que en el escondite había muchos niños.

—Hacemos esto para que nuestros hijos no olviden sobre todo el twist, el rock, ni el bule-bule —explicó una mamá—. Son los bailes de sus padres, abuelos y bisabuelos… Los bailes de antes de la prohibición. Esta es su herencia, su legado… Su caderazo.

—¿Pero no es peligroso bailar a escondidas? —pregunté preocupado.

—¡Claro que lo es! —dijo un adolescente vestido de jarocho—. Bailar una polka puede costar hasta dos años de cárcel. ¡Y un cha-cha-chá hasta diez!

—¿Y entonces… Por qué lo hacen?

—¡Porque necesitamos ser libres! —exclamó el niñito de la bici.

—Soñamos que un día cualquiera podamos bailar lo que se le antoje —dijo el muchacho jarocho—. Que podamos ir a una fiesta para echarnos un zapateado.

Los *Bailarines Clandestinos* me explicaron que para que no los descubrieran se cambiaban de casa cada semana y siempre inventaban pretextos para reunirse, por ejemplo decían que iban a un curso de gelatinas artísticas pero en lugar de hacer figuritas de oso sabor limón, se ponía a practicar pasos prohibidos como el danzón.

—Y ya estamos preparando el *gran paso* —dijo el muchacho jarocho, que a pesar de su juventud, parecía el líder—. Estamos planeando una rebelión. Y la señal va a ser una *conga en línea*.

—¿Y por qué una conga? —dudé del efecto revolucionario de dicho ritmo caribeño.



—La fila de la conga puede empezarse con sólo dos personas, pero puede ser tan larga como uno quiera… —explicó el muchacho—. ¿Se imagina?, ¡una fila de doscientas o quinientas personas bailando!

Todos rieron nerviosos y un poco mareados por la escena.

—Ésa será la señal para que comience la rebelión —dijo el joven—. Y seremos tantos que nadie podrá detenernos jamás… La conga nunca acabará, siempre se unirá alguien.

—¡Eso es lo que tú crees! —gritó una voz.

Todos voltearon al fondo de la habitación. Un señor se quitó un sombrero cordobés y arrojó al suelo su pandereta. Entonces lo reconocí, ¡era el abuelito que entrevisté!

—¡Es un *tieso*! —gritó alguien—. ¡Hay un traidor en el grupo!

El anciano hizo una seña por una ventana y la puerta de la casa se abrió con violencia. Entraron un montón de policías.



Todo se volvió un caos entre los bailarines: Unas jovencitas con falda hawaiana intentaron salir por una ventana; mientras que una pareja con castañuelas se escondió bajo una mesa; en una esquina, una niña con una piña en la cabeza empezó a llorar… gritos, llantos, corredizas, tantos bailes interrumpidos…

—¡Por favor, señor periodista, cuente nuestra historia al mundo! —gritó el muchacho jarocho cuando uno de los *tiesos* lo arrastró de los pies—. Diga todo lo que ve aquí… ¡Cuente nuestro martirio! …Y diga que algún día venceremos…

No sé si algún día puedan vencer, pero en esa ocasión, a esos pobres, ya se *los habían llevado al baile*.

Al volver a mi ciudad, me quedé pensando que la libertad también es cuestión de ritmo, y por primera vez, me propuse inscribirme en un curso de baile de salón.

## El amanecer de Andrés

*Carmina Narro*

Creía que jugando futbol americano se le iba a olvidar aunque fuera por momentos que había robado. No fue así. Andrés estaba intranquilo y hoy menos que nunca quería que anocheciera. Se había quedado parado viendo para su casa; si se apagaba la luz de la recámara de sus papás y se prendía la de la cocina, significaba que ya no faltaba mucho para que su mamá saliera a gritarle que ya se metiera, que era muy tarde. El sudor se le estaba enfriando en el torso y el cuello; tal vez le fuera a dar gripa. Volteó y ya no pudo recibir el balón. Sus amigos le gritaron que despertara, con varias groserías de por medio. Por fortuna, tuvo oportunidad de *taclear* al adversario evitando que anotara y él obtuvo como trofeo un raspón bastante severo en el codo.

Como a los quince minutos se despidió con la palma extendida, mientras los de la cuadra le decían a su madre que lo dejara jugar un rato más. Y ella, con voz tranquila, respondió que ya habían jugado suficiente. Andrés nunca entendía qué era "suficiente" para su mamá porque para él "suficiente" siempre era muy poco cuando se trataba de jugar *tochito*.

—Lávate las manos, Andrés.




No era necesario que lo dijera, todas las tardes era lo mismo. La espuma del grisáceo habitual. Se enjuagó y otra vez, con las dos manos, hizo girar rápido el jabón haciendo espuma limpia para su codo. Estaba a punto de tocar el raspón y ya tenía los ojos apretados, hechos un asterisco de dolor anticipado. Entró su mamá. Chin. Ya sabía que le iba a decir que le llevara el merthiolate para ponerle.

—Después de que te laves, traes el merthiolate para ponerte —dijo su mamá y cerró la puerta del baño.

No era justo. Con el ardor del agua y el jabón era suficiente, pero era claro que la palabra "suficiente" tenía distinto significado para él y su mamá.

—¡Andrés, por favor!

Estaba zapateando en el piso y retorciéndose, cuando su mamá todavía no le había tocado el codo con el merthiolate.

—Está bien, no te pongo nada, pues. A ver si no se te infecta.

—No, sí ponme, ya no lloro, ponme —dijo cerrando los ojos. Respiró hondamente, apretó su puño pegado al muslo. Su madre lo miró enternecida y padeciendo con él, pero terminó cumpliendo su cometido para luego besarlo y decirle que era un niño muy valiente. Andrés con lágrimas en las pestañas, no podía recibir mejor halago.

Subió las escaleras torciendo el brazo para verse la herida, preguntándose si el merthiolate era rojo o naranja, era difícil definirlo, parecía también fluorescente, le gustaba su color. Todavía tenía alguna lágrima en las pestañas; la sintió cuando se talló el ojo y abrió la puerta de su cuarto. Ahí estaba su mochila. No se atrevía a sacar su cuaderno para hacer la tarea porque ahí dentro también estaba el objeto de su vergüenza: la linterna. Sin abrirla del todo y sin mirar hacia dentro, sacó su cuaderno de Ciencias Naturales despacio, como si no quisiera despertar a los demás útiles. Le gustaba cómo sonaba al pasar las hojas, porque crujían igual que las hojas secas que pisaba en el parque. Su maestra decía que era porque recargaba demasiado la pluma al escribir, pero también decía que su cuaderno era el mejor ilustrado de todo el salón y él estaba completamente de acuerdo.

—Ya llegó tu papá —pasó diciendo su madre por el pasillo.





Andrés volteó hacia la ventana, habían encendido las luces de la calle. Sintió un hoyo en el estómago igual que en las bajadas de la montaña rusa. ¿Y si decía que le dolía la panza? Le iban a dar el jarabe asqueroso o peor, lo podían llevar al doctor y éste se daría cuenta de que no tenía nada. ¿Y si le dolía la cabeza? No, era lo mismo que la panza. ¿Y si decía que no tenía hambre? Su mamá le diría que acompañara a cenar a su papá o que se tomara aunque fuera un vaso de leche con un pan. Podía hacerse el dormido, pero su mamá ya lo había visto despierto. Iba a agarrar su mochila para esconderla cuando vio que la linterna que se había robado estaba ahí, como asomándose. No sabía qué hacer.

Esa tarde, después de que su mamá lo había recogido de la escuela, habían pasado al supermercado, y él se había escabullido hacia otro departamento mientras su mamá escogía unos jitomates. Corrió volteando para

todos lados, golpeándose más de una vez con la gente que venía en sentido contrario a él con sus carritos, buscando la sección de herramientas donde siempre se aburría mientras su papá se paseaba mirando clavos y tornillos como si fueran animales nunca vistos. Esta vez quería llegar ahí lo antes posible. Había unas linternas anaranjadas y ahora se le escondían entre martillos y mangueras, desarmadores y otros aparatos que no tenía idea para qué servían. Por fin las vio al final del pasillo. La mochila en su espalda después de correr pesaba el triple. Respiró hondo y empezó a caminar despacio, se quitó lentamente la mochila de la espalda. Abrió un poco el cierre, miró hacia todos lados, también hacia los espejos curvos que ponían a los extremos de los anaqueles. Por suerte, a esa hora había más señoras que señores en el súper y la mayoría estaba en las verduras o en salchichonería. Tomó la linterna y se regresó metiéndola disimuladamente en su mochila. Su corazón estaba *tacleando* los huesos de su



pecho… ¿cómo se llamaban? Costillas, se respondíó. Estaba tan asustado y pensar en la clase de Ciencias Naturales no le quitaba el miedo… ¿o se le decía Anatomía? ¿La Anatomía era parte de las Ciencias Naturales? ¿No era lo mismo Ciencias Naturales que Biología? Finalmente estudiaba los seres vivos… A Andrés no le funcionó en esta ocasión tratar de pensar en otra cosa. Empezó a llorar y vio que una señora se iba a acercar a él, no quiso averiguar si era para consolarlo o acusarlo. Se dio la media vuelta y se alejó de la mujer.

Iba caminando limpiándose la cara para que su mamá no viera que había llorado, se le figuraba que toda la gente que pasaba cerca de él sabía lo que había hecho, que su mochila era transparente y su linterna estaba ahí para delatarlo. A lo lejos vio a su mamá levantando los brazos con las bolsas de jitomates y cebollas en las manos. Un señor que trabajaba en la tienda se separó de ella al ver que ya había encontrado a su retoño.

—¿Dónde te metiste, Andrés? Ya te he dicho que no te me pierdas, es muy peligroso. ¿A dónde fuiste, hijo? ¿Andabas buscando el balón? Tu papá te dijo que él te lo iba a comprar…

Su corazón no lo dejaba en paz y la voz de su mamá la oía muy lejos.

Cuando salieron del supermercado sin que nadie se hubiera dado cuenta, ya le pudo contar a su mamá que había sacado diez en Matemáticas. Sin embargo, no dejó de estar nervioso porque a veces creía que su mamá le leía el pensamiento, y ahora iba a saber que le decía esto sólo para que no creyera que era un niño tan malo aunque se había robado una linterna.

—Andrés, ya vente a cenar —gritó su mamá desde la cocina.

Andrés pensó que el hoyo que sentía en la panza por la presencia de su papá no se llenaría con la cena. Todos sus pretextos para no bajar eran muy malos y lo peor sería que, si no bajaba, seguramente su papá subiría y eso era tres veces peor. Qué hacer. Ultimadamente, su mamá le había dicho que era un niño muy valiente y no la iba a decepcionar. Así que bajó las escaleras como todo un héroe. Cuando se sentó a la mesa después de darle un beso a su papá, pensó que los héroes no robaban.

—¿Qué pasa, m'hijito, no tienes hambre? —preguntó su padre dulcemente.

Andrés sintió que a un niño malo no se le hablaba así. Que él no tenía derecho a que lo trataran bien, y sin saber por qué, empezó a jugar con su cena a sabiendas que a su papá le molestaba mucho que lo hiciera.

—Andrés —le dijo su madre, no juegues con la comida.

Andrés no contestó, ni separó la vista de su plato. Sentía en toda su cabeza la mirada de su padre.

—¿Qué tienes, hijo? —volvió a preguntar su papá.

—No me gusta esto —dijo Andrés empujando despectivamente el plato.

Sus padres se miraron entre sí y Andrés también empujó el pedazo de pan que acababa de partir.

—No avientes la cena —dijo su padre conteniendo un grito—. ¿Qué te pasa? ¿No te da vergüenza?

Andrés no contestaba nada.

—La comida no se avienta, hay muchos niños que no tienen nada que comer. Y tampoco seas grosero con tu mamá...

Andrés no sabía explicar por qué había provocado en la cena que su papá lo regañara. Estaba en su cuarto y se sentía un poco más tranquilo porque ya había recibido su castigo aunque no fuera por el robo de la linterna. Abrió su libro para empezar la tarea y olvidarse de todo, pero en el fondo de su corazón sabía que estaba haciendo trampa. No era cierto que no le hubiera gustado la cena; sólo quería que sus padres lo regañaran sin tener que decirles que había robado.

Andrés estaba terminando el resumen de Español y una lágrima cayó en una palabra. La secó cuidadosamente para no manchar la hoja, se recargó en su cuaderno y, como siempre, cuando despertó por las ganas de hacer pipí, sus útiles estaban recogidos en el buró y la luz estaba apagada. Su mamá siempre hacía lo mismo. Prendió la lámpara. Ahora ya tenía una linterna que lo libraría de la oscuridad del pasillo que era demasiado largo y negro. La luz de su recámara no era suficiente para iluminar los huecos que se hacían entre los muebles y las cajas que había pegadas a la paredes. Andrés sentía que cada vez que atravesaba corriendo lo más rápido que podía el pasillo, la puerta del baño tardaba más en

acercarse, unas garras iban a salir de los huecos más negros, y cuando estaba a punto de prender la luz todos los monstruos vendrían rasguñando el aire por alcanzarlo.

Ahora, a pesar de que tenía la linterna, seguía teniendo miedo. Estaba parado en el quicio de la puerta de su recámara y el lunar blanco de luz hacía brillar la esquina del librero, el mecate de las cajas, el trapeador que anunciaba la cercanía del baño. El pasillo, conforme avanzaba, se hacía menos largo, incluso más estrecho. Vio el hueco entre el sofá abandonado y una pila de periódicos, y no salió ningún monstruo, ni una garra. Escuchó la voz de su papá y eso sí lo hizo saltar. Volteó y lo vio en pijama, entrecerrando un ojo. Al primer paso que dio su padre, el miedo se volvió más grande.

—¿Qué haces despierto...?

—Quiero hacer pipí —dijo Andrés apresurado.

—A ver... vamos... —dijo su padre, Andrés se sintió un poco aliviado, pero a los dos pasos preguntó:

—¿Y esa linterna?



Andrés pensó que ni lo dormido de su padre había sido "suficiente" para que no se diera cuenta de que la linterna no pertenecía a su hogar. Soltó el llanto y su papá se terminó de despertar.

—¿Por qué lloras, qué pasa? —preguntó verdaderamente extrañado.

Andrés quería que su papá tuviera tanto sueño como para que se olvidara de su llanto, pero nunca había sido así y hoy no tendría por qué serlo.

—Me la regaló Alejandro.

—¿Alejandro?

—No, Diego...

—A ver... deja de llorar. Qué pasa m'hijito.

El miedo a los monstruos había desaparecido y sentía que la cara le iba a reventar, que estaba ardiendo y que seguramente se veía roja a pesar de la oscuridad.

—Me la regaló Diego —dijo Andrés entre sollozos.

—¿Y por eso estás llorando así?

Andrés dijo que sí con la cabeza.

—¿Quieres hacer pipí?

—No sé, hace rato sí.

Su papá lo llevó al baño y Andrés estuvo esperando más de lo normal frente al excusado. Cuando terminó, su papá jaló la cadena y apagó la luz. Yendo de su mano el pasillo era inofensivo. Andrés se acostó y él le acomodó las cobijas.

—¿Por qué estabas llorando? ¿De quién es esa linterna?

Andrés empezó a llorar otra vez.

—No llores, dime...

—Es que me da miedo la noche —dijo Andrés y le empezó a explicar que había robado esa linterna a medio día en el supermercado porque el pasillo para ir al baño era demasiado largo y oscuro. Ahora tenía miedo de que su papá le gritara, que despertara a su mamá para decirle que su hijo era un ladrón y le echara la culpa a ella que ni siquiera sabía nada.

—Pero no lo voy a volver a hacer, papá. No le digas nada a mi mamá, por favor. No le digas nada a mi mamá —dijo en voz baja, desesperado.

Su papá se quedó callado, con un gesto que no le conocía. Andrés hubiera preferido que lo regañara en vez de verlo con una mirada tan triste. Parecía como si estuviera derrotado, seguramente como se veía él mismo cuando le ganaban en el *tochito*.

—¿Por qué no nos dijiste que te daba miedo el pasillo?

—Me da miedo todo lo oscuro —repuso Andrés.

Su papá guardó silencio un momento, se talló la cara y lo miró con gesto de cansancio.

—¿Y no era más fácil que me dijeras que dejara una luz prendida en la noche? ¿No era más fácil que robarte esa linterna, Andrés?

Sentía mucha vergüenza, mucha. Todo lo que tenía que ver con la desaprobación de su papá lo ponía muy mal porque siempre quería que se sintiera orgulloso de él. No tenía derecho a llorar, ni a que lo consolaran. Su padre seguía con la mirada triste.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tenía miedo de que te enojaras.

—¿Y no tenías miedo de que me enojara porque robabas?

—También...

¿Creíste que no me iba a enterar?

Andrés se sentía demasiado mal para responder.

—Ya ni siquiera sé si es cierto que robaste porque te daba miedo el pasillo. Piensa en qué tienes que hacer, Andrés... Yo, francamente, no sé —dijo levantándose de la cama.

—Los papás no siempre sabemos qué hacer.

Andrés no pudo dormir en toda la noche. Por primera vez vio desde su ventana el amanecer.





## Olores dulces

*Enrique Lepe García*



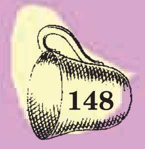
Al cuarto para la seis de la mañana sonaba triste el silbato del viejo corazón del pueblo, el ingenio de azúcar anunciaba a la gente que faltaba un cuarto de hora para que los obreros ingresaran al primer turno del día. A mí ya me había despertado mi madre desde antes del silbatazo pero yo había decidido caminar otros quince, diez, cinco, dos minutos más en el camino de los sueños.

Pero había un despertador contra el que no podía: el olor del café que mi mamá me había preparado. De la cama iba directamente a la mesa como si el olor de aquella bebida se volviera un hilo que me jalaba de la nariz.

Al pasar por el cuarto de mis hermanas alcanzaba a percibir el olor de sus profundos sueños, también se olía un poco la reciente ausencia de mi papá, pero ninguno de esos olores lograba cortar el hilo del café recién hecho que me jalaba hacia la mesa.

Después del café, que yo tomaba en piyama, pasaba a darme un baño que me dejaba las fragancias que yo ahora le llamo "de adolescencia", luego me vestía, me despedía de mi madre, quien me perfumaba con un beso y yo salía bendecido por los aromas familiares a vivir los olores del mundo.

Nuestro pueblo nadaba en el olor pegajoso de la caña de azúcar, dulce verde de los cañaverales que rodeaban al pueblo, dulce quemado de incendios que preparaban la caña para el corte y la molienda, dulce del jugo de la caña molida, dulce del azúcar moreno que se iba acumulando en costales blancos, allá atrás de la fábrica. Yo iba por las calles de piedra de nuestro pueblo, de madrugada, nadando en los olores dulces que manaban del centro del corazón de Quesería.



Apenas había caminado siete cuadras cuando podía sentirse el más santo de todos lo olores, era un río crecido de aromas que arrastraba los malos olores de los días, una corriente que borraba tristezas y malos recuerdos, un torrente que acababa con la dulzura del olor de la caña y su camino al azúcar, un arroyo grande que no sólo me podía regresar de los sueños, sino que aún hoy, me puede traer desde la muerte y mantenerme despierto una eternidad. El olor a pan.

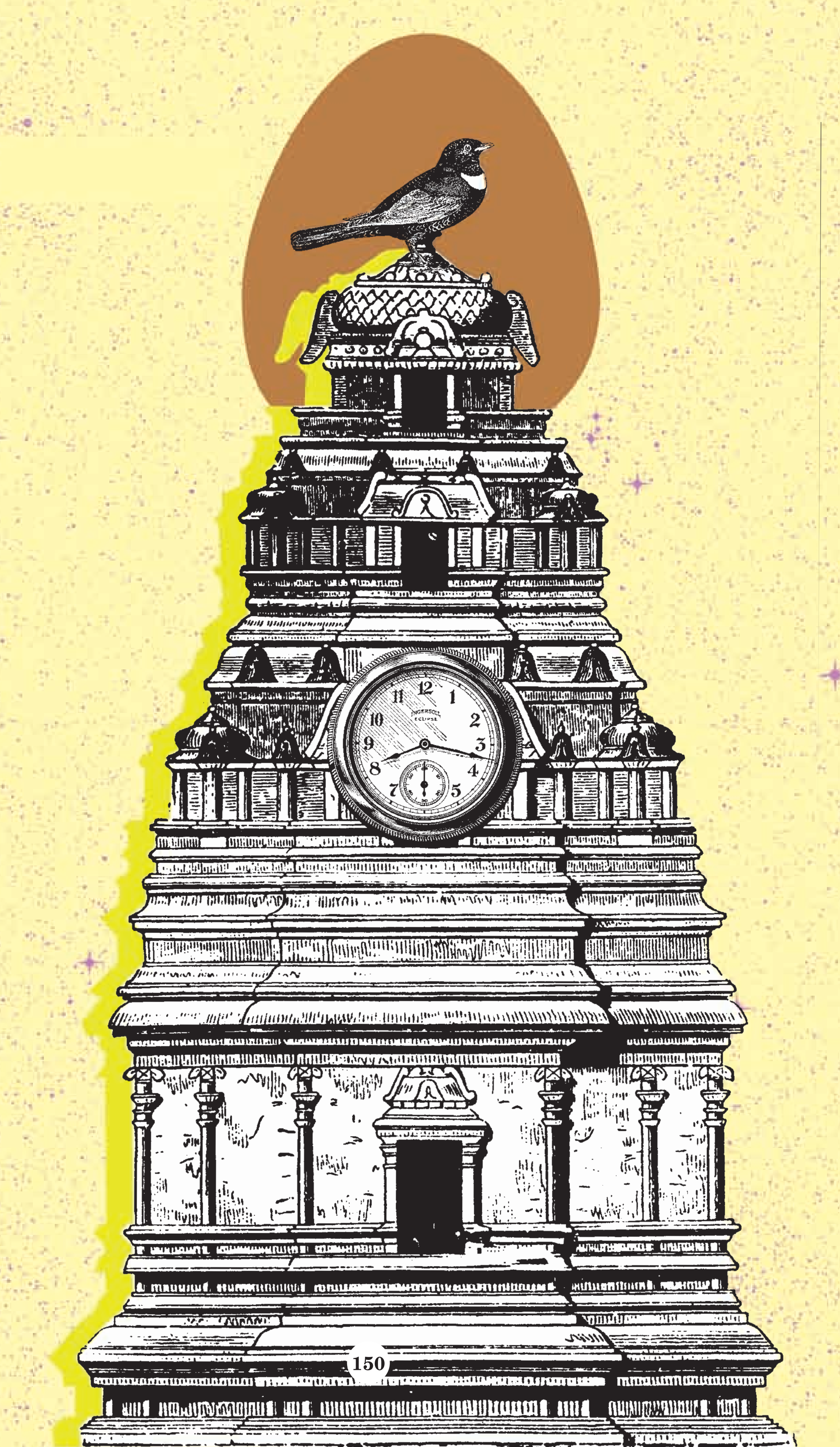
La fábrica de azúcar que palpitaba en el centro del pueblo era el corazón, pero el olor a pan, esparcido desde las tres celestes panaderías provincianas, era el alma de Quesería, era el alma de nosotros. Era mi alma. Por el olor el pan, por estar cerca de él, por disfrutar sus formas distintas y sus colores varios, por llenarme de su olor el cuerpo, había aceptado ese primer trabajo de mi adolescencia: ayudante de panadero, que implicaba descender al purgatorio de madrugar cada día, pero que me permitía ascender al paraíso de las panaderías de mi pueblo.

Fue por mi amor al pan y a sus olores que entendí, como quién de golpe comprende el mundo, esa delicia de versos de Ramón López Velarde:

*Tu barro suena a plata, y en tu puño*
*su sonora miseria es alcancía;*
*y por las madrugadas del terruño,*
*en calles como espejos, se vacía*
*el santo olor de la panadería.*






INGERSOLL
ECLIPSE

## El cucú y la tsetsé

*Ignacio Padilla*

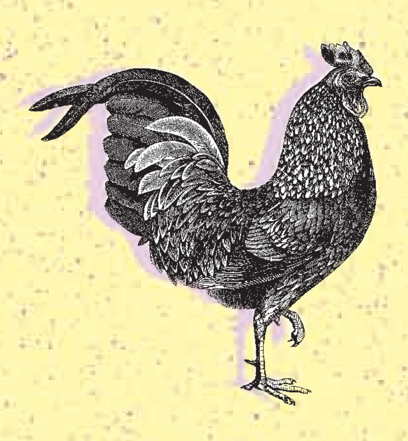
### El cucú

En mi pueblo hay una torre, y en la torre hay un reloj. Dentro del reloj vive un pájaro cucú. Dice mi padre que el pájaro llegó de Suiza una tarde soleada. Venía en un huevo metálico que se empolló en el avión. El cucú tiene alas de aluminio y pulmones de hojalata. Su pecho es de brillante estaño, y su pico una flauta de oro. En la radio le han llamado el Campeón de Peso Pluma de las Aves.

El cucú es además muy serio y avispado. Es un bombón de tiempo, un cronómetro con plumas. Nunca falta a sus citas con el flaco minutero. Antes del amanecer, lleva el cucú serenata a los búhos, a la luna y a los enamorados. Para cantar, los gallos siempre esperan el canto del cucú.

En mi pueblo no hay quien se ponga el saco ni se enchine las pestañas si no ha cantado antes el cucú. Los niños en la escuela miramos ansiosos el reloj de la torre, esperando a que el cucú nos indique la hora de salir al recreo. Por las tardes, el cucú nos avisa cuando ha llegado la hora de encender o apagar las velas.

Nadie sabe quién le da cuerda al cucú, o cómo le hace para avisar siempre a los viajeros la hora exacta en que vendrán las tormentas, a los doctores el momento preciso en que deben darnos medicina, a las brujas la hora para salir de paseo. El cucú siempre tiene pila, aunque nadie lo alimente. Dicen que cada noche, mientras roncan bestias y hombres, el cucú se cena de alpiste un enorme polvorón de estrellas.



**La mosca en la tormenta**

Una noche de tormenta, llegó hasta la torre en mi pueblo una negra mosca tsetsé. Era una mosca del sueño, un tosco insecto malhablado. Era casi una abeja africana, un misil atómico de sueño con mil ojos. Más que una mosca, era un pterodáctilo enano y panteonero. Era el Peso Supermosca de las Fieras.

La mosca tocó a la puerta del reloj con sus garras de hielo negro. Al oírla el cucú, que era un pájaro muy decente, abrió su casa al insecto y lo invitó pasar. La mosca venía fría y cansada por el viaje, así que el cucú le sirvió galletas y un enorme tazón de té. La mosca devoró las galletas, se bebió el té de un solo trago y eructó. Ni siquiera dio las gracias. Mientras se limpiaba la boca con las garras, miró la casa limpia del cucú y sintió envidia.

—Dime, amigo —preguntó la mosca al distraído pájaro cucú—, ¿no te aburre estar aquí? ¿No te cansa cantar a todas horas?

El pájaro cucú se encogió de hombros.

—No, no me cansa. Me gustan los relojes y me divierte ser el tiempo de esta buena gente.

Como vio que el cucú estaba pajareando, la mosca aprovechó el momento para picarle el trasero.

—¡Ay! —gritó el cucú.

—¿Qué te pasa? —preguntó la mosca envidiosa.

—Creo que me he sentado en una aguja.

—¿Te dolió?

—No mucho —dijo el cucú—. Sólo tengo un poco de sueño. Por favor, alcánzame esa almohada. Creo que clavaré un ratito el pico.

La mosca le alcanzó la almohada y el pájaro se durmió en seguida. Luego el insecto abandonó la torre y se alejó muy contento, zumbando y retumbando porque había tumbado al cucú.

**El sueño del cucú**

El cucú duerme su larga siesta sobre almohadones de plumas de su buen amigo el ganso. Abajo, en el pueblo, los ratones hacen fiesta: no hay quien barra las casas ni limpie los rincones, el reloj de la torre ha perdido la voz, le faltan horas al día y luces al velador. En la oficina la gente se muere de aburrimiento: quisieran matar el tiempo pero el tiempo ya está muerto. El alcalde está enojado, pues los guardias no han llegado para izar la bandera y cantar el Himno Nacional. Ayer despidieron al farolero porque apagó las farolas antes de que saliera el sol. En el estadio los partidos duran una eternidad: los jugadores corren y corren, se cansan esperando que alguien silbe el medio tiempo. Ya no hay quien meta gol. Los novios se pelean porque ya no pueden encontrarse: los relojes de sus citas marcan tiempos desiguales. El pueblo entero anda entumido. A la campana de la iglesia ni las moscas se le arriman. Cada quien va a su paso. Todos extrañan al buen pájaro cucú.

Mientras tanto, el cucú duerme, sueña y sueña que sueña. Sueña que despierta y que vuela al sur. Sueña que sus alas son de plumas de verdad, sueña que es un águila imperial con su nido en la montaña. Sueña que llega a su nido y que al fin puede descansar. Sueña que en el nido hay un espejo, se mira en él y puede ver a un cucú que sueña que es un águila. ¿Cuándo despertará ese pájaro inconstante? ¿Por qué duerme ese cucú metálico, que era tan serio y puntilloso, y ahora ronca a pata suelta en su torre de cristal? Al pueblo se le ha escurrido el tiempo, y el cucú ya no responde. Hoy es Ayer o Mañana. Nadie entiende cuándo empieza la semana, ni a qué hora es conveniente dormir o despertar. Por ahí dicen los más sabios que estamos todos mosqueados porque una mosca malvada robó al pájaro su voz.

**Matamoscas**

Cansados de estar cansados, y de echarnos agua en la cara, nos juntamos a pensar lo que haremos para que despierte el cucú. Finalmente exclama una cocinera:

—Aquí tengo la receta para curar al pajarraco. Si ustedes quieren de veras que despierte el cucú, tráiganme leña verde y los siguientes ingredientes: un puñado de ojos claros abiertos al despertar, tres silencios de cigarra, dos sirenas de ambulancia y cinco gotas de rocío cosechadas al amanecer. Si pueden traigan también dos gotas de insecticida. Cuando junten todo esto, hiérvanlo en la campana de la iglesia, como si fuera un recipiente, y pónganlo a serenar.



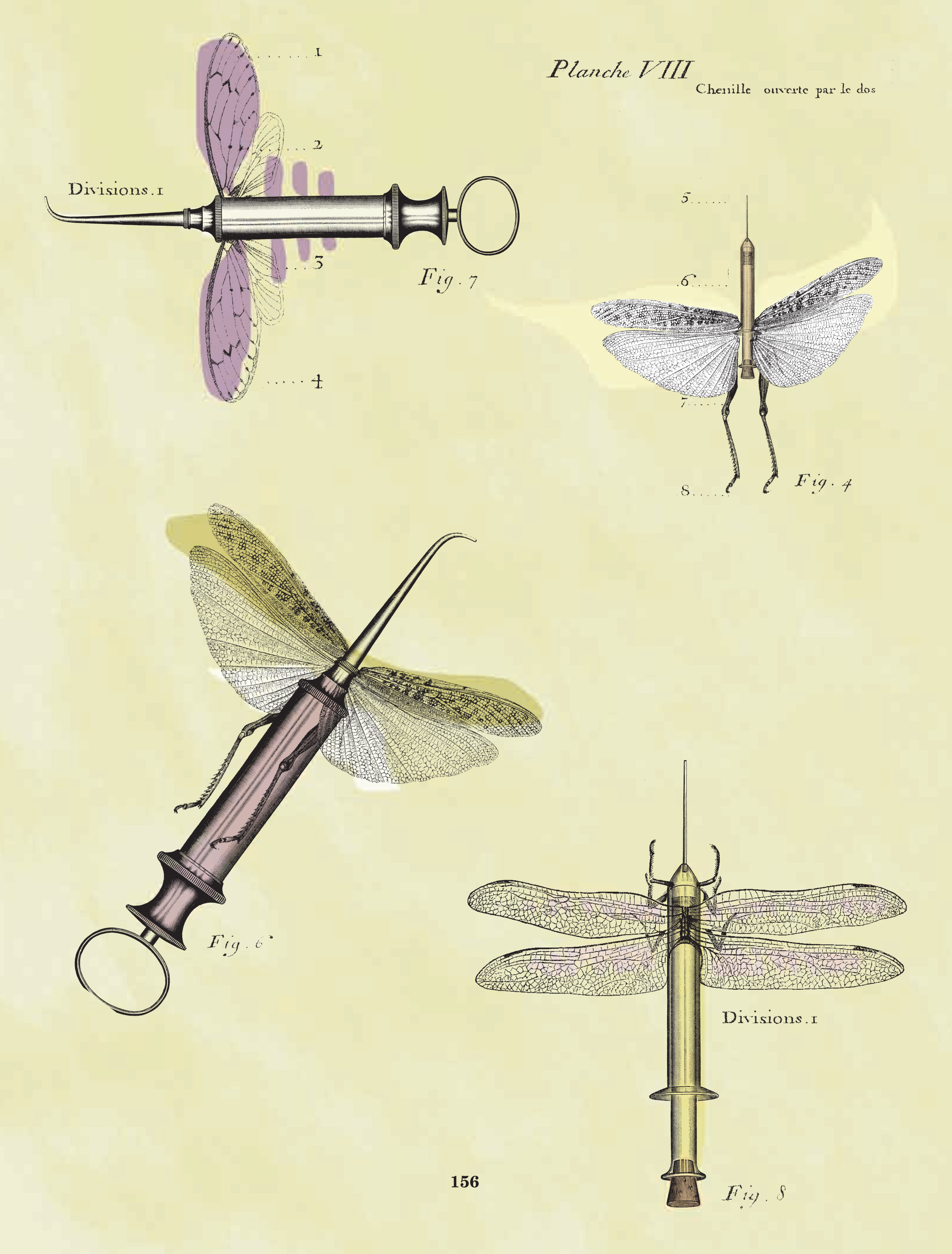
—¡Preparen ese potaje! —ordena feliz el alcalde.

Trajimos una escalera, preparamos el bebedizo, subimos hasta la torre e inyectamos al cucú. El pajarraco abrió los ojos, miró a todos asombrado y dijo:

—Ya estoy algo cansado de que me anden picoteando. ¿Qué hacen aquí? Se me ha hecho tarde y tengo mucho que cantar.

Todo ha vuelto a como estaba. El cucú ha regresado, más despierto que los gatos y muy bien descansado. Al fin tenemos de vuelta nuestro reloj natural. Ahora todos despertamos, trabajamos y dormimos cuando así lo quiere el cucú. Sólo una cosa ha cambiado: en la entrada del pueblo se ha instalado un gigantón armado con un enorme matamoscas. Si viene la tsetsé, ahí estará él, para hacerla puré, de un manotazo.




Planche VIII
Chenille ouverte par le dos
1
2
3
4
Divisions. I
Fig. 7
5
6
7
8
Fig. 4
Fig. 6
Divisions. I
Fig. 8

## Pequeñas jeringas voladoras

*María Emilia Beyer Ruiz*

¿Alguna vez te han culpado por una travesura que no hiciste? A veces, nuestros amigos hacen algo que no está muy bien y nosotros los ayudamos. El problema está en que si te atrapan, pueden echarte la culpa por la travesura solamente a ti, aunque no seas el único responsable. Algo así les sucede todos los días a unos mosquitos que tienen el extraño nombre de *Aedes aegypti*.

Estos mosquitos viven en zonas tropicales, es decir, en lugares con mucho calor y mucha humedad. Se han encontrado en más de cien países alrededor del mundo. Eso quiere decir que pueden vivir en muchísimas regiones, siempre y cuando sean calientes y tengan agua. Y tú, ¿en dónde vives? Si tu casa está en una zona tropical o subtropical, puede ser que compartas el ambiente con los mosquitos *Aedes aegypti*.

Entre estos mosquitos hay una diferencia importante; los machos se alimentan del néctar de las flores y las frutas, y las hembras se alimentan de sangre. La manera como sacan la sangre de una persona es sencilla, pues su boca está provista con una larga y delgada trompa que parece una pequeñísima jeringa. Clavan la trompa en nuestra piel del mismo modo que un doctor nos pone una jeringa cuando nos vacuna o nos saca algo de sangre. En el caso de los mosquitos, la trompa es tan delgada que casi nunca nos damos cuenta de que nos están picando. Cuando la hembra ha chupado suficiente sangre, se aleja volando satisfecha y a nosotros nos sale un piquete.

Si el piquete fuera el único problema, con rascarnos un poco estaría todo solucionado, pero desafortunadamente no es así. Las hembras de este tipo de mosquitos transmiten una enfermedad conocida como dengue que puede ser grave. Como pueden picar a niños, jóvenes, adultos y ancianos, todos estamos en riesgo de padecer dengue si vivimos o paseamos por alguna zona en donde habiten estas pequeñas jeringas voladoras.

Durante muchísimo tiempo se creyó que el piquete del mosquito era el que nos enfermaba, pero en realidad el mosquito no es el único responsable. El causante del dengue es un virus pequeñísimo, imposible de ver a simple vista, es tan chiquito que cabe en la boca del mosquito. Imagina un mosquito; ahora imagina su boca. Luego imagina el interior de ésta; ahora imagina que dentro de esa boca pequeñísima pueden vivir miles y miles y miles de virus. Así de chiquitos son, y como no podíamos verlos, no sabíamos que estaban ahí; por eso tardamos tanto tiempo en saber que los virus eran los verdaderos responsables de la enfermedad. Hay muchí-

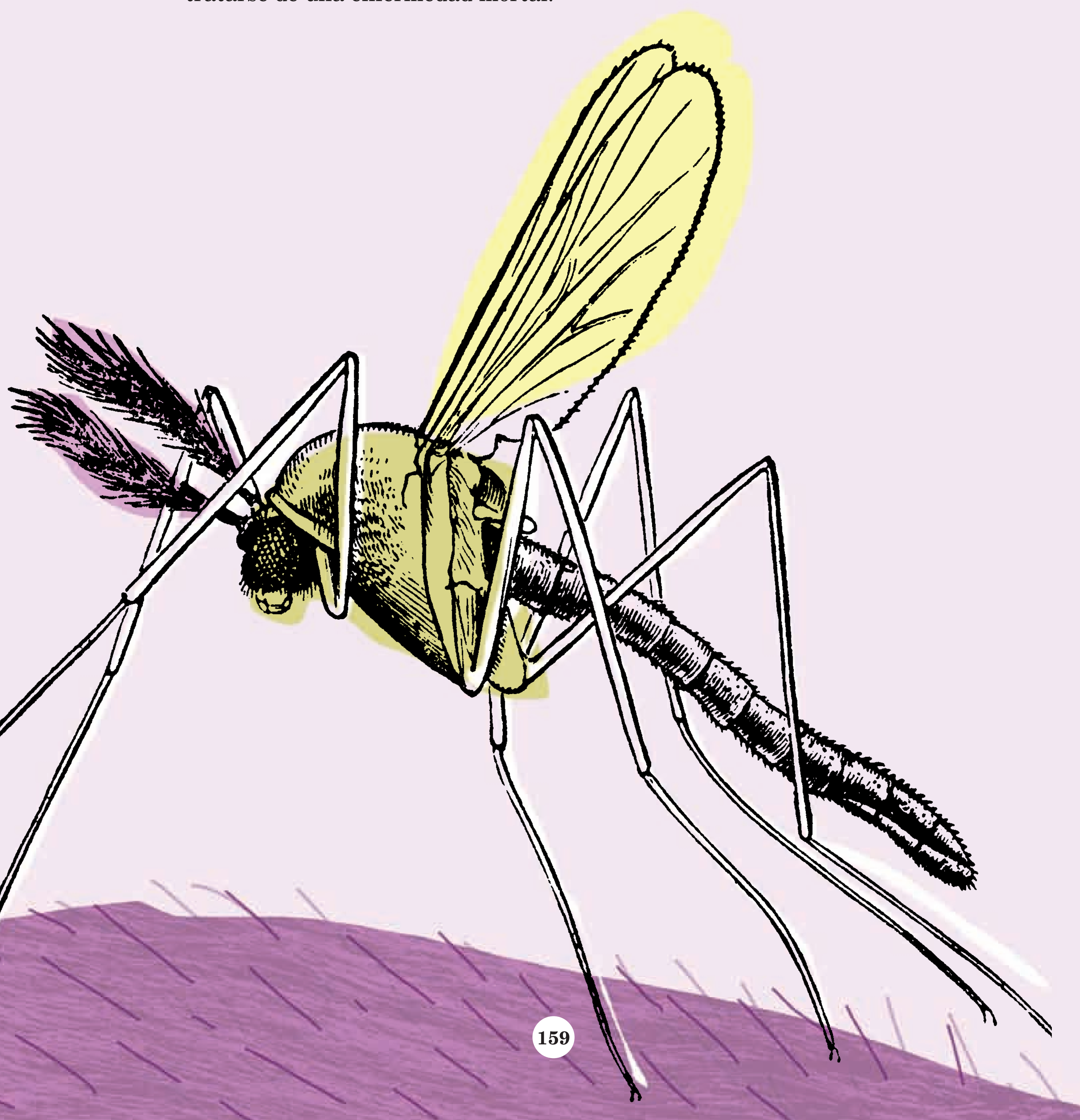


simos tipos de virus, pero no cualquiera contagia el dengue. En realidad, sólo hay cuatro tipos que pueden hacer que te enfermes.

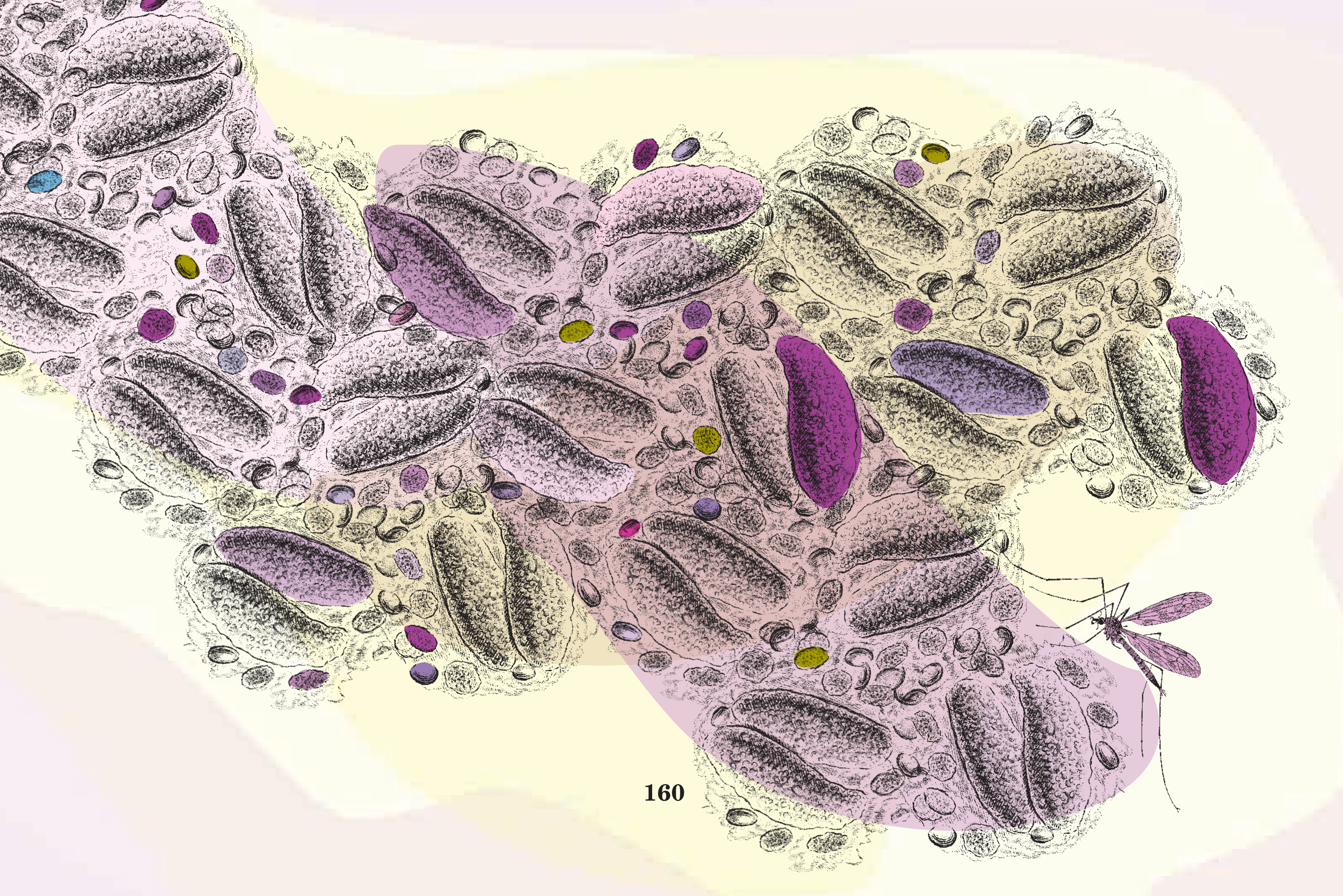
Si te pica un mosquito que no tiene alguno de los cuatro tipos de virus que pueden dar dengue, no te vas a enfermar; cuando mucho te saldrá un piquete que te dará lata por la comezón. Pero si te pica un mosquito que tiene al virus del dengue viviendo dentro de su boca, es posible que te contagies, ya que a la hora de chupar tu sangre, algunos de los virus saldrán, bajarán por su trompa y se meterán en tu cuerpo. En otras palabras, el mosquito es la jeringa voladora que usan los virus para llegar hasta nosotros.

Cuando el mosquito con dengue nos pica y aparece el piquete, no sentimos nada durante algunos días, pero pronto aparecerán fiebres altas, dolores de cabeza muy fuertes, dolores en el resto del cuerpo y, a veces, saldrán ronchitas en la piel. Como no existe una vacuna contra el dengue, pero sí conocemos medicinas que pueden ayudar a aliviar los síntomas, lo más recomendable es visitar al médico en cuanto se presenten la fiebre y los dolores de cabeza. Si todavía tenemos el piquete, es conveniente mostrárselo al doctor.

Algunas veces el dengue puede convertirse en una enfermedad grave llamada dengue hemorrágico. Además de la fiebre y el dolor en todo el cuerpo, durante una crisis de dengue hemorrágico se presentan dolor en el abdomen, vómitos y sangrados. Cuando una persona presenta estos síntomas debe ser atendida rápidamente por los médicos, ya que puede tratarse de una enfermedad mortal.



Debido a que no existe una vacuna para evitar que nos enfermemos de dengue, podemos contagiarnos varias veces y, aunque haya sido sólo una vez, volverá a pasar si otro mosquito con el virus en la boca nos pica. Por eso, lo mejor es evitar tener cerca a esas jeringuitas voladoras. Eso no es fácil porque son muy pequeñas y se meten por cualquier ventana, viajan con nosotros en los autobuses y aviones. Lo que podemos hacer para defendernos un poco de ellas es mantener secos los recipientes que se encuentran en nuestros patios, escuelas y casas, ¿por qué? Pues porque a los mosquitos de *Aedes aegypti* no les gusta la sequía. Para vivir, necesitan humedad. Un charco es un sitio sensacional para ellos, ya que las mamás depositan sus huevos en el agua, ¿por qué ponen los huevos en las aguas estancadas? Piensa lo siguiente; si las mamás mosquito pusieran los huevos en el río, cuando el agua se mueve se los llevaría, por eso es conveniente un charco que está fijo y que garantiza que nazcan sin problemas. De los huevecillos saldrán larvas que también necesitan del agua para sobrevivir. Así que si mantenemos secas las cubetas, las llantas, los columpios y los trastes, y quitamos los charcos de alrededor de nuestro hogar, disminuiremos la posibilidad de que la mamá mosquito tenga un buen sitio para poner sus huevos.





Hay otras maneras de evitar que nos piquen si mientras dormimos cerramos las ventanas del cuarto para que el mosquito no pueda entrar. Pero a veces la noche es tan calurosa, que no queremos cerrar la ventana; en ese caso podemos poner sobre la cama una tela muy finita, parecida a una red, que se llama mosquitero. El mosquitero es muy delgadito y podemos ver a través de él. Parece una tienda de campaña que se cuelga del techo para cubrir nuestra cama. Si te metes al mosquitero y revisas que no haya entrado contigo un mosquito, podrás dormir sin preocupaciones, ya que la tela no deja pasar a ningún insecto, aunque sea chiquito. Además de bloquear al mosquito, el mosquitero te protege de arañas, alacranes y otros bichos que pueden rondar por el cuarto.

A veces, por más cuidados que tengas, un mosquito te puede picar sin que lo notes. Si tienes la mala suerte de que sea uno que transmite el virus del dengue y comienzas a sentirte enfermo, es importante que les pidas a tus papás que te den mucha agua para tomar. La fiebre te deshidrata y es necesario que te vuelvas a hidratar. Si la fiebre se presenta con dolores de cabeza y del cuerpo, pide que te lleven a visitar al doctor, pues existen medicinas que ayudarán a que te sientas mejor. Tal vez durante la noche, sin que te dieras cuenta, te visitó una de esas jeringuitas voladoras que, un poco sin querer, te contagió del dengue. Lo importante es que te cuides y te cures pronto.

## El descubrimiento de los rayos misteriosos

*Mónica Genis Chimal*

Muchos descubrimientos e inventos son obra de la casualidad, pero también resultado de mucho conocimiento acumulado, lo importante es estar siempre alerta, porque nunca se sabe cuando estaremos frente a algún descubrimiento que cambiará al mundo.

¿Cuál será el invento más fascinante que haya hecho el hombre?

Pues es en realidad son muchísimos basta que voltees a tu alrededor para que te des una idea.

Pero uno de los inventos que ha sido de gran utilidad, sobre todo para la medicina, son los rayos X. Wilhelm Conrad Roentgen fue ese hombre curioso y observador que comprendió, el 8 de noviembre de 1895, el poder de estos rayos, seguramente en ese momento no imaginó las implicaciones de ese gran descubrimiento.

Wilhelm Roentgen era un físico que nació en Prusia, pero a los pocos años de vida su familia se mudó a Holanda. No sólo se interesó por la física también por la química y la ingeniería mecánica.

Su curiosidad e interés por la ciencia lo llevaron a observar un fenómeno fascinante. El 8 de noviembre de 1895, Wilhelm Roentgen se encontraba experimentando con los rayos catódicos, observó que una placa de cartón que estaba cubierta con cristales que emitían una luz fluorescente pero, cuando desconectaba la corriente esta luz desaparecía. Como buen científico siguió observando y experimentando, hasta que descubrió por serendipia, es decir, por accidente, estos rayos que llamó X porque no sabía qué eran ni cómo se comportaban, tampoco de dónde venían; pero de lo que sí se dio cuenta fue de que atravesaban diferentes tipos de materiales como papel o madera, incluso una delgada lámina de aluminio, pero el pesado plomo no.

Este descubrimiento fue de los primeros desarrollos que confirmaron la nueva era de la física, la cuántica, una manera de entender el mundo de lo pequeño, el de los átomos.

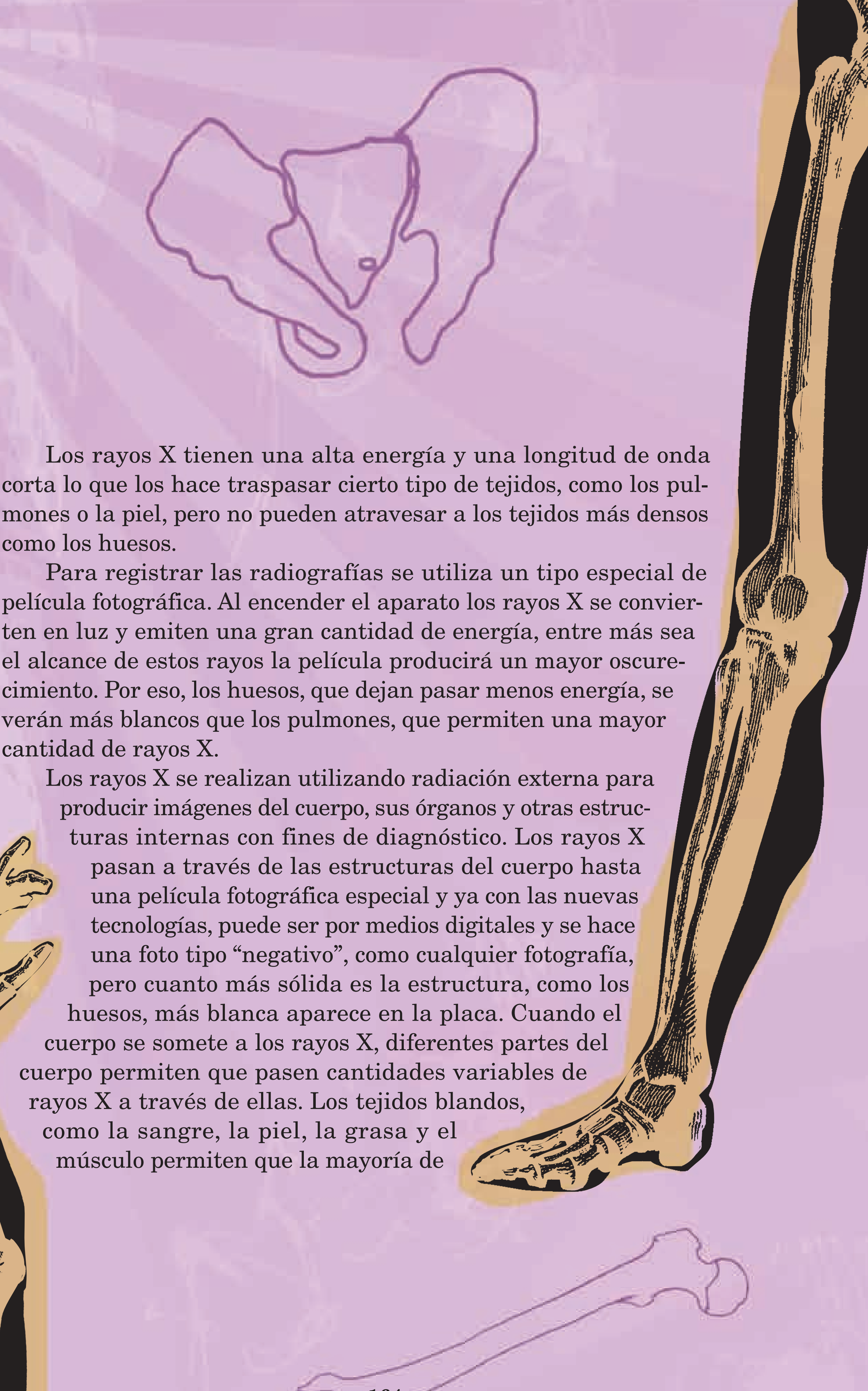


Pero su perseverancia llevó a Roentgen a investigar la naturaleza de estos misteriosos rayos invisibles. Se dio cuenta que eran muy extraños, porque no había nada que los perturbara, ni la fuerza de un imán; también observó que estos rayos "X" no se comportaban como los demás rayos.

Cuando se dio cuenta que estos rayos traspasaban varios tipos de materiales se dio cuenta que era por la densidad y la masa atómica, por ejemplo, la madera o el papel están hechos con átomos muy ligeros por eso son transparentes a este tipo de rayos. Pero… su mayor descubrimiento fue darse cuenta que nuestra carne es transparente a los rayos X, porque está hecha casi por completo carbono, nitrógeno, oxígeno, e hidrógeno mientras que los huesos son opacos a los rayos X debido a que contienen calcio, un material denso. El poder de penetración de estos rayos le permitieron a Roentgen a obtener las primeras fotografías del esqueleto humano, la primera fotografía fue de la mano de su esposa.

Al darse cuenta de esta gran propiedad, la radiografía hecha con rayos X tuvo una gran aceptación en la medicina.

A los dos meses de su descubrimiento, los rayos X se comenzaron a utilizar, primero en Europa y luego en Estados Unidos, pero no sólo se usaron para tomar imágenes de los órganos internos, sino también para diagnosticar varios tipos de enfermedades.



Los rayos X tienen una alta energía y una longitud de onda corta lo que los hace traspasar cierto tipo de tejidos, como los pulmones o la piel, pero no pueden atravesar a los tejidos más densos como los huesos.

Para registrar las radiografías se utiliza un tipo especial de película fotográfica. Al encender el aparato los rayos X se convierten en luz y emiten una gran cantidad de energía, entre más sea el alcance de estos rayos la película producirá un mayor oscurecimiento. Por eso, los huesos, que dejan pasar menos energía, se verán más blancos que los pulmones, que permiten una mayor cantidad de rayos X.

Los rayos X se realizan utilizando radiación externa para producir imágenes del cuerpo, sus órganos y otras estructuras internas con fines de diagnóstico. Los rayos X pasan a través de las estructuras del cuerpo hasta una película fotográfica especial y ya con las nuevas tecnologías, puede ser por medios digitales y se hace una foto tipo "negativo", como cualquier fotografía, pero cuanto más sólida es la estructura, como los huesos, más blanca aparece en la placa. Cuando el cuerpo se somete a los rayos X, diferentes partes del cuerpo permiten que pasen cantidades variables de rayos X a través de ellas. Los tejidos blandos, como la sangre, la piel, la grasa y el músculo permiten que la mayoría de



los rayos X los atraviesen y aparecen en color gris oscuro en la placa o en la computadora. También los rayos X pueden servir para detectar tumores, ya que estos tejidos son más densos que los tejidos blandos como la piel , permite que pasen menos rayos X a través de él y aparece en color blanco en la placa. En una fractura de un hueso, el haz de rayos X pasa a través de la zona rota y aparece como una línea negra en el hueso blanco.

En otros tipos de procedimientos diagnósticos se utiliza tecnología de rayos X, como las arteriografías y las tomografías computarizadas. Es importante mencionar que cuando nos toman una radiografía pues cierta cantidad de energía queda en nuestro organismos, pero nada que deba preocuparnos, aunque la radiación emitida por los rayos X durante el embarazo puede provocar algunas anomalías congénitas.

A parte de la radiografía y de la tomografía computarizada, los rayos X se utilizan en la radioterapia. Desde los inicios de esta tecnología, el uso prolongado y no controlado de este tipo de radiación, provocó efectos en la salud de los radiólogos, que son las personas encargadas de aplicar este tratamiento. Después de darse cuenta de estos terribles efectos, como enrojecimiento de la piel y la caída de pelo, se comenzaron a tomar precauciones; pero a la vez estas pistas dieron a los científicos la información que necesitaban para darse cuenta que la radioterapia podía atacar algunos tipos de tumores. Se tiene el registro que en 1899, es decir, 54 años después del descubrimiento de los rayos X se logró tratar con éxito un cáncer de piel.



Sin lugar a dudas, actualmente uno de los problemas de salud que afecta a la humanidad es el cáncer. Se sabe que el cáncer es uno de los tres principales problemas de salud en México y se calcula que anualmente se detectan 10 millones de nuevos casos de cáncer; de estos, más del 60% reciben tratamiento con radioterapia.

Así es que el descubrimiento accidental de Wilhelm Roentgen, es de suma importancia para diagnosticar, de manera oportuna, los inicios de un tumor así como su tratamiento, lo cual ofrece mayores expectativas de vida. El objetivo de la radioterapia es aplicar una dosis controlada de radiación muy intensa a una determinada zona que es definida por el tamaño del tumor, con el fin de destruir o detener el crecimiento de células cancerígenas sin causar graves daños al tejido sano. La radioterapia externa es la forma más común para el tratamiento del cáncer.

El uso de los rayos X no sólo se queda en el campo de la medicina, también en el estudio de ciertos materiales como los cristales. La ciencia que los estudia se llama cristalografía, el uso de los rayos X en esta disciplina es fundamental porque permite conocer la estructura de los cristales, la importancia de esta investigación radica en que se pueden conocer y aplicar las propiedades de ciertos cristales.

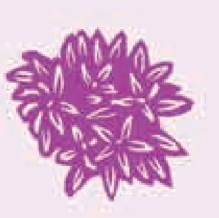
Otra área en la que han sido fundamental el uso de los rayos X es en la astronomía. Los astrónomos usan rayos X de una manera muy




diferente a la de los doctores. Los astrónomos miran directamente la fuente de los rayos X y crean imágenes del objeto que emite los rayos. Por ejemplo, el Observatorio de Rayos X llamado Chandra, emitió una "radiografía" de la Supernova 1987A que muestra una gran nube de gas caliente producido por la explosión de la supernova. Así es que el uso de los rayos X en la astronomía han sido de suma importancia porque han dado información a los científicos para saber más sobre el universo, además es muy difícil experimentar en lugar de los hechos porque viajar al espacio no es tan sencillo, así es que el uso de herramientas que se pueden controlar desde la Tierra es fundamental.

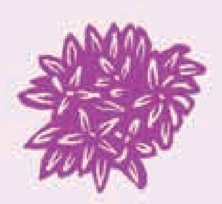
Otro ejemplo, es el Telescopio de rayos X de menor intensidad y que se encuentra a bordo del satélite Yohkoh fue diseñado para estudiar la corona, que es, la parte más caliente de la atmósfera del Sol. Como la corona es tan caliente, aproximadamente tiene 2 millones de grados centígrados, ¡imagínate! así es que es mejor estudiarla detectando los rayos X que emite. También en la industria se usan los rayos X para detectar algún defecto de fabricación.

Seguramente, Wilhem Roentgen, ese inquiero muchacho prusiano, nunca imaginó que su curiosidad y perseverancia iban a cambiar al mundo; pero afortunadamente su trabajo fue reconocido en vida con el Premio Nobel de física que ganó en 1901 por su descubrimiento de los rayos X.



## La amiga de Frida Kahlo

Elena Poniatowska



Es fácil jugar solo. Sólo hay que pensar tantito. La niña Frida no podía salir de su recámara porque tuvo polio. La poliomelitis es un virus terrible porque destruye las células nerviosas que controlan los músculos y por lo tanto los brazos y las piernas se debilitan y pierden capacidad de caminar y de bracear y se adelgazan por falta de uso hasta paralizarse. En ésa época, NO había vacunas contra el virus de la poliomelitis pero desde 1988, dos médicos, el doctor Salk primero y seis años después el doctor Sabin, descubrieron una vacuna oral que prácticamente acabó con ella. En 1918, setenta años antes del descubrimiento de los médicos, a la niña Frida la cuidaban en su casa sin saber ni cómo. Su madre parecía una campanita de barro de Oaxaca, no sabía ni leer ni escribir, sólo sabía contar el dinero para que no la engañaran en el mercado. "Lávale la pierna a la niña", le decía a Matilde, la hermana mayor. Casi todos los días, Matilde u otra hermana le frotaban su piernita derecha —la más flaquita— con agua de nogal.

El nogal es un árbol fuerte de tronco arrugado que en México da más de diecinueve mil toneladas de nueces. Después del baño de su pierna, Frida se dirigía hacia la ventana y desde allí veía el trajín de la calle de Londres en el barrio de Coyoacán, en la ciudad de México. Pasaba el cilindrero que hacía girar la manivela y "Sobre las olas" hacía olas en el aire, y a veces en la noche llegaba el camotero empujando una pequeña locomotora y ella le pedía a Matilde, su hermana, que le comprara un camote. Un violinista en la esquina le recordaba a su papá que también tocaba el violín.

En la calle suceden muchas cosas que lo entretienen a uno: señoras que van a misa, el abonero que carga sobre una percha enaguas de percal y suéteres de cocolitos y toca de puerta en puerta, el panadero que lleva sobre su cabeza en una enorme canasta redonda el pan de cada día, el afilador de cuchillos que le saca chispas al filo de la navaja sobre una piedra redonda que gira y gira como la tierra alrededor del sol. Frida se acomodaba al lado de la ventana para ver pasar la vida y se preguntaba cómo sería la suya cuando fuera grande.

Desde su recámara, aguzando el oído, podía escuchar todo lo que sucedía en la casa, hasta cómo ponía la cocinera la olla sobre la estufa, el ruido de los vasos y las cucharas en el fregadero, el cuchillo cebollero pique y pique sobre la tablita.



Cuando no sucedía nada en la calle, cuando ningún barrendero hacía oír su escoba de varas, Frida miraba desde su recámara hacia el jardín interior y allí, sobre el cristal de la ventana, con el vaho de su boca hacía un círculo y a través de él escapaba del encierro y salía a jugar con una niña que nadie podía ver, sólo ella. A esa niña, invisible para los demás, le contaba todo lo que sentía pero también su amiga —llamada Paloma— compartía con ella sus secretos y su sonrisa era eléctrica como lo eran sus palabras. "A ti no te va a derrotar ninguna cochina enfermedad. Yo te voy a querer toda la vida."

Tener a alguien que te quiera toda la vida es una gran satisfacción. También lo es cuidar de los demás porque así uno se preocupa menos de sí mismo. Frida Kahlo tuvo a su venado "Granizo", a sus changos, a sus pericos, sus perros pelones xoloescuintles, a sus amigos y amigas y



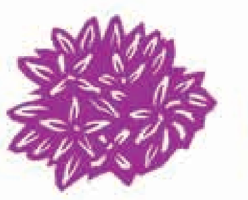
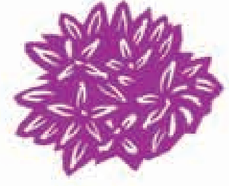


a veces a Diego Rivera que fue su sapo, su universo, la máxima revelación de su vida.

En el jardín de la Casa Azul de Coyoacán, entre los árboles se hacía un clarito por el que se colaba el sol durante unas horas. Primero a Frida, ese sol la sorprendió. Nunca lo había visto tan bien como ahora que tenía tiempo para pensar. Las hojas del árbol todavía en la sombra eran de un color y cuando les daba el sol se veían más verdes, más luminosas. Y en los muros, las ramas hacían figuras que danzaban los brazos en alto y a veces la abrazaban. “¿Por qué pasará eso?”, se preguntaba Frida. El hambre, el amor y la curiosidad son los grandes motores de la vida y Frida siempre fue curiosa. “¡Qué niña tan preguntona!”, le decían su madre y sus hermanas. En cambio su padre Guillermo que caminaba bonito por los corredores le compró tubos de colores y varias telas para que pintara todo lo que se le ocurría. Cuando algo le dolía, su amiga Paloma le sugería: “Pinta unas enormes sandías, pinta unos melones, pinta un mamey, pinta una piña, ponlos en una batea y luego échate a andar con ella en la cabeza.” Lo mismo sucedía cuando perdía la esperanza. “Escribe todo lo que sientes en tu diario, desahógate, te vas a vaciar de tu tristeza.”

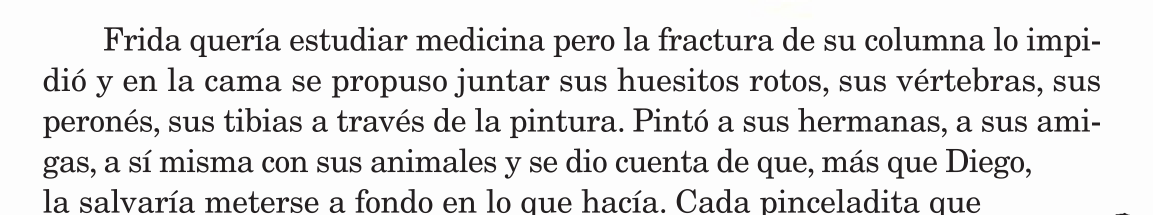
Tres años después de haber entrado a la Preparatoria y de tener a Alejandro Gómez Arias de novio, el 17 de septiembre de 1925, un tranvía embistió el camión en el que viajaban. Entonces la poliomelitis que la hacía esconder su pierna derecha detrás de la izquierda cada vez que le sacaban una foto pasó a segundo lugar porque el terrible accidente la dejó muy malherida. Paloma, su amiga imaginaria nunca la abandonó, Frida la había elegido bien, se sentaba al lado de su cama y le decía que no se apurara, que toda la gente hace un montón de movimientos inútiles, que ella tenía alas para volar y que ella, Paloma, la sacaría de la cama para echarla al viento.

Prendida de sus labios, Frida la escuchaba ávida mientras que Paloma le aseguraba: “Tú eres una mujer fuerte. Tú aguantas un piano.”







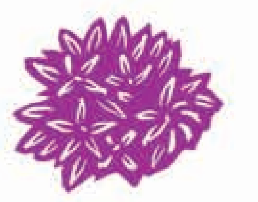
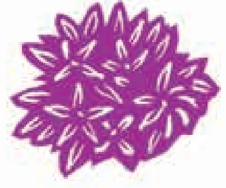
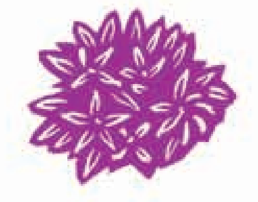
Frida quería estudiar medicina pero la fractura de su columna lo impidió y en la cama se propuso juntar sus huesitos rotos, sus vértebras, sus peronés, sus tibias a través de la pintura. Pintó a sus hermanas, a sus amigas, a sí misma con sus animales y se dio cuenta de que, más que Diego, la salvaría meterse a fondo en lo que hacía. Cada pinceladita que hacía con mucho cuidado, exactita, pensando en no salirse de la raya exigía su concentración. Y al concentrarse olvidaba su dolor para levantar su propia vida de opositora a la muerte, de disidente, de inconforme, de contestataria. Paloma la alentaba: "Ándale, van a aumentar todas tus fuerzas" y Frida se enojaba: "¿Cómo? ¿Con la columna rota?" "No, con las de tu espíritu." "Si no estuvieras 'clavada de claveles' en la cama no pintarías como lo haces. Me lo dijo el poeta Carlos Pellicer."



"Hoy es el 13 de julio de 1953 y te voy a llevar conmigo", le avisó Paloma una mañana y se asomó por la ventana para ver las condiciones del cielo. "¡Qué bueno, hace algo de viento, vamos a poder elevarnos con facilidad. Primero, voy a ponerme yo las alas y luego te las pongo a ti, como ordenan en Aeroméxico. Tú te paras en el quicio de la ventana y yo te doy la mano y las dos nos lanzamos!"

Frida moqueaba. Su llanto era tan fuerte como ella. Escondía su boca con sus dedos cubiertos de anillos.

—No llores, ya nos vamos, todas tus vértebras van a regresar a tu columna, la pierna que te corta-




ron también, te van a crecer flores en la cabeza, los fetos que perdiste van a volverse hijos de carne y hueso y cuando sean grandes te darán el brazo y tus hijas trenzarán tu cabello con lanas de colores. Millones y millones de estrellas van a acompañarte. Déjate llevar, relájate, agarra la onda, es otra dimensión, vas a salir del tiempo.

Los habitantes de Coyoacán todavía recuerdan como vieron a dos mujeres tomadas de la mano pasar por encima de la calle de Francisco Sosa y las casas del Indio Fernández, Dolores del Río, Guillermo Haro, Salvador Novo y la cantante Elvira Ríos, la mansión colonial de naranjos centenarios y muros ocres en la que murió Octavio Paz.

Tres globeros las observaron sobrevolar despacito la torre de catedral y el Jardín Hidalgo, rodear su kiosco de aleteos, pedirles a los dos coyotes de bronce que se fueran con ellas, alcanzar al Señor de las Misericordias y finalmente desaparecer detrás de una nube tan protuberante y acogedora como la inmensa barriga del pintor y cuentero Diego Rivera.

**FIN**

# Para comentar la lectura

De la experiencia de la lectura brotan nuevas inquietudes, ideas e interés por temas distintos. Su propósito es abrir una puerta al conocimiento, pero también ser un espacio de entretenimiento, disfrute y convivencia.

Así, una vez que compartieron las lecturas, reconocieron personajes, historias y objetos, y quizá se detuvieron especialmente en un detalle que captó su atención, a continuación les sugerimos algunas preguntas que serán útiles para continuar los comentarios sobre las lecturas. Estas preguntas y muchas otras, tantas como su imaginación proponga, les permitirán dialogar, enriquecer su lectura, atender a otros temas que tal vez en un principio pasaron desapercibidos y reafirmar aquellos que les eran familiares.

| | |
|---|---|
| ***Niño de hoy y joven de mañana*** (p. 10)<br>Estela Maldonado Chávez | • ¿Cómo imaginas que serás cuando crezcas?<br>• ¿A qué se refiere la autora cuando afirma "la vida no se vive con prisas sino con esmero"? |
| ***¡Nutrias mexicanas!*** (p. 12)<br>Óscar Osorio Beristain | • ¿Por qué las nutrias son nocturnas?<br>• ¿Qué importancia tienen las nutrias para los ecosistemas?<br>• ¿Por qué es necesario evitar la contaminación de mantos acuíferos? |
| ***Todos los que quieres ser*** (p. 14)<br>Cristina Rivera-Garza | • ¿Cómo imaginas que sería intercambiar la personalidad con algún integrante de tu familia?<br>• ¿Por qué no le gustó a la protagonista vivir la vida de su hermano? |
| ***Calavera computarizada*** (p. 19)<br>Francisco Hernández | • ¿Qué otras características le añadirías a la calavera computarizada?<br>• ¿Por qué la imagen de la muerte va cambiando según la época?<br>• ¿Puede algo que no se ve calificarse de hermoso? |
| ***La máquina del tiempo*** (p. 20)<br>Rosa Beltrán | • ¿Qué te gustaría recuperar si existiera la máquina de cosas perdidos?<br>• ¿Por qué la máquina a la larga no funcionó?<br>• ¿Por qué el pueblo decidió destruir la máquina? |
| ***La pluma del tecolote*** (p. 25)<br>Sergio M. Tenorio Sil | • ¿Cuáles fábulas conoces?<br>• ¿Cómo continuarías el texto que inició el tecolote? |
| ***¡Yo voy a ganar!*** (p. 26)<br>Martha Judith Oros Luengo | • ¿Por qué le apodaban el Tibio al nadador Felipe Muñoz?<br>• ¿Por qué Felipe Muñoz ganó la medalla de oro en la competencia olímpica?<br>• ¿Qué consideras que se necesita para ser un campeón olímpico? |
| ***Consuelo y la muñeca de cera*** (p. 30)<br>Beatriz Espejo | • ¿Por qué le gustaba a Consuelo viajar a Puebla?<br>• ¿Qué era lo que más le gustaba a Consuelo del mercado de Puebla? ¿Por qué?<br>• ¿Qué le pasó a la muñeca de Consuelo cuando regresó a su casa? ¿Cómo lo arregló? |
| ***Fernando aprende a medir*** (p. 35)<br>Amaranta Leyva | • ¿Cómo midió Sofía a Fernando?<br>• ¿Por qué Sofía tuvo que explicar lo que era una regla"?<br>• ¿Cómo son los disfraces de Fernando y Lucas? |
| ***El Día del Poeta*** (p. 42)<br>Carmina Narro | • ¿De dónde provenía la belleza que percibía el narrador?<br>• ¿Qué había dentro del narrador que lo hacía único?<br>• ¿Cómo se puede ir de un lugar a otro sin moverse de lugar? |
| ***Madrigal*** (p. 45)<br>Gutierre de Cetina | • ¿Por qué es mejor recibir una mirada airada que no ser mirado?<br>• ¿Cuándo son bellos los ojos que miran? |
| ***Los caballeros bondojitos*** (p. 46)<br>Carmen Boullosa | • ¿Qué significa para ti ser un caballero?<br>• ¿Cómo son tus sueños?<br>• ¿Por qué los llaman los caballeros bondojitos? |
| ***El club de robótica*** (p. 52)<br>Aurora Consuelo Hernández Hernández | • ¿Qué actividades se desarrollan en el Club de Robótica del Instituto Politécnico Nacional?<br>• Además de estudiar, ¿qué otra característica debe tener un inventor?<br>• ¿Qué te gustaría inventar cuando seas grande? |
| ***Adivinanza*** (p. 57)<br>Óscar Osorio Beristain | • ¿Cómo te imaginas a las cactáceas?<br>• ¿Dónde puedes conseguir una cactácea?<br>• ¿Qué alimento conoces que se prepare con cactáceas? |

| | |
|---|---|
| *Noé y el diluvio* (p. 58)<br>Luis Mario Moncada | • ¿Por qué Noé quería que lloviera muy fuerte?<br>• ¿Qué vieron Noé y su familia al día siguiente de la lluvia?<br>• ¿Qué le pasó a la escuela de Noé después de la lluvia torrencial? |
| *La mujer de bronce* (p. 64)<br>Karolina Grissel Lara Ramírez | • ¿Qué en enseñanza le dejaron a Iridia Salazar las derrotas?<br>• ¿Qué hizo Iridia Salazar para alcanzar su sueño? |
| *Los ladrones de agua* (p. 66)<br>José Agustín Escamilla Viveros | • ¿Qué pasó mientras Juan estuvo en coma?<br>• ¿Cuánto se puede perder si no cuidamos el agua?<br>• ¿Qué podemos hacer para evitar que el agua se acabe? |
| *El pasillo de las puertas cerradas* (p. 70)<br>Laura Martínez Belli | • ¿Qué significa teletransportarse?<br>• ¿Has vivido alguna aventura que te gustaría compartir?, ¿de qué trató?<br>• ¿Si pudieras teletransportarte, adónde irías? |
| *Cien cumpleaños* (p. 76)<br>Antonio Domínguez Hidalgo | • ¿Qué relación familiar tiene el que relata la historia con el señor que cumplió cien años?<br>• ¿Cómo era la alimentación del tatarabuelo cuando era joven?<br>• ¿Por qué el tatarabuelo desapareció cuando la familia se refugió de la lluvia? |
| *El juego de la vida* (p. 80)<br>Víctor Manuel Banda Monroy | • ¿Por qué piensas que cada integrante de la familia quería ver siempre la televisión en un canal distinto?<br>• ¿Por qué resultó más divertido para la familia convivir durante el apagón?<br>• ¿Qué consideras que aprendió la familia cuando descubrió que podían compartir el tiempo haciendo algo que a todos les gustaba? |
| *Silvio y la importancia de jugar, aunque no se gane* (p. 84)<br>Pedro Ángel Palou García | • ¿Por qué Silvio se sentía como si fuese invisible?<br>• ¿Qué cosas extrañas sucedieron?<br>• ¿Para ti qué significa la afirmación: “la importancia de jugar, aunque no se gane”? |
| *1985* (p. 90)<br>Elizabeth Rojas Samperio | • ¿Qué cosas tendrías que hacer en caso de un sismo?<br>• ¿Para qué le sirvió a la abuela de Raúl tener un radio con pilas?<br>• ¿Qué tipo de cosas debes donar para ayudar a damnificados? |
| *Flota, Demetria, flota* (p. 94)<br>Laura Martínez Belli | • ¿Cuál era el poder que poseía Arturo?<br>• ¿Por qué los papás de Arturo temían que alguien descubriera su don?<br>• ¿Por qué en la casa de Arturo todos los muebles estaban atornillados? |
| *El misterioso espejo* (p. 100)<br>Montserrat Sifuentes Mar | • ¿Cuál es tu juego favorito?<br>• ¿Cuáles labores realizas en casa?<br>• ¿Cómo distribuyen en tu casa las labores? |
| *El secreto de Lucero* (p. 104)<br>Ana Hilda Sánchez Díaz | • ¿Qué sintió la mamá de Lucero cuando ella le contó su secreto?<br>• ¿Por qué cambian los sentimientos de los niños cuando llegan a la pubertad? |
| *Una amistad virtual* (p. 108)<br>Laura Martínez Belli | • ¿Con quién hizo Alonso amistad virtual?<br>• ¿Cómo te imaginas el entorno virtual de la computadora?<br>• ¿Por qué le pidió Dorita a Alonso que la llevara con él al mundo real? |
| *Observaciones sin astrónomos* (p. 114)<br>Susana Biro | • ¿A qué se dedican los astrónomos?<br>• ¿En qué consiste la robotización de un telescopio?<br>• ¿Qué son los destellos? |
| *El día de campo* (p. 122)<br>Elsa Cross | • ¿Qué hizo la familia en el día de campo?<br>• ¿Por qué las niñas estuvieron en peligro?<br>• ¿Qué cosas positivas se narran en la historia? |
| *Las bicicletas* (p. 128)<br>Procuraduría Federal del Consumidor | • ¿Por qué no es bueno comer comida chatarra y refrescos?<br>• ¿Qué debes considerar para que la publicidad no te convenza de comprar cosas que no necesitas?<br>• ¿Qué hace Consumán para ayudar a los niños? |
| *Prohibido bailar* (p. 132)<br>Jaime Alfonso Sandoval | • ¿Cuál prohibición absurda conoces?<br>• ¿Por qué podría considerarse absurda?<br>• ¿Qué ventajas y desventajas tiene la libertad? |

| | |
|---|---|
| ***El amanecer de Andrés*** (p. 138)<br>Carmina Narro | • ¿Cómo se sentía Andrés por haber robado la linterna?<br>• ¿Por qué le platicó Andrés a su papá que había robado la linterna?<br>• ¿Qué puede pasar cuando alguien roba algo? |
| ***Olores dulces*** (p. 148)<br>Enrique Lepe García | • ¿Qué importancia tienen los olores en la narración?<br>• ¿Cómo se sentía el protagonista con su trabajo en la panadería?<br>• ¿Has disfrutado un olor tanto como el protagonista? ¿Cuándo? |
| ***El cucú y la tsetsé*** (p. 151)<br>Ignacio Padilla | • ¿Quién es el cucú?<br>• ¿Cómo es la mosca tsetsé y cómo llegó a la torre?<br>• ¿Qué pasó en la torre entre la mosca tsetsé y el cucú? |
| ***Pequeñas jeringas voladoras***<br>(p. 157)<br>María Emilia Beyer Ruiz | • ¿A ti te han culpado por una travesura que no hiciste?, ¿cómo fue?<br>• ¿Quiénes son las jeringas voladoras?<br>• ¿Qué medidas podemos tomar para no contagiarnos de dengue? |
| ***El descubrimiento de los rayos misteriosos*** (p. 162)<br>Mónica Genis Chimal | • ¿Cómo se descubrieron los rayos X?<br>• ¿Cuál ha sido la utilidad de este descubrimiento?<br>• ¿Cómo funcionan los rayos X? |
| ***La amiga de Frida Kahlo*** (p. 168)<br>Elena Poniatowska | • ¿Qué cosas le gustaba hacer a Frida para pasar sus días ?<br>• ¿Qué pinturas de Frida Kahlo has visto?<br>• Visita la casa museo de Frida Kahlo en www.museofridakahlo.org.mx. |

# Acerca de los autores

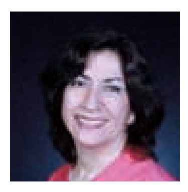
Cada uno de los autores de tu *Libro de lecturas* ha puesto su imaginación y talento para que logres entrar a esos anhelados mundos de aventura, diversión y fantasía. Gracias a los textos que escribieron pensando en ti, podrás conservar, ampliar o alimentar tu gusto por la lectura. ¡Te invitamos a conocerlos!

**Amaranta Leyva.** Nació en Cuernavaca, Morelos, en 1973. Es titiritera y dramaturga. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas, en la UNAM, y el máster en Literatura Infantil por la Universidad de Barcelona (2009-2011). Ha sido miembro de la compañía "Marionetas de la esquina", desde 1989. De su trabajo destaca: *Dibújame una vaca* (presentado en el Kenedy Center in Washington DC), *Mía y El Vestido*, texto con el cual obtuvo el Premio Nacional de Literatura en la categoría de teatro para niños.

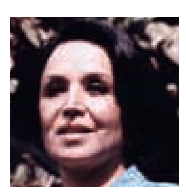
**Ana Hilda Sánchez Díaz.** Nació en la Ciudad de México. Es psicóloga educativa por la Universidad Pedagógica Nacional. Durante 15 años fue docente en secundaria, actividad que alternó con la psicoterapia para adolescentes. Actualmente se desempeña como jefa de departamento en la Dirección General de Materiales Educativos, donde participa como revisora técnico-pedagógica de los Libros de Texto Gratuitos para la educación primaria y secundaria de la asignatura de Formación Cívica y Ética.

**Antonio Domínguez Hidalgo.** Profesor de educación primaria, maestro en Lengua y Literatura Españolas, doctor en Pedagogía, diplomado en Lenguaje y Literatura, especializado en lingüística y semiótica. Nació en la Ciudad de México en 1944. Sus estudios los hizo en la Benemérita Escuela Nacional de Maestros, en la Escuela Normal Superior de México y en el extranjero. Ha escrito hasta la fecha más de 190 libros. Es catedrático de la Escuela Normal Superior de México desde 1967. Con ese carácter participa como asesor en la DGME en la revisión de los libros de texto gratuitos de Español para la educación primaria.





**Aurora Consuelo Hernández Hernández.** Catedrática formadora de docentes por la Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños. Se ha desempeñado como jefa del departamento de Calidad de la Educación (INEA), investigadora científica, en la Dirección General Adjunta de Contenidos y Métodos Educativos, coautora de *Mi cuaderno de trabajo*, nivel preescolar (SEP, 1982), coautora del *Libro para el maestro*, 2º grado de educación primaria (1981), coautora de los libros de texto de los seis grados de Español, primaria, 2010.



**Beatriz Espejo.** Originaria de Veracruz, es maestra y doctora en Letras Hispánicas por la UNAM. Fundó y dirigió la revista *El rehilete* (1961-1971). Ha sido conferencista en diversas ciudades del país y del extranjero. Su primera colección de textos breves *La otra hermana* (1958) apareció como el número uno de los ya célebres Cuadernos del Unicornio que editaba Juan José Arreola. Posteriormente escribió *Biografía de Leonardo Da Vinci* (1967), por encargo de José Revueltas. Es investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas y maestra de posgrado y licenciatura en la UNAM. Recibió el Premio Universidad Nacional en el rubro de Excelencia Artística y Difusión de la Cultura (2008), la Medalla Bellas Artes (2009), la Medalla Jaime Sabines (2011).

**Carmen Boullosa.** Escritora, originaria de la Ciudad de México. Ha sido profesora visitante de la Universidad de Georgetown, de Columbia University, Cátedra Andrés Bello en NYU, Cátedra Alfonso Reyes de la Sorbona, y parte del cuerpo académico de City College, en CUNY. Entre sus textos dramáticos se encuentran: *Vacío* (1979), *Trece señoritas* (1983) y Cocinar hombres (1984). También ha publicado poesía: *La salvaja* (1989), *La delirios (2000)* y *Salto de mantarraya (2002).* Asimismo, ha escrito novela: *Antes* (1989), *Son vacas, somos puercos* (1991), *Duerme* (1994), *La otra mano de Lepanto* (2005) y *El complot de los románticos* (2008), entre otras. En 1989 recibió el Premio Xavier Villaurrutia, y en 2008 el Premio de Novela Café Gijón.

**Carmina Narro.** Dramaturga, directora de escena, cuentista y guionista. Nació en Sinaloa, México. Egresada del Núcleo de Estudios Teatrales (NET) con Héctor Mendoza. Estudió dramaturgia en el taller de Hugo Argüelles y análisis teatral con Vicente Leñero; dirección de escena con Juan José Gurrola, de quien fue asistente de dirección. A los 22 años escribió y dirigió su primera obra: *Recuerdos de Bruces*, con la que ganó el premio Salvador Novo de la UCCT, en 1992. Obtuvo el premio Bravo a la mejor comedia del año, en 1996, por su obra *Credencial de escritor.* En 2005, estrenó en Nueva York el libreto de su ópera *Loveless (La ópera del desamor)* con música de Jorge Sosa, y su obra *Round de sombras* con actores del Actors Studio y músicos del Mannes College of Music de la New School University.

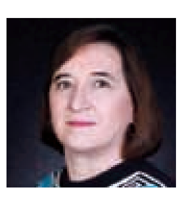


**Cristina Rivera-Garza.** Narradora, poeta e historiadora nacida en Matamoros, Tamaulipas. Estudió Sociología en la UNAM y se doctoró en Historia Latinoamericana por la Universidad de Houston. Sus investigaciones de corte histórico sobre las definiciones populares de la

locura y la historia de la psiquiatría en México a inicios del Siglo XX han aparecido en las revistas: *Hispanic American Historical Review* y *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*. Actualmente, es profesora de Escritura Creativa en el Departamento de Literatura de la Universidad de California en San Diego y pertenece al Sistema Nacional de Creadores Artísticos desde 2007.



**Elena Poniatowska.** Periodista y narradora, nacida en París, Francia, el 19 de mayo de 1933. Radica en México desde 1942. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores, de 1957 a 1958; ingresó al Sistema Nacional de Creadores Artísticos, como creador emérito, en 1994. Su carrera se inició en el ejercicio del periodismo y ha publicado una obra muy amplia que incluye varios géneros. Entre sus textos destacan: las novelas *Hasta no verte, Jesús mío* (1969), *Querido Diego, te abraza Quiela* (1978), *La flor de Lis* (1988), *Tinísima* (1992) y *La piel del cielo* (2001); los ensayos: *Todo empezó el domingo* (1963), *La noche de Tlaltelolco* (1971), *Gaby Brimmer* (testimonio, 1979), *Fuerte es el silencio* (1980), *El último guajolote* (1982), *¡Ay vida, no me mereces!* (1985), *Nada, nadie. Las voces del temblor* (1988), *Juchitán de las mujeres* (testimonio, 1989); las colecciones de cuentos: *Lilus Kikus* (1954), *De noche vienes* (1979), *Métase mi prieta entre el durmiente y el silbatazo* (1982) y los libros de entrevistas: *Palabras cruzadas* (1961), *Domingo 7* (1982), *Todo México* (1990) y *Todo México,* vol. II (1994). Fue la primera mujer que recibió el Premio Nacional de Periodismo en 1978. Entre los premios más recientes que ha recibido se encuentran: Premio Alfaguara de Novela 2001, por *La piel del cielo*; Premio Rómulo Gallegos, por *El tren pasa primero* (2007); y el Biblioteca Breve-Seix Barral por *Leonora* (2011).



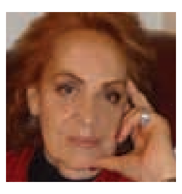
**Elizabeth Rojas Samperio.** Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM; maestra en Pedagogía por la UPN, y doctora en Filosofía con especialidad en psicología por Atlantic International University (AIU). Cuenta con 40 años de experiencia docente en secundaria, bachillerato, superior y posgrado en diversas instituciones. Asimismo, ha realizado acciones de formación de maestros. También cuenta con publicaciones en el área del lenguaje. Actualmente, participa como coautora de los libros de texto de Español para educación primaria en la DGME.



**Elsa Cross.** Poeta mexicana nacida en 1946. Tiene maestría y doctorado en Filosofía por la UNAM, donde es profesora titular de Filosofía de la religión, además es miembro del Sistema Nacional de Creadores. Ha publicado veintidós libros de poemas. Los más recientes son: El vino de las cosas (2005), Bomarzo (2009) y Nadir (2010). También es autora de los libros para niños El himno de las ranas (1992 ) y Tía Chita y Jerónimo (2006). Entre los premios que ha recibido se encuentran: Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1989), Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (1992), Premio Xavier Villaurrutia (2007) y Premio Roger Caillois para autores latinoamericanos (París, 2010).



**Enrique Lepe García**. Originario de Colima, México. Estudió en la Normal de Maestros de Ciudad Guzmán, Jalisco. Es licenciado en Educación Media con especialidad en Lengua y Literatura Españolas, y cursó la maestría en Investigación Educativa en la Universidad de Colima. Ha trabajado como profesor de educación primaria y maestro de español en educación secundaria de 1986 a 2001. De 1996 a la fecha ha impartido cursos y talleres de actualización a maestros de educación básica en el ámbito de la enseñanza del español, temas especializados en el lenguaje y en la formación de lectores



**Estela Maldonado Chávez.** Nació en la Ciudad de México, en 1933. Egresada de la Escuela Normal de Maestros en 1951. Es miembro fundadora, en 1968, del Sistema Nacional de Enseñanza Secundaria por Televisión, ahora Telesecundaria. Profesora de Español y de Enseñanza Secundaria por Televisión. Se ha desempeñado como profesora en el Instituto Politécnico Nacional y, durante veinte años, como directora general en el Colegio Israelita "Beth Yaacov". Escribe poesía infantil y colabora actualmente en la DGME como revisora técnico pedagógica de los libros de texto.

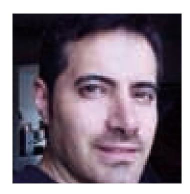


**Francisco Hernández.** Poeta mexicano nacido en San Andrés Tuxtla, Veracruz, en 1946. Es una de las voces representativas de la nueva poesía mexicana. Su poesía es muy versátil y maneja con igual vigor los temas sensuales, el humor negro y la añoranza. En 1982 obtuvo el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes, en 1993 el Premio Carlos Pellicer por su obra publicada y en 1994 el Premio Xavier Villaurrutia. Actualmente es becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA. Foto: Sofía Hernández

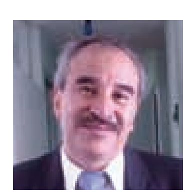


**Ignacio Padilla.** Narrador, dramaturgo, diplomático y ensayista. Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana, maestro en Letras Inglesas por la Universidad de Edimburgo y doctor en Filología Española por la Universidad de Salamanca. Su obra para niños incluye *Las tormentas del mar embotellado* (Premio Juan de la Cabada 1994), *Los papeles del dragón típico, Por un tornillo* y *Todos los osos*

*son zurdos*. En 2008 obtuvo el Premio Nacional de Obra de Teatro para Niños, por *La maquinota*. Actualmente es profesor en la Universidad Iberoamericana, e investiga temas como animismo, semiótica, escatología, entre otros.



**Jaime Alfonso Sandoval.** Nació en la ciudad de San Luis Potosí, México, el 31 agosto de 1972. Es guionista de televisión y se ha especializado en literatura infantil y juvenil. Ha ganado diversos premios y reconocimientos por su obra, tanto en México como en el extranjero. Entre sus obras se encuentran: *Agencia de detectives escolares* (2010), *Murmullos bajo mi cama* (2009). Obtuvo en 2001 el Premio Nacional de Literatura Infantil, Castillo de la Lectura, Serie Roja, Ediciones Castillo, con la obra *Confidencias de un superhéroe*.



**José Agustín Escamilla Viveros.** Nació en la Ciudad de México, en 1960. Cursó la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1990 comenzó a trabajar en el ámbito editorial cuando ingresó como corrector de estilo y ortotipográfico en el *Semanario Punto.* También trabajó en Limusa, Pearson Educación de México, entre otras editoriales. Desde 1996 trabaja como editor en la DGME de la Secretaría de Educación Pública.

**Gutierre de Cetina (1520-1557)** Poeta español considerado una de las figuras más significativas de su época.

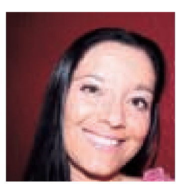


**Karolina Grissel Lara Ramírez.** Egresada de la licenciatura en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha impartido clases a nivel preescolar y ha participado en la elaboración de guías articuladoras de apoyo a la docencia, así como en la revisión técnico-pedagógica del libro *Prevención de la violencia y perspectiva de género para preescolar y primaria*, editados por la SEP y el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM. Actualmente colabora en la evaluación de materiales educativos para primaria y secundaria.

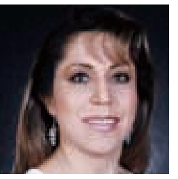
**Laura Martínez Belli.** Originaria de España. Estudió Ciencias de la Información e Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid, y en 1995 se trasladó a México donde continuó sus estudios en la Universidad Iberoamericana. En 1998, regresó a España y colaboró en instituciones dedicadas a la protección del patrimonio artístico, hasta que en 2004 retornó a México, donde estableció su residencia. En 2007 publicó su primera novela titulada *Por si no te vuelvo a ver*, a la que le siguió *El ladrón de cálices* que se convirtió en un éxito de ventas.



**Luis Mario Moncada Gil.** Actor, escritor dramático, investigador y docente originario de Hermosillo, Sonora. Egresado con mención honorífica de la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro de la UNAM. Como actor ha participado en *Los negros pájaros del adiós* (1999), *Hans Quehans, las opiniones de un payaso* (2000) y más recientemente *Mamut o la prehistoria del sexo* (2009). Ha sido titular del Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli" (Citru), de la Dirección de Teatro y Danza de la UNAM; coordinador del Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y durante siete años fue director del Centro Cultural Helénico.

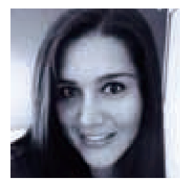


**María Emilia Beyer**. Es bióloga de profesión, dedicada a la divulgación de la ciencia, a través de diversos medios. Ha coordinado y asesorado exposiciones itinerantes en el Museo de Historia Natural de la Ciudad de México y el Museo Universum de la UNAM. En 1998, cursó el Diplomado de Divulgación de la Ciencia en la UNAM, y actualmente trabaja como Coordinadora Académica de ese mismo diplomado. Escribió un libro de divulgación acerca del genoma humano.



**Martha Judith Oros Luengo.** Profesora normalista egresada de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros, con más de 27 años de servicio frente a grupo en escuelas de gobierno y particulares. Psicóloga educativa egresada de la UPN. Tiene a su cargo el diseño, aplicación y evaluación del Programa interinstitucional para combatir el rezago educativo en Educación Básica para Sedena en el Estado Mayor Presidencial y el Cuerpo de Guardias Presidenciales. Asimismo, participa como asesora educativa y coautora de materiales educativos de Español para la Dirección General de Materiales Educativos.

**Mónica Genis Chimal.** Nació en la ciudad de México el 10 de enero de 1978. Estudió en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM la licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Su interés se enfoca en la comunicación de la ciencia. Trabajó en la revista *Ciencia y Desarrollo,* una publicación del Conacyt. Actualmente es responsable de los contenidos digitales de la revista de divulgación para jóvenes *¿Cómo ves?,* editada por la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM.



**Montserrat Sifuentes Mar.** Estudió la licenciatura en Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México; ha participado en la revisión técnico pedagógica de los libros *Prevención de la violencia y perspectiva de género educación preescolar y primaria*, editados por la SEP y el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM. Actualmente estudia la maestría en Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



**Óscar Osorio Beristain.** Biólogo por la Universidad Nacional Autónoma de México, colaboró en la revista de investigación científica *Acta botánica mexicana*, y es coautor del capítulo titulado "Desiertos" de la obra *México al natural*. Actualmente participa como revisor técnico-pedagógico en el área de Ciencias de primaria y telesecundaria. Así mismo, se desempeña como docente de los Centros de Educación Extraescolar (Cedex).



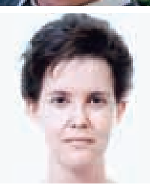
**Pedro Ángel Palou García.** Escritor mexicano nacido en la ciudad de Puebla. Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, maestro en Ciencias del Lenguaje por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, doctor en Ciencias Sociales por El Colegió de Michoacán. Es autor de novelas, ensayos literarios, crónicas históricas, y se le reconoce como miembro de la generación del *crack*, junto con Ignacio Padilla y Jorge Volpi. Algunos de sus libros son: *Con la muerte en los puños*, *Quien dice sombra*, *Zapata* (2006), *Morelos: morir es nada* (2007), *Pobre patria mía*, *La profundidad de la piel* (2010).



**Rosa Beltrán.** Novelista, cuentista y ensayista originaria de la Ciudad de México. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM y el doctorado en Literatura Comparada en la Universidad de California. Actualmente es titular de la Dirección de Literatura de la UNAM. Entre su obra destacan: *La espera* (1986), *Optimistas* (2006) y *Amores que matan* (2008). En 1995 recibió el premio Planeta-Joaquín Mortiz de Novela por *La corte de los ilusos,* y en 2011 obtuvo el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz por la UNAM.



**Sergio M. Tenorio Sil.** Arquitecto egresado de la FES Acatlán UNAM. Ha cursado estudios de cuento y ensayo en la Casa del Lago. Actualmente realiza estudios de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



**Susana Biro.** Estudió la licenciatura en Física en la Facultad de Ciencias de la UNAM y el doctorado en Astronomía en la Universidad de Manchester en el Reino Unido. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Nivel I). Desde 1996 trabaja en la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM. Es autora de los libros: P*ara calcular el universo: las computadoras en la astronomía* (2004), *Caja de herramientas para hacer astronomía* (2004), *La mirada de Galileo* (2010) y *Al otro lado del telescopio* (SM, 2010).

**Víctor Manuel Banda Monroy.** Nació en la Ciudad de México, el 16 de junio de 1961. Estudió en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México, de 1989 a 1990. Cursó la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de 2003 a 2007 en la Universidad Nacional Autónoma de México. Se tituló con la tesis *Memoria crítica y crítica de la memoria en el discurso autobiográfico de Sergio Pitol*. En 2008 recibió la medalla Gabino Barreda por aprovechamiento académico. Actualmente estudia la maestría en Teoría Crítica en el Instituto de Estudios Críticos.

# Estándares nacionales de habilidad lectora

El desarrollo de la habilidad lectora es determinante para afinar las competencias en todas las áreas del conocimiento, tanto en la escuela como en otros ámbitos de la vida. Mediante la lectura se desarrollan las capacidades de observación, atención, concentración, análisis y pensamiento crítico. No menos importante es la cualidad de la lectura de ser un espacio para la diversión y para satisfacer la curiosidad sobre innumerables temas de interés.

Para que el acto de lectura ocurra a plenitud se requieren dos procesos: en un primer nivel, la decodificación de las palabras; en un segundo nivel, la comprensión del significado del texto. El lector deber ser capaz de entender y reflexionar sobre lo que lee.

En este sentido, la Secretaría de Educación Pública pone a disposición de quienes acompañan a los niños en el desarrollo de su habilidad lectora determinados estándares que establecen el número de palabras por minuto que se espera que los alumnos de educación básica puedan leer en voz alta al terminar el grado escolar que cursan. Tales estándares no pretenden forzar a los niños a alcanzar los valores máximos, sino darles seguimiento y parámetros de referencia que los respalde en el proceso de mejora constante.

| Nivel | Grado | Palabras leídas por minuto |
|---|---|---|
| Primaria | 1° | 35 a 59 |
| | 2° | 60 a 84 |
| | 3° | 85 a 99 |
| | 4° | 100 a 114 |
| | 5° | 115 a 124 |
| | 6° | 125 a 134 |
| Secundaria | 1° | 135 a 144 |
| | 2° | 145 a 154 |
| | 3° | 155 a 169 |

En el acompañamiento de los niños en el desarrollo de su habilidad lectora, usted puede jugar un papel muy importante. Éstas son algunas sugerencias:

1. Lea en voz alta los primeros cinco minutos, para que su lectura sirva de modelo (si usted no sabe leer, entonces es de gran utilidad que escuche al niño cuando él lea).
2. Invite al niño a que lea en voz alta los siguientes diez minutos.
3. Al finalizar la lectura, platique con él sobre lo que leyeron, acerca de sus reflexiones e inquietudes que les generó la lectura.
4. Revise con el niño las palabras que omitió o que se le dificultaron al momento de leerlas.

Conviene que por lo menos cada ocho días cuente las palabras que lee el niño en un minuto y lleve un registro para observar su avance.

# ¿Qué opinas de tu libro?

Tu opinión es importante para que podamos mejorar este *Libro de lecturas. Quinto grado*. Anota una palomita ( ✓ ) en el cuadro que corresponda a tu preferencia.

| | Mucho | Regular | Poco |
|---|---|---|---|
| Me gusta mi libro | ☐ | ☐ | ☐ |
| Entendí las lecturas | ☐ | ☐ | ☐ |
| Me gustan las imágenes que aparecen en el libro | ☐ | ☐ | ☐ |

Escribe los títulos de los tres textos que más te hayan gustado.

________________________________________

________________________________________

________________________________________

Escribe los títulos de los tres textos que no te hayan gustado.

________________________________________

________________________________________

________________________________________

¡Gracias por tu participación!




**SEP**

DIRECCIÓN GENERAL DE MATERIALES EDUCATIVOS
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos
Versalles 49, tercer piso, Col. Juárez,
Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06600,
México, D.F.


**Datos generales**

Entidad: ______________________________

Escuela: ______________________________

Turno: Matutino ☐ Vespertino ☐ Escuela de tiempo completo ☐

Nombre del alumno: ______________________________

Domicilio del alumno: ______________________________

Grado: ____________

# Referencias iconográficas

Para la publicación de este *Libro de lecturas. Quinto grado* de primaria, decidimos recurrir a la obra de litógrafos y grabadores para dar a conocer a las nuevas generaciones las técnicas utilizadas en este tipo de propuesta plástica. Las obras aquí publicadas están protegidas por las leyes de derechos de autor y su reproducción en este libro ha sido con fines educativos.


Busch, Wilhlem, *Sammlung mit Max und Moritz*, Brawn & Sdneider, Múnich.

*Catálogo ilustrado de ferretería*, México, sin datos.

*Consolidated Dental Manufacturing Company. Illustrated and Descriptive Catalogue*, Nueva York, Consolidated Dental Manufacturing Company, 1899.

*Enciclopedia Ilustrada Seguí. Diccionario Universal*, Barcelona, Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí, 3 tomos, 1943.

Estrin, Michael, *2,000 Designs. Forms and Ornaments*, Nueva York, WM Penn Publishing, 1947.

Figuier, Louis, *Le Savant du Foyer. Ou Notions Scientifiques Sur les Objects Usuels de la Vie*, París, Librairie de L. Hachette et Cie, 1864.

George, Ross F., *Arte de hacer carteles a pluma o pincel*, Pensilvania, Hunt Pen Company, 1952.

*Grabado de la primera imprenta en México,* 1534 (primera en el continente americano), © Other Images.

Guptill, Arthur L., *Drawing Whith Pen and Ink and a Word Concerning the Brush*, Nueva York, The Pencil Points Press, 1930.

*Handbook of Designs and Motif*, Nueva York, Tudor Publishing Company, 1950.

Harter, Jim, *Animal. 1914 Copyright-Free Illustrations*, Nueva York, Dover Publications, 1979.

Harter, Jim, *Hands. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1980.

Harter, Jim, *Men. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, DoverPublications, 1980.

Harter, Jim, *Women. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1982.

*La sagrada biblia*, trad. de D. Felipe Scio, Barcelona, Grande establecimiento tipográfico editorial de Ramón Molinas, 2 tomos, 1865.

Lehner, Ernst, *Symbols, Signs and Signets*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

Mendenhall, John, *Scan this Book Two*, Nueva York, Art Direction Book Company, 1996.

Nessbitt, Alexander, *200 Decoratives Title–Pages. An Anthology of Copyright-Free Illustrations for Artists and Desingners*, Nueva York, Dover Publications, 1992.

Olian, Joanne, *Children´s Fashions 1860-1912. Designs from "La Mode Illustrée"*, Nueva York, Dover Publications, 1944.

*Quinn, Gerard, The Clip Art Book*, Nueva York, Crescent Book, 1990.

Saunders, J. B. de C. M. y Charles D. O'Malley, *The Illustrations from the Works of Andreas Versalius of Brussels*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

*The Defiance Machine Works, Catalogue 194*, Ohio, Defiance, 1850.

*Webster´s New International Dictionary*, 2a. ed., Springfield, Merriam Company Publishers, 1953.



*Libro de lecturas.*
*Quinto grado,*
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de
Libros de Texto Gratuitos, en los
talleres de &&&&, con domicilio en
&&&&, en el mes de &&& de 2012.
El tiraje fue de &&& ejemplares.


GREAT WESTERN
CRUJIDITOS